

Anna Sewell
Azabache



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AZABACHE

ANNA SEWELL

PUBLICADO: 1877

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PARTE I

CAPÍTULO I: MI PRIMER HOGAR.

El primer lugar que recuerdo bien era un gran y agradable prado con un estanque de agua clara. Algunos árboles sombríos se inclinaban sobre él, y en el extremo profundo crecían juncos y nenúfares. Por un lado, el seto daba a un campo arado, y por el otro, a la casa de nuestro amo, que estaba al lado de la carretera; en la parte superior del prado había una plantación de abetos, y en la parte inferior, un arroyo que corría por una orilla empinada.

Cuando era joven, vivía de la leche de mi madre, ya que no podía comer hierba. Durante el día corría a su lado y por la noche me acostaba junto a ella. Cuando hacía calor, nos poníamos junto al estanque, a la sombra de los árboles, y cuando hacía frío, teníamos un bonito y cálido cobertizo cerca de la plantación.

En cuanto tuve la edad suficiente para comer hierba, mi madre salía a trabajar durante el día y volvía por la tarde.

En el prado había seis potros jóvenes a mi lado, todos mayores que yo; algunos eran casi tan grandes como los caballos adultos. Yo corría con ellos y me divertía mucho; galopábamos todos juntos alrededor del campo, tan

fuerte como podíamos. A veces jugábamos de forma bastante brusca, pues a menudo mordían y pateaban además de galopar.

Un día, en el que hubo una buena cantidad de patadas, mi madre me relinchó para que me acercara a ella, y me dijo:

"Quiero que prestes atención a lo que te voy a decir. Los potros que viven aquí son muy buenos potros; pero son potros de tiro, y por supuesto, no han aprendido modales. Tú has sido bien criado y has nacido bien; tu padre tiene un gran nombre en estos lares, y tu abuelo ganó la copa dos años en las carreras de Newmarket; tu abuela tenía el temperamento más dulce de todos los caballos que he conocido, y creo que nunca me has visto patear o morder. Espero que crezcas manso y bueno, y que nunca aprendas malas costumbres; haz tu trabajo con buena voluntad, levanta bien las patas cuando trotes, y nunca muerdas ni pateses ni siquiera en el juego."

Nunca he olvidado el consejo de mi madre; sabía que era una yegua vieja y sabia, y que nuestro amo la apreciaba mucho. Se llamaba Duquesa, pero a menudo la llamaba Mascota.

Nuestro amo era un buen hombre. Nos daba buena comida, buen alojamiento y buenas palabras; nos hablaba con tanta amabilidad como a sus hijos pequeños; todos le queríamos, y mi madre le quería mucho. Cuando lo veía en la puerta, relinchaba de alegría y trotaba hacia él. Él la acariciaba y le decía: "Bien, vieja Mascota, ¿y cómo está tu pequeño Oscurito?". Yo era un negro apagado, así que me llamaba Oscurito; luego me daba un trozo de pan, que estaba muy bueno, y a veces traía una zanahoria para mi madre. Todos los caballos acudían a él, pero creo que nosotros éramos sus favoritos. Mi madre siempre lo llevaba al pueblo los días de mercado en un bolo ligero.

Había un campesino, Dick, que a veces venía a nuestro campo a coger moras del seto. Cuando había comido todo lo que quería, se divertía con los potros, lanzándoles piedras y palos para hacerlos galopar. A nosotros no nos importaba mucho, porque podíamos salir al galope; pero a veces una piedra nos golpeaba y nos hacía daño.

Un día estaba en este juego, y no sabía que el amo estaba en el campo de al lado; pero estaba allí, observando lo que pasaba: por encima del seto saltó de golpe, y cogiendo a Dick por el brazo, le dio tal golpe en la oreja que

le hizo rugir por el dolor y la sorpresa. En cuanto vimos al amo, nos acercamos trotando para ver qué pasaba.

"¡Mal chico!", dijo, "¡mal chico! para perseguir a los potros. No es la primera vez, ni la segunda, pero será la última; toma tu dinero y vete a casa, no te quiero en mi granja otra vez". Así que no volvimos a ver a Dick. El viejo Daniel, el hombre que cuidaba los caballos, era tan gentil como nuestro amo, así que estábamos bien.

CAPÍTULO II: LA CACERÍA.

Antes de cumplir los dos años, ocurrió una circunstancia que nunca he olvidado. Era el principio de la primavera; había caído una pequeña helada por la noche y una ligera niebla se cernía aún sobre las plantaciones y los prados. Yo y los otros potros estábamos alimentándonos en la parte baja del campo, cuando oímos, a lo lejos, lo que parecía el grito de unos perros. El mayor de los potros levantó la cabeza, aguzó las orejas y dijo: "¡Ahí están los sabuesos!", e inmediatamente salió a galope, seguido por el resto de nosotros, hacia la parte superior del campo, donde podíamos mirar por encima del seto y ver varios campos más allá. Mi madre y un viejo caballo de montar de nuestro amo también estaban cerca, y parecían estar al tanto de todo.

"Han encontrado una liebre", dijo mi madre, "y si vienen por aquí, veremos la caza".

Y pronto los perros estaban arrasando el campo de trigo joven contiguo al nuestro. Nunca oí un ruido tan grande como el que hacían. No ladraban, ni aullaban, ni lloriqueaban, sino que seguían con un "¡yo! yo, o, o! yo! yo, o, o" a todo pulmón. Tras ellos venían varios hombres a caballo, algunos de ellos con abrigos escarlata, todos galopando tan rápido como podían. El caballo viejo resoplaba y miraba con avidez tras ellos, y nosotros, los potros jóvenes, queríamos galopar con ellos, pero pronto se alejaron hacia los campos de más abajo; aquí, parecía que se habían detenido; los perros dejaron de ladrar, y corrían por todas partes con las narices pegadas al suelo.

"Han perdido el rastro", dijo el viejo caballo, "tal vez la liebre se aleje".

"¿Qué liebre?" dije.

"No sé qué liebre; lo más probable es que sea una de nuestras propias liebres de la plantación; cualquier liebre que puedan encontrar servirá para que

los perros y los hombres corran tras ella", y en poco tiempo los perros empezaron de nuevo su "¡yo, yo, o, o!", y volvieron todos a toda velocidad, dirigiéndose directamente a nuestro prado en la parte en que la alta orilla y el seto sobresalen del arroyo.

"Ahora veremos la liebre", dijo mi madre, y en ese momento una liebre asustada se precipitó hacia la plantación. Los perros saltaron la orilla del arroyo y atravesaron el campo, seguidos por los cazadores. Seis u ocho hombres saltaron con sus caballos y se acercaron a los perros. La liebre trató de atravesar la valla; era demasiado gruesa, y giró bruscamente para dirigirse al camino, pero era demasiado tarde; los perros estaban sobre ella con sus gritos salvajes; oímos un chillido, y eso fue su fin. Uno de los cazadores subió a caballo y apartó a los perros, que pronto la habrían despedazado. La sostuvo por la pata desgarrada y sangrante, y todos los caballeros parecían muy satisfechos.

En cuanto a mí, estaba tan asombrado que al principio no vi lo que ocurría junto al arroyo; pero cuando miré, había un triste espectáculo: dos buenos caballos estaban caídos, uno se debatía en el arroyo y el otro gemía sobre la hierba. Uno de los jinetes salía del agua cubierto de barro, y el otro yacía inmóvil.

"Se ha roto el cuello", dijo mi madre.

"Y además le está bien empleado", dijo uno de los potros.

Yo pensé lo mismo, pero mi madre no se unió a nosotros.

"Bueno, no", dijo, "no debéis decir eso; pero aunque soy una vieja yegua, y he visto y oído muchas cosas, nunca he podido entender por qué los hombres son tan aficionados a este deporte; a menudo se hacen daño, a menudo estropean buenos caballos, y destrozan los campos, y todo por una liebre o un zorro, o un ciervo, que podrían conseguir más fácilmente de otra manera; pero nosotros sólo somos caballos, y no lo sabemos."

Mientras mi madre decía esto, nos quedamos mirando. Muchos de los jinetes se habían acercado al joven; pero mi amo, que había estado observando lo que ocurría, fue el primero en levantarlo. Su cabeza cayó hacia atrás y sus brazos colgaron, y todos parecían muy serios. Ya no había ruido; hasta los perros estaban callados, y parecían saber que algo andaba mal. Lo llevaron a la casa de nuestro amo. Después me enteré de que era el joven George

Gordon, el único hijo del terrateniente, un joven muy alto y el orgullo de su familia.

Ahora se cabalgaba en todas direcciones a casa del médico, del herrador y, sin duda, a casa del terrateniente Gordon, para hacerle saber lo de su hijo. Cuando el Sr. Bond, el herrador, se acercó a ver el caballo negro que yacía gimiendo sobre la hierba, lo palpó por todas partes y sacudió la cabeza; una de sus patas estaba rota. Entonces alguien corrió a la casa de nuestro amo y volvió con una pistola; en seguida se oyó un fuerte golpe y un espantoso grito, y luego todo quedó en calma; el caballo negro no se movió más.

Mi madre parecía muy preocupada; dijo que conocía a aquel caballo desde hacía años, y que se llamaba "Rob Roy"; era un buen caballo audaz, y no había en él ningún vicio. Desde entonces no volvió a ir a esa parte del campo.

No muchos días después, oímos que la campana de la iglesia tocaba durante mucho tiempo; y al mirar por encima de la puerta vimos un largo y extraño carruaje negro que estaba cubierto de tela negra y era tirado por caballos negros; después venía otro y otro y otro, y todos eran negros, mientras la campana seguía tocando, tocando. Llevaban al joven Gordon al cementerio para enterrarlo. Nunca más volvería a cabalgar. Nunca supe lo que hicieron con Rob Roy, pero todo fue por una pequeña liebre.

CAPÍTULO III: MI ENTRADA EN ESCENA.

Empezaba a ponerme guapo; mi pelaje se había vuelto fino y suave, y era de un negro brillante. Tenía una pata blanca y una bonita estrella blanca en la frente: Me consideraban muy guapo; mi amo no quiso venderme hasta que cumpliera cuatro años; decía que los muchachos no debían trabajar como los hombres, y los potros no debían trabajar como los caballos hasta que estuvieran bien crecidos.

Cuando cumplí cuatro años, el señor Gordon vino a verme. Me examinó los ojos, la boca y las piernas; las palpó todas; y luego tuve que caminar, trotar y galopar ante él; parecía gustarle, y dijo "cuando esté bien domado, lo hará muy bien". Mi amo dijo que él mismo me adiestraría, pues no quería que me asustara ni me hiciera daño, y no perdió tiempo en ello, pues al día siguiente empezó.

Como todo el mundo no sabe lo que es la doma, voy a describirla. Se trata de enseñar a un caballo a llevar una silla y una brida y a transportar sobre su lomo a un hombre, una mujer o un niño; a ir justo como ellos desean y a ir tranquilos. Además, tiene que aprender a llevar un collar, una grupa y una retranca, y a quedarse quieto mientras se los ponen; luego, a tener un carro o una carroza fijada detrás de él, de modo que no pueda caminar o trotar sin arrastrarla tras él: y debe ir rápido o lento, tal como desee su conductor. Nunca debe sobresaltarse ante lo que ve, ni hablar con otros caballos, ni morder, ni patear, ni tener voluntad propia; sino hacer siempre la voluntad de su amo, aunque esté muy cansado o hambriento; pero lo peor de todo es que, una vez puesto el arnés, no puede saltar de alegría ni tumbarse de cansancio. Así que verás que esta doma es una gran cuestión.

Por supuesto, yo había estado acostumbrado durante mucho tiempo a un cabestro y a una cabezada, y a ser conducido tranquilamente por el campo y los caminos, pero ahora iba a tener un bocado y una brida; mi amo me dio un poco de avena como de costumbre, y después de una buena dosis de persuasión, me puso el bocado en la boca, y la brida se fijó, ¡pero fue una cosa desagradable! Los que nunca han tenido un bocado en la boca no pueden imaginarse lo mal que sienta; un gran trozo de acero duro y frío, tan grueso como el dedo de un hombre, que se introduce en la boca, entre los dientes y sobre la lengua, con los extremos saliendo por la comisura de la boca, y que se sujeta allí con correas sobre la cabeza, bajo la garganta, alrededor de la nariz y bajo la barbilla; de modo que no hay manera de librarse de esa cosa dura y desagradable; ¡es muy malo! Sí, muy malo, al menos así lo creía yo; pero sabía que mi madre siempre llevaba uno cuando salía, y que todos los caballos lo llevaban cuando crecían; y así, con la buena avena, y con las palmaditas, las palabras amables y las maneras suaves de mi amo, conseguí llevar mi bocado y mi brida.

Luego vino la silla de montar, pero eso no fue tan malo; mi amo me la puso en la espalda con mucha delicadeza, mientras el viejo Daniel me sostenía la cabeza; luego me abrochó las cinchas debajo del cuerpo, dándome palmaditas y hablándome todo el tiempo; luego me dio un poco de avena, y luego un poco de conducción, y esto lo hizo todos los días hasta que empecé a buscar la avena y la silla de montar. Al final, una mañana, mi amo se subió a mi lomo y me montó alrededor del prado sobre la suave hierba. La sensación era ciertamente extraña, pero debo decir que me sentía bastante orgulloso de llevar a mi amo, y como él seguía montándome un poco cada día, pronto me acostumbré a ello.

El siguiente asunto desagradable fue ponerme las herraduras; eso también fue muy duro al principio. Mi amo fue conmigo a la fragua del herrero, para ver que no me hiciera daño ni me diera ningún susto. El herrero me cogió los pies con la mano, uno tras otro, y me cortó parte de la pezuña. No me dolió, así que me quedé quieto en tres patas hasta que los hubo cortado todos. Entonces cogió un trozo de hierro con la forma de mi pie, lo colocó y me clavó algunos clavos en la herradura, de modo que ésta quedó bien sujeta. Sentí los pies muy rígidos y pesados, pero con el tiempo me acostumbré.

Y ahora que había llegado tan lejos, mi amo pasó a enseñarme a usar el arnés; había más cosas nuevas que llevar. En primer lugar, un collar pesado

y rígido justo sobre mi cuello, y una brida con grandes piezas laterales contra mis ojos, llamadas anteojeeras, y eran realmente anteojeeras, porque no podía ver a ningún lado, sino sólo hacia adelante; luego había una pequeña silla de montar con una desagradable correa rígida que iba justo debajo de mi cola; ésa era la grupa. Odiaba la correa, y tener mi larga cola doblada y atravesada por esa correa era casi tan malo como el bocado. Nunca sentí más ganas de patear, pero, por supuesto, no podía patear a un amo tan bueno, y así, con el tiempo, me acostumbré a todo y pude hacer mi trabajo tan bien como mi madre.

No debo olvidar mencionar una parte de mi entrenamiento, que siempre he considerado una gran ventaja. Mi amo me envió durante quince días a casa de un granjero vecino, que tenía un prado bordeado por un lado por el ferrocarril. Allí había algunas ovejas y vacas, y me pusieron en medio de ellas.

Nunca olvidaré el primer tren que pasó. Estaba comiendo tranquilamente cerca de los palos que separaban el prado de la vía férrea, cuando oí un ruido extraño a lo lejos, y antes de saber de dónde venía -con un ruido y un resoplido de humo- pasó volando un largo tren negro de algo, y se fue casi antes de que pudiera respirar. Me di la vuelta y galopé hacia el otro lado del prado tan rápido como pude, y allí me quedé resoplando de asombro y miedo. En el transcurso del día pasaron muchos otros trenes, algunos más lentos; éstos se detuvieron en la estación cercana, y a veces emitieron un horrible chillido y gemido antes de detenerse. A mí me pareció muy terrible, pero las vacas siguieron comiendo muy tranquilamente, y apenas levantaron la cabeza cuando la espantosa cosa negra pasó resoplando y rechinando.

Durante los primeros días no pude alimentarme en paz; pero como comprobé que aquella terrible criatura nunca entraba en el campo ni me hacía ningún daño, empecé a desentenderme de ella, y muy pronto me importó tan poco el paso de un tren como el de las vacas y las ovejas.

Desde entonces he visto muchos caballos muy alarmados e inquietos a la vista o al sonido de una máquina de vapor; pero gracias a los cuidados de mi buen amo, soy tan intrépido en las estaciones de ferrocarril como en mi propio establo.

Ahora bien, si alguien quiere domar bien a un caballo joven, ese es el camino.

Mi amo me llevaba a menudo en doble arnés con mi madre, porque ella era firme, y podía enseñarme a ir mejor que un caballo extraño. Ella me decía que cuanto mejor me comportara, mejor me trataría, y que lo más sabio era hacer siempre lo mejor posible para complacer a mi amo; "pero", dijo ella, "hay muchas clases de hombres; hay hombres buenos y considerados como nuestro amo, a los que cualquier caballo puede estar orgulloso de servir; pero hay hombres malos y crueles, que nunca deberían tener un caballo o un perro para llamarlos suyos. Además, hay un gran número de hombres tontos, vanidosos, ignorantes y descuidados, que nunca se preocupan por pensar; éstos estropean más caballos que todos, sólo por falta de sentido común; no lo hacen a propósito, pero lo hacen por todo eso. Espero que caiga en buenas manos; pero un caballo nunca sabe quién puede comprarlo, o quién puede conducirlo; todo es azar para nosotros, pero aun así te digo, haz lo mejor que puedas donde sea, y mantén tu buen nombre."

CAPÍTULO IV: BIRTWICK PARK

En esta época solía estar en el establo, y mi pelaje era cepillado todos los días hasta que brillaba como el ala de un grajo. Era a principios de mayo, cuando llegó un hombre de Squire Gordon, que me llevó a la mansión. Mi amo me dijo: "Adiós, Oscurito; sé un buen caballo y da siempre lo mejor de ti". Yo no podía decir "adiós", así que puse mi nariz en su mano; él me acarició amablemente, y dejé mi primer hogar. Como viví algunos años con Squire Gordon, puedo contar algo sobre el lugar.

El campo de Squire Gordon rodeaba el pueblo de Birtwick. Se entraba en él por una gran puerta de hierro, en la que se encontraba la primera casa de campo, y luego se trotaba por un camino suave entre grupos de grandes y viejos árboles; luego otra casa de campo y otra puerta, que te llevaba a la casa y a los jardines. Más allá se encontraba el prado de la casa, el antiguo huerto y los establos. Había sitio para muchos caballos y carruajes, pero sólo necesito describir el establo al que me llevaron; era muy espacioso, con cuatro buenos establos; una gran ventana abatible se abría al patio, lo que lo hacía agradable y aireado.

El primer establo era grande y cuadrado, cerrado por detrás con una puerta de madera; los otros eran establos comunes, buenos establos, pero no tan grandes; tenía un estante bajo para el heno y un pesebre bajo para el maíz; se llamaba box suelto, porque el caballo que se metía en él no estaba atado, sino que se le dejaba suelto, para que hiciera lo que quisiera. Es una gran ventaja tener un box suelto.

El mozo de cuadra me metió en él, que era limpio, dulce y aireado. Nunca estuve en una caseta mejor que aquella, y los lados no eran tan altos, sino

que podía ver todo lo que pasaba a través de las barandillas de hierro que había en la parte superior.

Me dio un poco de avena muy agradable, me dio unas palmaditas, me habló amablemente y se fue.

Cuando hube comido mi maíz, miré a mi alrededor. En el establo contiguo al mío había un pequeño poni gris y gordo, con una espesa crin y una cola, una cabeza muy bonita y un morro muy fino.

Acerqué la cabeza a las barandillas de hierro de la parte superior de mi box y le dije: "¿Cómo está usted? ¿Cómo se llama?".

Se dio la vuelta hasta donde le permitía el cabestro, levantó la cabeza y dijo: "Me llamo Merrylegs: soy muy guapo, llevo a las jóvenes a cuestras y a veces saco a nuestra ama en la silla baja. Me tienen en gran estima, y también James. ¿Vas a vivir junto a mí en el box?".

Dije: "Sí".

"Pues entonces", dijo, "espero que tengas buen carácter; no me gusta que los vecinos muerdan".

En ese momento, la cabeza de un caballo se asomó desde el establo de más allá; las orejas estaban echadas hacia atrás y los ojos parecían bastante malhumorados. Era una yegua alazana alta, con un cuello largo y hermoso; me miró y dijo,

"Así que eres tú quien me ha echado de mi box; es algo muy extraño que un potro como tú venga a echar a una dama de su propia casa".

"Le ruego que me perdone", dije, "yo no he echado a nadie; el hombre que me trajo me puso aquí, y yo no tuve nada que ver con ello; y en cuanto a que soy un potro, he cumplido cuatro años, y soy un caballo adulto: nunca he discutido con un caballo o yegua, y es mi deseo vivir en paz."

"Bueno", dijo ella, "ya veremos; por supuesto que no quiero tener palabras con una criatura joven como tú". No dije nada más.

Por la tarde, cuando salió, Merrylegs me lo contó todo.

"El caso es que -dijo Merrylegs- Ginger tiene la mala costumbre de morder y chasquear; por eso la llaman Ginger, y cuando estaba en la cabina suelta, solía chasquear mucho. Un día mordió a James en el brazo y le hizo

sangrar, por lo que la señorita Flora y la señorita Jessie, que me tienen mucho cariño, tuvieron miedo de entrar en el establo. Solían traerme cosas bonitas para comer, una manzana o una zanahoria, o un trozo de pan, pero después de que Ginger estuviera en esa caseta, no se atrevieron a venir, y las eché mucho de menos. Espero que ahora vuelvan a venir, si no muerdes ni chasqueas".

Le dije que nunca había mordido otra cosa que no fuera hierba, heno y maíz, y que no podía pensar en el placer que encontraba Ginger.

"Bueno, no creo que encuentre placer", dijo Merrylegs, "es sólo un mal hábito; dice que nadie fue nunca amable con ella, y ¿por qué no iba a morder? Por supuesto que es un hábito muy malo; pero estoy segura de que, si todo lo que dice es cierto, debe haber sido muy maltratada antes de venir aquí. John hace todo lo que puede para complacerla, y James hace todo lo que puede, y nuestro amo nunca usa un látigo si un caballo se comporta bien; así que creo que podría tener buen temperamento aquí; ya ves -dijo con una mirada sabia-, tengo doce años; sé mucho, y puedo decirte que no hay un lugar mejor para un caballo en todo el país que éste. John es el mejor mozo de cuadra que ha habido nunca, lleva aquí catorce años; y nunca has visto un chico tan amable como James, así que es culpa de Ginger que no se haya quedado en ese box."

CAPÍTULO V: UN BUEN COMIENZO.

El cochero se llamaba John Manly; tenía una esposa y un hijo pequeño, y vivían en la cabaña del cochero, muy cerca de los establos.

A la mañana siguiente me llevó al patio y me dio un buen aseo, y justo cuando entraba en mi box con el pelaje suave y brillante, el terrateniente entró a mirarme, y pareció complacido. "John", dijo, "quería haber probado el nuevo caballo esta mañana, pero tengo otros asuntos. Puedes llevarlo a dar una vuelta después del desayuno; ve por el bosque y el Highwood, y vuelve por el molino de agua y el río, eso mostrará sus pasos".

"Lo haré, señor", dijo John. Después de desayunar vino y me puso la brida. Fue muy cuidadoso al sacar y meter las correas para que me quedara bien la cabeza; luego trajo la silla de montar, que no era lo suficientemente ancha para mi espalda; lo vio en un minuto y fue a por otra, que se ajustaba muy bien. Me montó primero despacio, luego al trote, luego al galope, y cuando estuvimos en el campo, me dio un ligero toque con la fusta, y tuvimos un espléndido galope.

"¡Ho, ho! mi muchacho", dijo, mientras me levantaba, "te gustaría seguir a los sabuesos, creo".

Cuando volvimos por el parque nos encontramos con el terrateniente y la señora Gordon caminando; se detuvieron, y John se bajó de un salto.

"Bueno, John, ¿cómo va?"

"De primera clase, señor", respondió John, "es tan veloz como un ciervo, y también tiene un buen espíritu; pero el más ligero toque de la rienda lo guiará. Al final de la carretera nos encontramos con uno de esos carros de viaje cargados de cestas, alfombras y cosas por el estilo; ya sabe usted, se-

ñor, que muchos caballos no pasan tranquilamente por esos carros; él sólo le echó un buen vistazo, y luego siguió tan tranquilo y agradable como podía ser. Estaban disparando a los conejos cerca de Highwood, y se disparó un arma cerca de allí; él se levantó un poco y miró, pero no se movió ni un paso a la derecha ni a la izquierda. Sólo mantuve la rienda firme y no lo apuré, y es mi opinión que no ha sido asustado o maltratado mientras era joven".

"Está bien", dijo el terrateniente, "lo probaré yo mismo mañana".

Al día siguiente, me trajeron para mi amo. Recordé el consejo de mi madre y el de mi buen amo, y traté de hacer exactamente lo que él quería que hiciera. Descubrí que era muy buen jinete, y atento también a su caballo. Cuando llegó a casa, la señora estaba en la puerta del vestíbulo mientras él subía.

"Bueno, querida", dijo, "¿qué te parece?"

"Es exactamente lo que dijo John", respondió él, "una criatura más agradable que nunca desearía montar. ¿Cómo lo llamaremos?"

"¿Te gustaría Ébano?", dijo ella, "es tan negro como el ébano".

"No, Ébano no".

"¿Lo llamarás 'Mirlo', como el viejo caballo de tu tío?"

"No, es mucho más guapo de lo que era el viejo Mirlo".

"Sí", dijo ella, "es realmente una belleza, y tiene una cara tan dulce y de buen carácter y unos ojos tan inteligentes; ¿qué te parece si lo llamas 'Azabache'?"

"Azabache, sí, creo que es un nombre muy bueno; si quieres, será su nombre", y así fue.

Cuando John entró en el establo, le dijo a James que el amo y la ama habían elegido para mí un buen nombre inglés, sensato, que significara algo, no como Marengo, o Pegaso, o Abdallah. Los dos se rieron, y James dijo: "Si no fuera por traer el pasado, lo habría llamado 'Rob Roy', pues nunca vi dos caballos más parecidos".

"No me extraña", dijo John, "¿no sabías que la vieja duquesa del granjero Grey era la madre de ambos?"

Nunca había oído eso antes, ¡así que el pobre Rob Roy que murió en aquella cacería era mi hermano! No me extrañó que mi madre estuviera tan preocupada. Parece que los caballos no tienen parentesco; al menos, nunca se conocen después de ser vendidos.

John parecía muy orgulloso de mí; solía dejarme las crines y la cola casi tan suaves como el pelo de una dama, y me hablaba mucho; por supuesto, yo no entendía todo lo que decía, pero aprendía cada vez más a saber lo que quería decir y lo que quería que hiciera. Me encariñé mucho con él, era tan gentil y amable, parecía saber exactamente cómo se siente un caballo, y cuando me limpiaba, conocía los lugares tiernos y los que le hacían cosquillas; cuando me cepillaba la cabeza, repasaba mis ojos con tanto cuidado como si fueran suyos, y nunca despertó ningún mal humor.

James Howard, el mozo de cuadra, era igual de amable y agradable a su manera, por lo que me consideré bien. Había otro hombre que ayudaba en el patio, pero tenía muy poco que ver con Ginger y conmigo.

Pocos días después de esto tuve que salir con Ginger en el carruaje; me preguntaba cómo nos íbamos a llevar; pero salvo echando las orejas hacia atrás cuando me llevaban hacia ella, se comportó muy bien. Hizo su trabajo con honestidad y cumplió con su parte, y nunca deseé tener una compañera mejor en el arnés doble. Cuando llegábamos a una colina, en lugar de aflojar el paso, se lanzaba con su peso al cuello y tiraba hacia arriba. Los dos teníamos el mismo coraje en nuestro trabajo, y John tenía que sujetarnos más a menudo que impulsarnos hacia adelante; nunca tuvo que usar el látigo con ninguno de los dos; entonces nuestros pasos eran muy parecidos, y me resultaba muy fácil mantener el paso con ella cuando trotaba, lo que lo hacía agradable, y al amo siempre le gustaba que mantuviéramos bien el paso, y también a John. Después de haber salido dos o tres veces juntos, nos hicimos muy amigos y sociables, lo que me hizo sentir muy a gusto.

En cuanto a Merrylegs, no tardamos en hacernos grandes amigos; era un caballito tan alegre, valiente y de tan buen carácter, que se convirtió en el favorito de todos, y especialmente de las señoritas Jessie y Flora, que solían montarlo en el huerto y jugar con él y su perrito Frisky.

Nuestro amo tenía otros dos caballos que estaban en otro establo. Uno de ellos era Justice, un mazorca ruano, que se utilizaba para montar o para el carro de equipaje; el otro era un viejo cazador castaño, llamado Sir Oliver;

ya no tenía trabajo, pero era un gran favorito del amo, que le dejaba correr por el parque; a veces hacía un poco de carreta ligera en la finca, o llevaba a una de las jóvenes cuando salían a cabalgar con su padre; porque era muy manso, y se podía confiar en él con un niño tanto como en Merrylegs. El mazorca era un caballo fuerte, bien hecho y de buen carácter, y a veces charlábamos un poco en el prado, pero por supuesto no podía intimar tanto con él como con Ginger, que estaba en el mismo establo.

CAPÍTULO VI: LA LIBERTAD.

Estaba muy contento en mi nuevo lugar, y si había algo que echaba de menos, no debía creerse que estaba descontento; todos los que se ocupaban de mí eran buenos, y tenía un establo luminoso y aireado y la mejor comida. ¿Qué más podía desear? Pues libertad. Durante tres años y medio de mi vida había tenido toda la libertad que podía desear; pero ahora, semana tras semana, mes tras mes, y sin duda año tras año, tengo que estar de pie en un establo noche y día, excepto cuando se me necesita, y entonces debo estar tan firme y tranquilo como cualquier caballo viejo que haya trabajado veinte años. Correas por aquí y por allá, un bocado en la boca y anteojeas en los ojos. No me quejo, porque sé que debe ser así. Sólo quiero decir que para un caballo joven, lleno de fuerza y espíritu, que ha estado acostumbrado a un gran campo o llanura, donde puede levantar la cabeza, levantar la cola y galopar a toda velocidad, y luego dar la vuelta y volver con un bufido a sus compañeros, digo que es difícil no tener un poco más de libertad para hacer lo que quieras. A veces, cuando he hecho menos ejercicio que de costumbre, me he sentido tan lleno de vida y primavera, que cuando John me ha sacado a hacer ejercicio, realmente no podía quedarme quieto; hiciera lo que hiciera, parecía como si tuviera que saltar, o bailar, o hacer cabriolas, y muchas sacudidas sé que debo haberle dado, especialmente al principio; pero él siempre fue bueno y paciente.

"Tranquilo, tranquilo, muchacho", me decía, "espera un poco, y nos sacudiremos bien, y pronto se te quitarán las cosquillas de los pies". Luego, en cuanto salíamos del pueblo, me daba unos cuantos kilómetros al trote, y me traía de vuelta tan fresco como antes, sólo que sin los nervios, como él los llamaba. A los caballos nerviosos, cuando no se les ejercita lo suficiente, se les llama a menudo asustadizos, cuando sólo es un juego; y algunos mozos

de cuadra los castigan, pero nuestro John no lo hacía, pues sabía que sólo se trataba de un espíritu acelerado. Sin embargo, tenía sus propias maneras de hacerme entender por el tono de su voz o el toque de la rienda. Si estaba muy serio y decidido, siempre lo sabía por su voz, y eso tenía más poder conmigo que cualquier otra cosa, pues le tenía mucho cariño.

Debo decir que, a veces, teníamos libertad durante unas horas; esto solía ocurrir los buenos domingos de verano. El carruaje nunca salía los domingos, porque la iglesia no estaba lejos.

Era un gran placer para nosotros salir al prado de la casa o al viejo huerto. La hierba era tan fresca y suave para nuestros pies; el aire tan dulce, y la libertad de hacer lo que quisiéramos era tan agradable: galopar, tumbarnos y revolcarnos sobre la espalda, o mordisquear la dulce hierba. Además, era un buen momento para hablar, mientras permanecíamos juntos bajo la sombra del gran castaño.

CAPÍTULO VII: GINGER.

Un día, cuando Ginger y yo estábamos solos a la sombra, conversamos mucho; ella quería saber todo acerca de mi crianza y mi educación, y yo se lo conté.

"Bueno", dijo ella, "si hubiera tenido tu educación podría haber tenido tan buen carácter como tú, pero ahora no creo que lo tenga nunca".

"¿Por qué no?" Le dije.

"Porque todo ha sido muy diferente en mi caso", contestó ella. "Nunca tuve a nadie, ni caballo ni hombre, que fuera amable conmigo, o que me importara complacer, porque en primer lugar me separaron de mi madre tan pronto como fui destetado, y me pusieron con un montón de otros potros jóvenes; ninguno de ellos se preocupó por mí, y yo no me preocupé por ninguno de ellos. No había un amo amable como el tuyo que me cuidara, me hablara y me trajera cosas buenas para comer. El hombre que nos cuidaba nunca me dirigió una palabra amable en mi vida. No quiero decir que me maltratara, pero no se preocupaba por nosotros más allá de procurar que tuviéramos suficiente comida y refugio en invierno. Un sendero atravesaba nuestro campo, y muy a menudo los grandes muchachos que pasaban por allí arrojaban piedras para hacernos galopar. A mí nunca me golpearon, pero un buen potro joven se cortó gravemente en la cara, y creo que le quedó una cicatriz de por vida. No nos importaban, pero, por supuesto, nos volvían más salvajes, y nos mentalizamos de que los chicos eran nuestros enemigos. Nos divertíamos mucho en los prados libres, galopando arriba y abajo y persiguiéndonos unos a otros alrededor del campo; luego nos quedábamos quietos bajo la sombra de los árboles. Pero cuando llegó la hora de entrar, fue un pésimo momento para mí; varios hombres vinieron a atrapar-

me, y cuando por fin me encerraron en una esquina del campo, uno me agarró por la coleta, otro me agarró por la nariz, y la sujetó con tanta fuerza que apenas podía respirar; Luego otro me cogió la mandíbula inferior con su dura mano y me abrió la boca, y así, a la fuerza, me metieron el cabestro y la barra en la boca; luego uno me arrastró por el cabestro, otro me azotó por detrás, y ésta fue la primera experiencia que tuve de la amabilidad de los hombres, todo era fuerza; no me dieron la oportunidad de saber lo que querían. Yo era de alta alcurnia y tenía mucho espíritu, y era muy salvaje, sin duda, y les daba, me atrevo a decir, muchos problemas, pero entonces era terrible estar encerrada en un establo día tras día en lugar de tener mi libertad, y me preocupaba y suspiraba y quería soltarme. Tú mismo sabes que es bastante duro cuando se tiene un amo amable y se le da mucho bombo, pero para mí no había nada de eso.

"Hubo uno, el viejo maestro, el señor Ryder, que creo que hubiera podido hacerme entrar en razón muy pronto y hubiera podido hacer cualquier cosa conmigo, pero había cedido toda la parte dura del oficio a su hijo y a otro hombre experimentado, y sólo venía a veces a supervisar. Su hijo era un hombre fuerte, alto y audaz; le llamaban Sansón, y solía presumir de que nunca había encontrado un caballo que pudiera tirarle. No había en él la misma dulzura que en su padre, sino sólo dureza, una voz dura, una mirada dura, una mano dura, y desde el principio sentí que lo que quería era desgastar todo mi espíritu y convertirme en un tranquilo, humilde y obediente pedazo de carne de caballo. "¡Carne de caballo! Sí, eso es lo único en lo que pensaba", y Ginger dio un pisotón como si el mero hecho de pensar en él la enfadara. Y continuó: "Si no hacía exactamente lo que él quería, se ponía furioso y me hacía correr con esa larga rienda en el campo de entrenamiento hasta que me cansaba. Creo que bebía mucho, y estoy segura de que cuanto más bebía, peor era para mí. Un día me hizo trabajar duro de todas las maneras posibles, y cuando me acosté estaba cansada y miserable, y enfadada; todo parecía tan duro. A la mañana siguiente vino a buscarme temprano y me hizo dar vueltas durante mucho tiempo. Apenas había descansado una hora, cuando volvió a buscarme con una silla de montar y una brida y un nuevo tipo de bocado. Nunca pude saber cómo ocurrió; acababa de montar-me en el campo de entrenamiento, cuando algo que hice lo puso de mal humor, y me tiró con fuerza de la rienda. El nuevo bocado fue muy doloroso, y me levanté de golpe, lo que le enfureció aún más, y comenzó a azotarme. Sentí que todo mi espíritu se ponía en contra de él, y comencé a dar patadas,

a zambullirme y a retroceder como nunca antes lo había hecho, y tuvimos una pelea regular: durante mucho tiempo se aferró a la silla y me castigó cruelmente con su látigo y sus espuelas, pero mi sangre estaba completamente subida, y no me importaba nada de lo que él pudiera hacer con tal de que me lo quitara de encima. Por fin, después de un terrible forcejeo, lo arrojé de espaldas. Le oí caer pesadamente sobre la hierba y, sin mirar detrás de mí, salí al galope hacia el otro extremo del campo; allí me volví y vi a mi perseguidor levantarse lentamente del suelo y entrar en el establo. Me paré bajo un roble y observé, pero nadie vino a atraparme. El tiempo pasaba, el sol era muy caliente, las moscas revoloteaban a mi alrededor y se posaban en mis flancos sangrantes donde las espuelas se habían clavado. Sentía hambre, pues no había comido desde la madrugada, pero en aquel prado no había suficiente hierba para que un ganso pudiera vivir. Quería tumbarme y descansar, pero con la silla de montar bien atada, no había comodidad, y no había ni una gota de agua para beber. La tarde seguía su curso y el sol bajaba. Vi que los otros potros eran conducidos, y supe que se estaban alimentando bien.

"Por fin, justo cuando se ponía el sol, vi salir al viejo amo con un colador en la mano. Era un viejo caballero muy fino, con el pelo bastante blanco, pero su voz era la que yo reconocería entre mil. No era aguda, ni tampoco grave, sino completa, clara y amable, y cuando daba órdenes era tan firme y decidida, que todos sabían, tanto los caballos como los hombres, que esperaba ser obedecido. Se acercaba tranquilamente, sacudiendo de vez en cuando la avena que tenía en la criba, y hablándome alegre y suavemente: "Vamos, muchacha, vamos, muchacha; vamos, vamos". Me quedé quieta y le dejé subir; me tendió la avena y empecé a comer sin miedo; su voz me quitó todo el miedo. Mientras comía, se quedó acariciando y palmeando, y al ver los coágulos de sangre en mi costado parecía muy enfadado: "¡Pobrecita, ha sido un mal asunto, un mal asunto! Yo eché las orejas hacia atrás y le di un respingo. Apártate -dijo el amo- y no te metas en su camino; has dado un mal día a esta potra". Gruñó algo sobre una bestia salvaje. Escucha -dijo el padre-, un hombre de mal carácter nunca hará un caballo de buen carácter. Todavía no has aprendido tu oficio, Sansón'. Entonces me llevó a mi box, me quitó la silla y la brida con sus propias manos y me ató; luego pidió un cubo de agua caliente y una esponja, se quitó el abrigo y, mientras el mozo de cuadra sostenía el cubo, me esponjó los costados un buen rato con tanta ternura que estaba seguro de que sabía lo doloridos y magullados que esta-

ban. "¡Whoa!, mi niña", dijo, "quédate quieta, quédate quieta". Su sola voz me hizo bien, y el baño fue muy cómodo. La piel estaba tan rota en las comisuras de la boca que no podía comer el heno, los tallos me hacían daño. Lo miró detenidamente, sacudió la cabeza y le dijo al hombre que trajera un buen puré de salvado y le pusiera un poco de harina. Qué buena era esa papilla, tan suave y curativa para mi boca. Se quedó todo el tiempo que estuve comiendo, acariciándome y hablando con el hombre. Si una criatura de alta alcurnia como ésta -dijo- no puede ser domada por medios justos, nunca servirá para nada".

"Después de eso vino a verme a menudo, y cuando mi boca se curó, el otro domador, Job, lo llamaban, siguió adiestrándome; era firme y reflexivo, y pronto aprendí lo que quería."

CAPÍTULO VIII: CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE GINGER.

La siguiente vez que Ginger y yo estuvimos juntos en el prado, me habló de su primer destino. "Después de mi doma", dijo, "me compró un tratante para que hiciera pareja con otro caballo alazán. Durante algunas semanas nos condujo juntos, y luego nos vendió a un caballero de moda y nos envió a Londres. El tratante me había conducido con una rienda de porte, y lo odiaba más que nada; pero en este lugar nos pusieron una rienda mucho más apretada; el cochero y su amo pensaban que parecíamos más elegantes. A menudo nos llevaban por el parque y otros lugares de moda. Tú, que nunca has llevado la rienda, no sabes lo que es, pero yo puedo decirte que es terrible.

"A mí me gusta mover la cabeza y mantenerla tan alta como cualquier caballo; pero imagínese usted mismo, si levantara la cabeza y se viera obligado a mantenerla así, y eso durante horas, sin poder moverla en absoluto, salvo con un tirón aún más alto, con el cuello dolorido hasta no saber cómo soportarlo. Además, tener dos bocados en lugar de uno; y el mío era afilado, me dolía la lengua y la mandíbula, y la sangre de mi lengua coloreaba la espuma que salía de mis labios, mientras me quejaba y se quejaba de los bocados y de la rienda; lo peor era cuando teníamos que estar de pie a la hora de esperar a nuestra señora en alguna gran fiesta o entretenimiento; y si me quejaba o pataleaba con impaciencia, me daban el látigo. Era suficiente para volverse loco".

"¿Tu amo no se preocupaba por ti?" le dije.

"No", dijo ella, "sólo se preocupaba de tener un elegante paseo, como lo llaman; creo que sabía muy poco de caballos, lo dejaba en manos de su co-

chero, que le decía que yo tenía un temperamento irritable; que no me habían acostumbrado bien a la rienda, pero que pronto me acostumbraría; pero él no era el hombre adecuado para hacerlo, porque cuando estaba en el establo, miserable y enfadada, en lugar de calmarme y tranquilizarme con amabilidad, sólo recibía una palabra hosca o un golpe. Si hubiera sido civilizado, habría tratado de soportarlo. Estaba dispuesta a trabajar, y dispuesta a trabajar duro también; pero ser atormentada por nada más que sus fantasías, me enfurecía. ¿Qué derecho tenían a hacerme sufrir así? Además del dolor en la boca y en el cuello, siempre me hacía sentir mal la tráquea, y si me hubiera detenido allí mucho tiempo, sé que me habría estropeado la respiración; pero cada vez estaba más inquieta e irritable, no podía evitarlo; y empecé a chasquear y a dar patadas cuando alguien venía a enjaezarme; por esto el mozo de cuadra me golpeó, y un día, cuando acababan de abrocharnos en el carruaje, y me estaban haciendo fuerza con la rienda, empecé a zambullirme y a dar patadas con todas mis fuerzas. Pronto rompí un montón de arneses y me libré de una patada; así que ese fue el fin de aquel lugar.

"Después de esto, me enviaron a Tattersal's para ser vendida; por supuesto, no se podía garantizar que estuviera libre de vicios, así que no se dijo nada al respecto. Mi aspecto atractivo y mis buenos pasos pronto hicieron que los caballeros pujaran por mí, y me compró otro comerciante; me probó de todas las maneras y con diferentes trozos, y pronto descubrió lo que no podía soportar. Al final me condujo sin rienda, y luego me vendió como un caballo perfectamente tranquilo a un caballero del campo; era un buen amo, y yo me llevaba muy bien, pero su antiguo mozo de cuadra lo dejó y vino uno nuevo. Este hombre tenía tan mal genio y era tan duro como Sansón; siempre hablaba con una voz áspera e impaciente, y si no me movía en el establo en el momento que él quería, me golpeaba por encima de los corvejones con la escoba de la cuadra o con la horquilla, lo que tuviera en la mano. Todo lo que hacía era brusco, y yo empecé a odiarlo; quería que le tuviera miedo, pero yo estaba demasiado irritado para eso; y un día que me había agravado más de lo habitual, le mordí, lo que, por supuesto, le puso muy furioso, y empezó a golpearme en la cabeza con una fusta. Después de eso, nunca más se atrevió a entrar en mi establo, ya que mis talones o mis dientes estaban preparados para él, y él lo sabía. Me quedé muy tranquilo con mi amo, pero por supuesto escuchó lo que dijo el hombre, y así me vendieron de nuevo.

"El mismo tratante oyó hablar de mí y dijo que creía conocer un lugar donde me iría bien. Fue una pena', dijo, 'que un caballo tan bueno fuera a parar al mal, por falta de una buena oportunidad real', y el resultado fue que llegué aquí no mucho antes que tú; pero ya me había hecho a la idea de que los hombres eran mis enemigos naturales, y que debía defenderme. Por supuesto, aquí es muy diferente, pero ¿quién sabe cuánto tiempo durará? Me gustaría poder pensar en las cosas como tú; pero no puedo después de todo lo que he pasado".

"Bueno", dije, "creo que sería una verdadera lástima que mordieras o patearas a John o James".

"No es mi intención", dijo, "mientras sean buenos conmigo. Una vez mordí a James de forma bastante brusca, pero John dijo: "Pruébala con amabilidad", y en lugar de castigarme como yo esperaba, James se acercó a mí con el brazo atado, y me trajo un puré de salvado y me acarició; y desde entonces no le he vuelto a morder, y tampoco lo haré".

Lo sentí por Ginger, pero por supuesto yo sabía muy poco por aquel entonces, y pensé que lo más probable es que se pusiese en lo peor; sin embargo, descubrí que a medida que pasaban las semanas, se volvía mucho más mansa y alegre, y había perdido la mirada vigilante y desafiante que solía dirigir a cualquier persona extraña que se acercaba a ella; y un día James dijo: "Creo que esa yegua se está encariñando conmigo, esta mañana ha relinchado tras de mí cuando le he estado frotando la frente."

"Sí, sí, Jim, son las bolitas de Birtwick", dijo John, "en poco tiempo será tan buena como Azabache; ¡la bondad es todo lo que necesita, pobrecita!"

El amo también se dio cuenta del cambio, y un día, cuando bajó del carruaje y vino a hablarnos como solía hacer, le acarició su hermoso cuello: "Bueno, mi linda, bueno, ¿cómo te van las cosas ahora? estás un poco más feliz que cuando llegaste a nosotros, creo".

Ella acercó su nariz a él de forma amistosa y confiada, mientras él la frotaba suavemente.

"Haremos una terapia con ella, John", dijo.

"Sí, señor, ha mejorado maravillosamente, no es la misma criatura que era; son las bolitas de Birtwick, señor", dijo John, riendo.

Esta era una pequeña broma de John; solía decir que un curso regular de las bolitas para caballos Birtwick curaría casi cualquier caballo vicioso; estas bolitas, decía, estaban compuestas de paciencia y dulzura, firmeza y caricias, una libra de cada una de ellas que debía mezclarse con media pinta de sentido común, y darse al caballo todos los días.

CAPÍTULO IX: MERRYLEGS.

El señor Blomefield, el vicario, tenía una gran familia de niños y niñas; a veces solían venir a jugar con la señorita Jessie y Flora, una de las niñas era tan mayor como la señorita Jessie; dos de los niños eran mayores, y había varios pequeños. Cuando venían, había mucho trabajo para Merrylegs, pues nada les gustaba tanto como montarse en él por turnos y montarlo por todo el huerto y el prado de la casa, y esto lo hacían juntos por horas.

Una tarde llevaba mucho tiempo con ellos, y cuando James lo trajo y le puso el ronzal, le dijo,

"Mira, pícaro, ten cuidado con tu comportamiento, o nos meteremos en problemas."

"¿Qué has estado haciendo, Merrylegs?" pregunté.

"¡Oh!", dijo él, sacudiendo su cabecita, "sólo he estado dando una lección a esos jóvenes, no sabían cuándo habían tenido suficiente, ni cuándo yo había tenido suficiente, así que los eché hacia atrás, eso, era lo único que podían entender".

"¿Qué?", dije yo, "¿echaste a los niños? Pensé que sabías más sobre eso. ¿Tiraste a la señorita Jessie o a la señorita Flora?"

Parecía muy ofendido, y dijo:-

"Por supuesto que no, no haría tal cosa ni por la mejor avena que haya entrado en el establo; porque soy tan cuidadoso con nuestras jovencitas como podría serlo el amo, y en cuanto a las pequeñas, soy yo quien les enseña a montar. Cuando parecen asustadas o un poco inseguras a mi espalda, voy tan suave y tranquilo como la vieja gatita cuando va detrás de un pájaro; y cuando están bien, vuelvo a ir más rápido ya ves, sólo para acostum-

brarlas a ello; así que no te molestes en predicarme; soy el mejor amigo, y el mejor maestro de equitación que tienen esas niñas. No son ellos, son los chicos; los chicos -dijo, sacudiendo su melena- son muy diferentes; hay que educarlos, como nos educaron a nosotros cuando éramos potros, y enseñarles lo que hay que hacer. Los otros niños me habían montado durante casi dos horas, y entonces los chicos pensaron que era su turno, y así fue, y yo me mostré muy agradable. Me montaron por turnos, y los hice galopar por los campos y por todo el huerto durante una buena hora. Cada uno de ellos había cortado una gran vara de avellano a modo de látigo para montar, y la aplicaron con demasiada fuerza; pero yo la acepté de buen grado, hasta que al final pensé que ya habíamos tenido bastante, por lo que me detuve dos o tres veces a modo de indirecta. Los muchachos piensan que un caballo o un poni es como una máquina de vapor o una máquina de golpear, y que pueden seguir todo el tiempo y la velocidad que quieran; nunca piensan que un poni pueda cansarse o tener algún sentimiento; así que como el que me estaba azotando no podía entenderlo, simplemente me levanté sobre mis patas traseras y lo dejé deslizarse por detrás, eso fue todo; él me montó de nuevo y yo hice lo mismo. Luego se levantó el otro muchacho, y en cuanto empezó a usar el bastón lo dejé en la hierba, y así sucesivamente, hasta que pudieron entender, eso fue todo. No son malos chicos; no quieren ser crueles. Me caen muy bien; pero ya ves que tenía que darles una lección. Cuando me llevaron a James y se lo contaron, creo que se enfadó mucho al ver unos palos tan grandes. Dijo que sólo eran aptos para arrieros o gitanos, y no para jóvenes caballeros".

"Si yo hubiera sido tú", dijo Ginger, "les habría dado una buena patada a esos chicos, y eso les habría dado una lección".

"Sin duda lo harías", dijo Merrylegs, "pero yo no soy tan tonto (con perdón) como para enfadar a nuestro amo o hacer que James se avergüence de mí; además, esos niños están a mi cargo cuando cabalgan; te digo que se confía en ellos. El otro día oí a nuestro amo decirle a la señora Blomefield: "Mi querida señora, no tiene que preocuparse por los niños, mi viejo Merrylegs los cuidará tanto como usted o yo: Le aseguro que no vendería ese poni por ningún dinero, ya que tiene muy buen carácter y es digno de confianza'; ¿y cree usted que soy un bruto tan desagradecido como para olvidar todo el buen trato que he recibido aquí durante cinco años, y toda la confianza que han depositado en mí, y volverme malicioso porque un par de chicos igno-

rantes me han tratado mal? No! no! nunca tuviste un buen lugar donde te trataran bien; y por eso no lo sabes, y lo siento por ti, pero puedo decirte que los buenos lugares hacen buenos caballos. Yo no fastidiaría a nuestra gente por nada; los quiero, de verdad -dijo Merrylegs, y soltó un "ho, ho, ho" por la nariz, como solía hacer por la mañana cuando oía los pasos de James en la puerta.

"Además", continuó, "si me dedicara a patear, ¿dónde estaría? Pues, vendido en un santiamén, y sin carácter, y podría encontrarme esclavizado a las órdenes de un carnicero, o trabajando hasta la muerte en algún lugar de la costa donde nadie se preocupara por mí, excepto para averiguar lo rápido que podía ir, o ser azotado en algún carro con tres o cuatro grandes hombres en él saliendo de juerga los domingos, como he visto a menudo en el lugar donde vivía antes de venir aquí; no", dijo, sacudiendo la cabeza, "espero no llegar nunca a eso."

CAPÍTULO X: UNA CHARLA EN EL HUERTO.

Ginger y yo no éramos de la raza normal de caballos de carruaje, sino que teníamos más bien sangre de carreras. Teníamos una altura de unos quince pies y medio; por lo tanto, éramos tan buenos para montar como para conducir, y nuestro amo solía decir que no le gustaba ni el caballo ni el hombre que sólo podía hacer una cosa; y como no quería lucirse en los parques de Londres, prefería un tipo de caballo más activo y útil. En cuanto a nosotros, nuestro mayor placer era cuando nos ensillaban para una excursión a caballo; el señor en Ginger, la señora en mí, y las jóvenes en Sir Oliver y Merrylegs. Era tan alegre trotar y galopar todos juntos, que siempre nos ponía de buen humor. Yo tenía lo mejor, porque siempre llevaba a la señora; su peso era pequeño, su voz era dulce, y su mano era tan ligera en la rienda, que me guiaba casi sin sentirla.

Oh, si la gente supiera el consuelo que supone para los caballos una mano ligera, y cómo mantiene una buena boca y un buen temperamento, seguramente no se lanzarían, ni arrastrarían, ni tirarían de la rienda como hacen a menudo. Nuestras bocas son tan sensibles que, cuando no se han estropeado o endurecido con un trato malo o ignorante, sienten el menor movimiento de la mano del conductor, y sabemos en un instante lo que se requiere de nosotros. Mi boca nunca se había deteriorado, y creo que por eso la dueña me prefería a mí antes que a Ginger, aunque sus pasos eran ciertamente igual de buenos. Ella solía envidiarme y decía que era culpa de la entrada y de la mordaza en Londres, que su boca no era tan perfecta como la mía; y entonces el viejo Sir Oliver decía: "¡Ya, ya! no te enfades; tienes el mayor honor; una yegua que puede llevar a un hombre alto del peso de nuestro amo, con todo tu resorte y tu acción ágil, no necesita agachar la cabeza porque no lleve a la dama; los caballos debemos tomar las

cosas como vienen, y estar siempre contentos y dispuestos mientras se nos use amablemente."

A menudo me había preguntado cómo era que Sir Oliver tenía una cola tan corta; en realidad sólo medía quince o veinte centímetros, con una borla de pelo colgando; y en una de nuestras vacaciones en el huerto me aventuré a preguntarle por qué accidente había perdido la cola. "¡Accidente!", resopló con una mirada feroz, "¡no fue un accidente! ¡fue un acto cruel, vergonzoso y de sangre fría! Cuando era joven me llevaron a un lugar donde se hacían esas cosas crueles; me ataron y me inmovilizaron para que no pudiera moverme, y luego vinieron y me cortaron mi larga y hermosa cola, a través de la carne y del hueso, y me la quitaron."

"¡Qué horror!" exclamé.

"Pero no fue sólo el dolor, aunque fue terrible y duró mucho tiempo; no fue sólo la indignidad de que me quitaran mi mejor adorno, aunque eso fue malo; sino que fue esto, ¿cómo podría volver a quitarme las moscas de los costados y de las patas traseras? Los que tenéis cola os quitáis las moscas de encima sin pensar en ello, y no sabéis el tormento que supone que se poseen sobre ti y te piquen y piquen, y no tener nada en el mundo con lo que quitarlas. Te digo que es un mal de toda la vida, y una pérdida de toda la vida; pero ¡gracias al cielo! no lo hacen ahora".

"¿Por qué lo hacían entonces?", dijo Ginger.

"¡Por la moda!" dijo el viejo caballo con un pisotón; "¡por la moda! si sabes lo que eso significa; no había un caballo joven bien criado en mi época que no tuviera la cola cortada de esa manera vergonzosa, como si el buen Dios que nos hizo, no supiera lo que queríamos y lo que se veía mejor."

"Supongo que es la moda la que hace que nos amarren la cabeza con esos horribles trozos con los que me torturaron en Londres", dijo Ginger.

"Por supuesto que lo es", dijo él; "en mi opinión, la moda es una de las cosas más perversas del mundo. Mirad, por ejemplo, la forma en que sirven a los perros, cortándoles la cola para que parezcan valientes, y esquilando sus bonitas orejas en punta para que parezcan afiladas, por cierto. Una vez tuve una querida amiga, una terrier marrón; la llamaban "Skye", y estaba tan encariñada conmigo que nunca quería dormir fuera de mi caseta; hacía su cama bajo el pesebre, y allí tuvo una camada de cinco cachorritos tan bo-

nitos como era menester; ninguno se ahogó, pues eran de los más valiosos, y ¡qué contenta estaba con ellos! y cuando abrían los ojos y se arrastraban, era un espectáculo realmente bonito; pero un día vino el hombre y se los llevó a todos; pensé que tendría miedo de que los pisara. Pero no fue así; al atardecer, la pobre Skye los trajo de nuevo, uno por uno, en su boca; no eran las alegres cositas que eran, sino que sangraban y lloraban lastimosamente; a todos les habían cortado un trozo de cola, y el suave colgajo de sus bonitas orejitas estaba completamente cortado. ¡Cómo los lamía su madre, y qué preocupada estaba, la pobre! Nunca lo olvidé. Se curaron con el tiempo, y olvidaron el dolor, pero la bonita y suave solapa que, por supuesto, estaba destinada a proteger la delicada parte de sus orejas del polvo y de las heridas, desapareció para siempre. ¿Por qué no cortan las orejas de sus propios hijos en punta para que parezcan afilados? ¿Por qué no les cortan la punta de la nariz para que parezcan valientes? ¿Qué derecho tienen a atormentar y desfigurar a las criaturas de Dios?"

Sir Oliver, a pesar de ser tan gentil, era un anciano fogoso, y lo que dijo fue todo tan nuevo para mí y tan espantoso, que descubrí que surgía en mi mente un sentimiento amargo hacia los hombres que nunca antes había tenido. Por supuesto, Ginger estaba muy excitada; levantó la cabeza con los ojos brillantes y los orificios nasales dilatados, declarando que los hombres eran brutos y tontos.

"¿Quién habla de cabezas de chorlito? -dijo Merrylegs, que acababa de salir del viejo manzano, donde se había estado restregando contra la rama baja-; ¿quién habla de cabezas de chorlito? Creo que es una mala palabra".

"Las malas palabras se hicieron para las cosas malas", dijo Ginger, y le contó lo que Sir Oliver había dicho. "Todo es cierto", dijo Merrylegs con tristeza, "y he visto eso de los perros una y otra vez donde viví primero; pero no hablaremos de ello aquí. Ya sabes que el amo, y John, y James son siempre buenos con nosotros, y hablar en contra de los hombres en un lugar como éste, no parece justo ni agradecido, y sabes que hay buenos amos y buenos mozos de cuadra además de los nuestros, aunque por supuesto los nuestros son los mejores." Este sabio discurso del bueno de Merrylegs, que sabíamos que era muy cierto, nos tranquilizó a todos, especialmente a sir Oliver, que quería mucho a su amo; y para cambiar de tema dije: "¿Puede alguien decirme para qué sirven las anteojeras?"

"¡No!", dijo Sir Oliver brevemente, "porque no sirven para nada".

"Se supone", dijo Justice a su manera tranquila, "que evitan que los caballos se asusten y se arranquen, y que se asusten tanto que causen accidentes".

"Entonces, ¿cuál es la razón por la que no se ponen en los caballos de montar; especialmente en los caballos de las damas?", dije yo.

"No hay ninguna razón", dijo tranquilamente, "salvo la moda: dicen que un caballo se asustaría tanto al ver las ruedas de su propio carro o carruaje viniendo detrás de él, que seguramente huiría, aunque, por supuesto, cuando está montado, las ve todas a su alrededor si las calles están llenas de gente. Admito que a veces se acercan demasiado para ser agradables, pero no huimos; estamos acostumbrados a ello y lo entendemos, y si nunca nos pusieran las anteojeras, nunca las necesitaríamos; veríamos lo que hay, y sabríamos qué es qué, y nos asustaríamos mucho menos que si sólo viéramos trozos de cosas, que no podemos entender".

Por supuesto que puede haber algunos caballos nerviosos que hayan sido heridos o asustados cuando eran jóvenes, y puede que sean lo mejor para ellos, pero como yo nunca fui nervioso, no puedo juzgar.

"Considero", dijo Sir Oliver, "que las anteojeras son cosas peligrosas en la noche; los caballos podemos ver mucho mejor en la oscuridad que los hombres, y muchos accidentes no habrían ocurrido si los caballos hubieran podido tener el uso completo de sus ojos. Hace algunos años, recuerdo, había un coche fúnebre con dos caballos que regresaba una noche oscura, y justo al lado de la casa del granjero Sparrow, donde el estanque está cerca de la carretera, las ruedas se acercaron demasiado al borde, y el coche fúnebre volcó en el agua; los dos caballos se ahogaron, y el conductor apenas pudo escapar. Por supuesto, después de este accidente se colocó una robusta barandilla blanca que podía verse fácilmente, pero si aquellos caballos no hubieran estado parcialmente cegados, se habrían mantenido por sí mismos más alejados del borde, y no habría ocurrido ningún accidente. Cuando el carruaje de nuestro amo volcó, antes de que usted llegara aquí, se dijo que si la lámpara del lado izquierdo no se hubiera apagado, John habría visto el gran agujero que habían dejado los constructores de la carretera; y así fue, pero si el viejo Colin no hubiera tenido puestas las anteojeras, lo habría visto, con lámpara o sin ella, pues era un caballo demasiado experto para co-

rrer el peligro. Así las cosas, resultó muy herido, el carruaje se rompió, y nadie supo cómo escapó John".

"Yo diría", dijo Ginger, rizando la nariz, "que estos hombres, que son tan sabios, deberían dar órdenes de que, en el futuro, todos los potros nacieran con los ojos puestos justo en el medio de la frente, en lugar de a un lado; siempre creen que pueden mejorar la naturaleza y arreglar lo que Dios ha hecho."

Las cosas se estaban volviendo a poner feas, cuando Merrylegs levantó su carita cómplice y dijo: "Te contaré un secreto; creo que John no aprueba las anteojeras, le oí hablar con el amo sobre ello un día. El amo dijo que "si los caballos estuvieran acostumbrados a ellas, podría ser peligroso en algunos casos dejarlas fuera", y John dijo que creía que sería bueno que todos los potros se domaran sin anteojeras, como se hacía en algunos países extranjeros; así que animémonos y corramos hasta el otro extremo del huerto; creo que el viento ha derribado algunas manzanas, y podríamos comerlas igual que las babosas."

No pudimos resistirnos a Merrylegs, así que interrumpimos nuestra larga conversación y nos animamos masticando unas manzanas muy dulces que estaban esparcidas por la hierba.

CAPÍTULO XI: HABLANDO CLARO.

Cuanto más tiempo vivía en Birtwick, más orgulloso y feliz me sentía de tener un lugar así. Nuestro señor y nuestra señora eran respetados y queridos por todos los que los conocían; eran buenos y amables con todos y con todo; no sólo con los hombres y las mujeres, sino con los caballos y los asnos, los perros y los gatos, el ganado y los pájaros; no había criatura oprimida o maltratada que no tuviera un amigo en ellos, y sus criados adoptaban el mismo tono. Si alguno de los niños del pueblo era conocido por tratar cruelmente a alguna criatura, pronto se enteraba de ello en la mansión.

El terrateniente y el granjero Grey habían trabajado juntos, según decían, durante más de veinte años, para conseguir que se suprimieran las riendas de los caballos de los carros, y en nuestras zonas rara vez se veían; pero a veces, si la señora se encontraba con un caballo muy cargado, con la cabeza levantada, detenía el carruaje y se bajaba, y razonaba con el conductor con su dulce y seria voz, y trataba de hacerle ver lo estúpido y cruel que era.

Creo que ningún hombre podía resistirse a nuestra señora. Ojalá todas las damas fueran como ella. También nuestro amo solía ponerse muy pesado a veces; recuerdo que una mañana me estaba montando en dirección a casa, cuando vimos a un hombre poderoso que se dirigía hacia nosotros en un ligero pony chaise, con un hermoso pony alazán, de patas delgadas, y una cabeza y una cara de alta sensibilidad. Justo cuando llegó a las puertas del parque, el animalito se volvió hacia ellos; el hombre, sin mediar palabra ni advertencia, le tiró de la cabeza con tal fuerza y brusquedad que casi lo arrojó sobre sus patas: recuperándose, seguía adelante cuando empezó a azotarlo furiosamente; el poni se lanzó hacia delante, pero la fuerte y pesada mano retuvo a la bonita criatura con una fuerza casi suficiente para romperle la mandíbula, mientras el látigo seguía cortándolo. Fue un espectáculo

espantoso para mí, pues sabía el terrible dolor que le producía a esa delicada boquita; pero el amo me dio la orden, y nos levantamos con él en un segundo. "Sawyer", gritó con voz severa, "¿es ese poni de carne y hueso?"

"De carne y hueso y de temperamento", dijo, "es demasiado aficionado a su propia voluntad, y eso no me conviene". Hablaba como si estuviera en una fuerte pasión; era un constructor que había ido a menudo al Parque por negocios. "¿Y cree usted", dijo el maestro con severidad, "que un tratamiento como éste, le hará aficionado a su voluntad?"

"No tenía por qué hacer ese giro; ¡su camino era recto!", dijo el hombre con aspereza.

"Usted ha conducido a menudo ese poni hasta mi casa", dijo el amo, "eso sólo demuestra la memoria y la inteligencia de la criatura; ¿cómo sabía que usted no iba a volver allí? pero eso tiene poco que ver. Debo decir, señor Sawyer, que nunca me ha tocado presenciar un trato más cruel y brutal hacia un pequeño poni; y al ceder a tal pasión, daña usted su propio carácter tanto o más que a su caballo, y recuerde que todos tendremos que ser juzgados según nuestras obras, ya sean hacia el hombre o hacia la bestia."

El amo me llevó a casa lentamente, y pude notar por su voz cómo le había dolido el asunto. Era tan libre de hablar a los caballeros de su propio rango como a los que estaban por debajo de él; pues otro día, cuando salimos, nos encontramos con un capitán Langley, amigo de nuestro amo; conducía una espléndida pareja de grises en una especie de escapada. Después de una pequeña conversación, el capitán dijo,

"¿Qué piensa usted de mi nuevo equipo, señor Douglas? Usted es el juez de los caballos en estas partes, y me gustaría su opinión".

El señor me hizo retroceder un poco para poder verlos bien. "Son un par extraordinariamente hermoso", dijo, "y si son tan buenos como parecen, estoy seguro de que no hay que desear nada mejor; pero veo que todavía se aferra a ese plan suyo para preocupar a sus caballos y disminuir su fuerza".

"¿A qué te refieres", dijo el otro, "a las riendas que llevan? Oh, ¡ah! Sé que es una afición tuya; pues bien, el hecho es que me gusta ver a mis caballos con la cabeza levantada".

"A mí también", dijo el maestro, "como a cualquier hombre, pero no me gusta verlos sostenidos; eso le quita todo el brillo. Ahora bien, usted es un

militar, Langley, y sin duda le gusta ver a su regimiento lucir bien en el desfile, "Cabezas arriba" y todo eso; pero no tendría mucho crédito por su ejercicio, si todos sus hombres tuvieran sus cabezas atadas a un tablero. Puede que no sea muy perjudicial en el desfile, excepto para preocuparlos y fatigarlos, pero ¿cómo sería en una carga de bayoneta contra el enemigo, cuando quieren el uso libre de cada músculo, y toda su fuerza lanzada hacia adelante? No daría mucho por su posibilidad de victoria, y lo mismo ocurre con los caballos; si se les inquieta y preocupa su temperamento, y se disminuye su fuerza, no se les deja echar su peso contra su trabajo, y así tienen que hacer demasiado con sus articulaciones y músculos, y por supuesto eso los desgasta más rápido. Podéis estar seguros de que los caballos fueron concebidos para tener la cabeza libre, tan libre como la de los hombres; y si pudiéramos actuar un poco más de acuerdo con el sentido común, y bastante menos de acuerdo con la moda, encontraríamos que muchas cosas funcionan más fácilmente; además, sabéis tan bien como yo, que si un caballo da un paso en falso, tiene muchas menos posibilidades de recuperarse si su cabeza y su cuello están sujetos hacia atrás. Y ahora", dijo el maestro, riendo, "le he dado a mi afición un buen trote, ¿no puede decidirse a montarlo también, capitán? su ejemplo serviría de mucho".

"Creo que tiene usted razón en teoría", dijo el otro, "y es un golpe bastante duro lo de los soldados; pero, bueno, lo pensaré", y así se separaron.

CAPÍTULO XII: UN DÍA TORMENTOSO.

Un día, a finales del otoño, mi amo tenía que hacer un largo viaje de negocios. Me pusieron en el carruaje de los perros, y John fue con su amo. Siempre me gustaba ir en el carro de los perros, pues era muy ligero y las altas ruedas corrían muy agradablemente. Había llovido mucho, y ahora el viento era muy fuerte y hacía volar las hojas secas por el camino en forma de lluvia. Avanzamos alegremente hasta llegar a la barra de peaje y al bajo puente de madera. Las orillas del río eran bastante altas, y el puente, en lugar de elevarse, cruzaba justo a nivel, de modo que en el centro, si el río estaba lleno, el agua llegaba casi hasta la madera y los tablones; pero como había buenas barandillas a cada lado, a la gente no le importaba.

El hombre de la puerta dijo que el río crecía rápidamente y que temía que fuera una mala noche. Muchos de los prados estaban bajo el agua, y en una parte baja del camino, el agua me llegaba a la mitad de las rodillas; el fondo era bueno, y el amo conducía suavemente, así que no importaba.

Cuando llegamos a la ciudad, por supuesto que tuve un buen cebo, pero como los asuntos del amo le ocuparon mucho tiempo, no partimos para casa hasta bastante tarde. El viento era entonces mucho más fuerte, y oí que el amo le decía a John que nunca había salido con semejante tormenta; y así lo pensé, mientras íbamos por las faldas de un bosque, donde las grandes ramas se balanceaban como ramitas, y el ruido de las prisas era terrible.

"Me gustaría que estuviéramos bien fuera de este bosque", dijo mi amo. "Sí, señor", dijo John, "sería bastante incómodo que una de estas ramas nos cayera encima". Apenas había dicho estas palabras, cuando se oyó un gemido, un crujido y un sonido de rotura, y, rompiendo, se desplomó entre los otros árboles un roble, arrancado de raíz, que cayó justo en el camino delan-

te de nosotros. Jamás diré que no me asusté, porque lo hice. Me detuve y creo que temblé; por supuesto, no me di la vuelta ni salí corriendo; no fui educado para eso. John saltó y en un momento estuvo a mi lado.

"Eso fue un golpe muy cercano", dijo mi amo, "¿Qué hay que hacer ahora?" "Bueno, señor, no podemos pasar por encima de ese árbol ni aún rodearlo; no habrá más remedio que volver a los cuatro cruces, y eso serán unas buenas seis millas antes de llegar de nuevo al puente de madera; nos hará llegar tarde, pero el caballo está fresco".

Así que volvimos, y dimos la vuelta por los cruces; pero cuando llegamos al puente, ya estaba casi oscuro, pudimos ver que el agua estaba por encima de la mitad del mismo; pero como eso ocurría a veces cuando las inundaciones estaban fuera, el amo no se detuvo. Íbamos a buen ritmo, pero en el momento en que mis pies tocaron la primera parte del puente, sentí que algo iba mal. No me atreví a avanzar y me detuve en seco. "Sigue, Azabache", dijo mi amo, y me dio un toque con el látigo, pero no me atreví a moverme; me dio un corte brusco, salté, pero no me atreví a seguir adelante.

"Algo va mal, señor", dijo John, y saltó del carro de los perros y se acercó a mi cabeza y miró a su alrededor. Intentó llevarme hacia delante: "Vamos, Azabache, ¿qué te pasa?". Por supuesto que no podía decírselo; pero sabía muy bien que el puente no era seguro.

En ese momento, el hombre del peaje del otro lado salió corriendo de la casa, lanzando una antorcha como un loco. "¡Hoy, hoy, hoy, halloo, alto!", gritó. "¿Qué pasa?", gritó mi amo, "el puente está roto por la mitad, y parte de él se ha llevado por delante; si seguís adelante os meteréis en el río".

"¡Gracias a Dios!", dijo mi amo. "¡Azabache!", dijo John, y tomó la brida y me hizo girar suavemente hacia el camino de la derecha, al lado del río. El sol se había puesto ya, el viento parecía haberse calmado después de aquella furiosa ráfaga que arrancó el árbol. El cielo estaba cada vez más oscuro, cada vez más tranquilo. Yo trotaba tranquilamente, las ruedas apenas hacían ruido en el suave camino. Durante un buen rato ni el amo ni John hablaron, y luego el amo comenzó a hablar con voz seria. No pude entender mucho de lo que decían, pero descubrí que pensaban que si yo hubiera seguido como el amo quería, lo más probable es que el puente hubiera cedido bajo nosotros, y que caballo, carruaje, amo y hombre hubieran caído al río; y como la corriente era muy fuerte, y no había luz ni ayuda a mano, era más que pro-

bable que todos nos hubiéramos ahogado. El amo dijo que Dios había dado a los hombres la razón con la que podían averiguar las cosas por sí mismos, pero que había dado a los animales un conocimiento que no dependía de la razón, y que era mucho más rápido y perfecto en su camino, y por el que a menudo habían salvado la vida de los hombres. John tenía muchas historias que contar sobre perros y caballos, y las cosas maravillosas que habían hecho; pensaba que la gente no valoraba a sus animales lo suficiente, ni se hacía amiga de ellos como debería hacerlo. Estoy seguro de que él se hace amigo de ellos, si es que alguna vez un hombre lo hizo.

Por fin llegamos a las puertas del parque y encontramos al jardinero esperándonos. Nos dijo que la señora había estado muy preocupada desde el anochecer, temiendo que hubiera ocurrido algún accidente, y que había enviado a James a lomos de Justice, el mazorca ruano, hacia el puente de madera para que investigara sobre nosotros.

Vimos una luz en la puerta del vestíbulo y en las ventanas superiores, y cuando subimos, la señora salió corriendo, diciendo: "¿Estás realmente a salvo, cariño? He estado muy preocupada, imaginando toda clase de cosas. ¿No has tenido ningún accidente?"

"No, querida; pero si tu Azabache no hubiera sido más sabia que nosotros, todos habríamos sido arrastrados por el río en el puente de madera". No oí nada más, ya que entraron en la casa, y John me llevó al establo. Oh! qué buena cena me dio aquella noche, un buen puré de salvado y algunas judías machacadas con mi avena, y una cama de paja tan gruesa, y me alegré de ello, pues estaba cansado.

CAPÍTULO XIII: LA MARCA DEL DIABLO.

Un día en que John y yo habíamos salido por un asunto de nuestro amo, y regresábamos suavemente por un camino largo y recto, vimos a cierta distancia a un muchacho que trataba de hacer saltar a un poni por encima de una verja; el poni no quiso dar el salto, y el muchacho le cortó con el látigo, pero sólo se apartó por un lado; lo azotó de nuevo, pero el poni se apartó por el otro lado. Entonces el muchacho se bajó y le dio una fuerte paliza, y lo golpeó en la cabeza; luego se levantó de nuevo y trató de hacerle saltar la verja, pateándolo todo el tiempo vergonzosamente, pero aun así el poni se negó. Cuando ya estábamos casi en el lugar, el poni bajó la cabeza y levantó los talones y envió al muchacho limpiamente hacia un ancho seto de mimbre, y con la rienda colgando de la cabeza, se fue a casa a todo galope. John se rió a carcajadas: "Se lo merece", dijo.

"¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!", gritó el muchacho, mientras se arrastraba entre las espinas; "Digo, ven y ayúdame a salir".

"Gracias", dijo John, "creo que estás en el lugar correcto, y tal vez un pequeño rasguño te enseñará a no saltar un poni sobre una puerta que es demasiado alta para él", y así con eso John se fue. "Puede ser", se dijo, "que ese joven sea tan mentiroso como cruel; iremos a casa del granjero Bushby, Azabache, y luego si alguien quiere saber, tú y yo podemos decírselo, ya ves"; así que nos desviamos a la derecha, y pronto llegamos al patio de la cuadra, y a la vista de la casa. El granjero se apresuraba a salir a la calle, y su mujer estaba de pie en la puerta, con aspecto muy asustado.

"¿Ha visto a mi hijo?", dijo el señor Bushby, cuando nos acercamos, "salió hace una hora en mi poni negro, y la criatura acaba de volver sin jinete".

"Creo, señor", dijo John, "que es mejor que esté sin jinete, a menos que se le pueda montar bien".

"¿Qué quieres decir?", dijo el granjero.

"Bueno, señor, vi a su hijo azotando, y pateando, y golpeando vergonzosamente a ese pequeño y buen poni, porque no quería saltar una puerta que era demasiado alta para él. El poni se comportó bien, señor, y no mostró ningún vicio; pero al final levantó los talones, y volcó al joven caballero en el seto de espinas; quiso que le ayudara a salir; pero espero que me disculpe, señor, no me sentí inclinado a hacerlo. No se ha roto ningún hueso, señor, sólo se habrá hecho algunos rasguños. Amo a los caballos, y me enoja verlos maltratados; es un mal plan agravar a un animal hasta que use sus talones; la primera vez no siempre es la última".

Durante este tiempo la madre comenzó a llorar: "¡Oh! mi pobre Bill, debo ir a buscarlo, debe estar herido".

"Será mejor que entres en la casa, esposa", dijo el granjero; "Bill necesita una lección sobre esto, y yo debo encargarme de que la reciba; no es la primera vez ni la segunda que maltrata a ese poni, y lo detendré. Te estoy muy agradecido, Manly. Buenas noches".

Así que nos fuimos, John riéndose todo el camino a casa, y luego se lo contó a James, que se rió y dijo: "Se lo merece. Conocí a ese muchacho en la escuela; se daba grandes aires por ser hijo de un granjero; solía pavonearse e intimidar a los niños pequeños; por supuesto, los mayores no aceptábamos ninguna de esas tonterías, y le hacíamos saber que en la escuela y en el patio de recreo, los hijos de los granjeros y los hijos de los trabajadores eran todos iguales. Recuerdo muy bien que un día, justo antes de la escuela de la tarde, lo encontré en el ventanal cazando moscas y arrancándoles las alas. No me vio, y le di un golpe en las orejas que lo dejó tirado en el suelo. Por muy enfadado que estuviera, casi me asusté, pues rugía y bramaba de tal manera. Los chicos entraron corriendo desde el patio, y el maestro corrió desde el camino para ver a quién asesinaban. Por supuesto, dije de inmediato lo que había hecho y por qué; luego le mostré al maestro las pobres moscas, algunas aplastadas y otras arrastrándose indefensas, y le mostré las alas en el alféizar de la ventana. Nunca le había visto tan enfadado; pero como Bill seguía aullando y gimiendo, como el cobarde que era, no le dio más castigos de ese tipo, sino que lo sentó en un taburete durante el resto de la

tarde, y le dijo que no debía salir a jugar durante esa semana. Luego habló a todos los chicos muy seriamente sobre la crueldad, y dijo lo duro y cobarde que era hacer daño a los débiles y a los indefensos; pero lo que se me quedó grabado fue lo siguiente: dijo que la crueldad era la marca propia del Diablo, y que si veíamos a alguien que se complaciera en la crueldad, podríamos saber a quién pertenecía, pues el Diablo era un asesino desde el principio, y un atormentador hasta el final. Por otro lado, si veíamos a personas que amaban a su prójimo y eran bondadosas con los hombres y las bestias, podíamos saber que esa era la marca de Dios, porque 'Dios es Amor'."

"Tu maestro nunca te enseñó una cosa más verdadera", dijo John; "no hay religión sin amor, y la gente puede hablar todo lo que quiera sobre su religión, pero si no les enseña a ser buenos y amables con el hombre y la bestia, todo es una farsa; todo es una farsa, James, y no se mantendrá cuando las cosas lleguen a ser vueltas del revés y puestas por lo que son."

CAPÍTULO XIV: JAMES HOWARD.

Una mañana de principios de diciembre, John acababa de llevarme a mi box después de mi ejercicio diario, y me estaba atando el paño, y James venía de la cámara de maíz con un poco de avena, cuando el amo entró en el establo; parecía bastante serio, y llevaba una carta abierta en la mano. John cerró la puerta de mi caja, se tocó la gorra y esperó órdenes.

"Buenos días, John", dijo el amo; "quiero saber si tienes alguna queja que hacer de James".

"¿Queja, señor? No, señor".

"¿Es laborioso en su trabajo y respetuoso con usted?"

"Sí, señor, siempre".

"¿Nunca encuentras que descuide su trabajo cuando le das la espalda?"

"Nunca, señor".

"Eso está bien; pero debo formular otra pregunta; ¿no tiene usted motivos para sospechar que cuando sale con los caballos a ejercitarlos, o a llevar un recado, se para a hablar con sus conocidos, o entra en casas donde no tiene nada que hacer, dejando los caballos fuera?"

"No, señor, desde luego que no, y si alguien ha estado diciendo eso de James, no lo creo, y no pienso creerlo a menos que me lo demuestren con claridad ante testigos; no me corresponde a mí decir quién ha estado tratando de quitarle el prestigio a James, pero sí diré esto, señor, que nunca he tenido en este establo un joven más firme, más agradable, más honrado y más inteligente. Puedo confiar en su palabra y puedo confiar en su trabajo; es gentil e inteligente con los caballos, y preferiría tenerlos a cargo con él, que

con la mitad de los jóvenes que conozco con sombreros de encaje y libreas; y quien quiera un carácter de James Howard," dijo John, con un decidido movimiento de cabeza, "que venga a John Manly."

El amo permaneció todo este tiempo grave y atento, pero cuando John terminó su discurso, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, y mirando amablemente a James, que durante todo este tiempo había permanecido inmóvil en la puerta, dijo: "James, muchacho, deja la avena y ven aquí; me alegra mucho comprobar que la opinión de John sobre tu carácter coincide tan exactamente con la mía. John es un hombre precavido -dijo con una sonrisa divertida- y no siempre es fácil conocer su opinión sobre la gente, así que pensé que si me iba por las ramas por este lado, los pájaros saldrían volando y yo me enteraría rápidamente de lo que quería saber; así que ahora entraremos en materia. Tengo una carta de mi cuñado, Sir Clifford Williams, de Clifford Hall; quiere que le encuentre un joven mozo de cuadra de confianza, de unos veinte o veintiún años, que conozca su negocio. Su viejo cochero, que ha vivido con él treinta años, se está debilitando, y quiere que un hombre trabaje con él y se adapte a sus costumbres, que pueda, cuando el viejo se jubile, ocupar su lugar. Tendría dieciocho chelines a la semana al principio, un traje de caballero, un traje de conductor, un dormitorio sobre la cochera y un muchacho a su cargo. Sir Clifford es un buen amo, y si pudieras conseguir el puesto, sería un buen comienzo para ti. No quiero separarme de ti, y si nos dejaras, sé que John perdería su mano derecha".

"Eso haría, señor", dijo John, "pero no me pondría en su lugar por nada del mundo".

"¿Cuántos años tienes, James?", dijo el amo.

"Diecinueve el próximo mes de mayo, señor".

"¿Qué joven; ¿qué te parece, John?"

"Bueno, señor, es joven: pero es firme como un hombre, y es fuerte, y bien crecido, y aunque no ha tenido mucha experiencia en la conducción, tiene una mano firme y ligera, y un ojo rápido, y es muy cuidadoso, y estoy bastante seguro de que ningún caballo suyo se arruinará por falta de tener sus pies y sus herraduras cuidadas."

"Tu palabra será la que más alcance tenga, John", dijo el maestro, "pues Sir Clifford añade en una posdata: 'Si pudiera encontrar un hombre entrenado por tu John, me gustaría más que cualquier otro'; así que James, muchacho, piénsalo bien, habla con tu madre a la hora de la cena, y luego hazme saber lo que deseas."

Pocos días después de esta conversación, se decidió que James iría a Clifford Hall dentro de un mes o seis semanas, según le conviniera a su amo, y mientras tanto debía adquirir toda la práctica de conducción que se le pudiera dar. Nunca había visto que el carruaje saliera tan a menudo: cuando la señora no salía, el señor se conducía a sí mismo en la carroza de dos ruedas; pero ahora, tanto si se trataba del señor como de las señoritas, o sólo de un recado, Ginger y yo subíamos al carruaje y James nos conducía. Al principio, John iba con él en la cabina, diciéndole esto y aquello, y después James conducía solo.

Era maravilloso la cantidad de lugares a los que iba el señor en la ciudad el sábado, y las extrañas calles por las que nos llevaban. No dejaba de ir a la estación de ferrocarril justo cuando llegaba el tren, y los taxis y los carros, las carretas y los ómnibus trataban de pasar todos juntos por el puente; aquel puente requería buenos caballos y buenos conductores cuando sonaba la campana del ferrocarril, porque era estrecho, y había una curva muy pronunciada hasta la estación, donde no habría sido nada difícil que la gente chocara entre sí, si no estaba pendiente y se mantenía alerta.

CAPÍTULO XV: EL VIEJO OSTLER.

Después de esto, mi amo y mi ama decidieron hacer una visita a unos amigos que vivían a unas cuarenta y seis millas de nuestra casa, y James debía conducirlos. El primer día recorrimos treinta y dos millas; había algunas colinas largas y pesadas, pero James condujo con tanto cuidado y consideración que no nos molestó en absoluto. Nunca se olvidó de poner la resistencia cuando bajábamos, ni de quitarla en el lugar adecuado. Mantenía nuestros pies en la parte más suave del camino, y si la subida era muy larga, ponía las ruedas del carruaje un poco al otro lado del camino, para no retroceder, y nos daba un respiro. Todas estas pequeñas cosas ayudan mucho a un caballo, sobre todo si reciben palabras amables a cambio.

Nos detuvimos una o dos veces en el camino, y justo cuando el sol se ponía, llegamos al pueblo donde íbamos a pasar la noche. Nos detuvimos en el hotel principal, que estaba en la plaza del mercado; era muy grande; pasamos por debajo de un arco y entramos en un largo patio, en cuyo extremo se encontraban los establos y las cocheras. Dos mozos de cuadra vinieron a llevarnos. El jefe de los cocheros era un hombrecillo agradable y activo, con una pierna torcida y un chaleco amarillo a rayas. Nunca había visto a un hombre desabrochar los arneses con tanta rapidez como él, y con una palmada y una buena palabra me condujo a un largo establo, con seis u ocho cuerdas y dos o tres caballos. El otro hombre trajo a Ginger; James se quedó parado mientras nos frotaban y limpiaban.

Nunca me limpiaron con tanta ligereza y rapidez como aquel anciano. Cuando terminó, James se acercó y me palpó, como si pensara que no podía estar completamente limpio, pero encontró mi pelaje tan limpio y suave como la seda.

"Bueno", dijo, "yo creía que era bastante rápido, y nuestro John más rápido aún, pero tú superas a todos los que he visto por ser rápido y minucioso al mismo tiempo".

"La práctica hace la perfección", dijo el torcido mozo de cuadra, "y sería una lástima que no fuera así; ¡cuarenta años de práctica y todavía no es perfecto! ja, ja! eso sería una lástima; y en cuanto a ser rápido, ¡bendito sea! eso es sólo una cuestión de hábito; si se adquiere el hábito de ser rápido, es tan fácil como ser lento; más fácil, diría yo; de hecho, no está bien para mi salud el estar apiñando un trabajo el doble de tiempo del necesario. ¡Bendito sea! No podría silbar si me arrastrara sobre mi trabajo como hacen algunos. Verás, he estado con los caballos desde que tenía doce años, en los establos de caza y en los de carreras; y siendo pequeño, verás, fui jockey durante varios años; pero en Goodwood, verás, el césped estaba muy resbaladizo y mi pobre Larkspur tuvo una caída, y me rompí la rodilla, así que, por supuesto, ya no fui útil allí; pero no podía vivir sin los caballos, por supuesto que no podía, así que tomé los de los Hoteles, y puedo decir que es un verdadero placer manejar un animal como este, bien criado, bien educado, bien cuidado; ¡bendito sea! Puedo decir cómo se trata a un caballo. Dadme el manejo de un caballo durante veinte minutos y os diré qué clase de cuidador ha tenido; mirad a éste, agradable, tranquilo, se da la vuelta tal y como queréis, levanta las patas para que se las limpien, o cualquier otra cosa que queráis; luego encontraréis a otro, inquieto, intranquilo, que no se mueve de la manera correcta, o que empieza a cruzar el establo, que levanta la cabeza en cuanto os acercáis a él, que pone las orejas, y que parece que os tiene miedo; o que os da vueltas con los talones. ¡Pobrecitos! Sé qué tipo de trato han recibido. Si son tímidos, los hace sobresaltarse o ser temerosos; si son alborotados, los hace viciosos o peligrosos; sus temperamentos se hacen sobre todo cuando son jóvenes. Bendito sea, son como niños, edúcalos en el camino que deben seguir, como dice el buen libro, y cuando sean viejos no se apartarán de él, si tienen oportunidad, claro".

"Me gusta oírte hablar", dijo Santiago, "así lo establecemos en casa, en casa de nuestro amo".

"¿Quién es tu amo, joven? si es una pregunta adecuada. Por lo que veo, creo que es un buen señor".

"Es el terrateniente Gordon, de Birtwick Park, al otro lado de las colinas de Beacon", dijo James.

"¡Ah! Así es, así es, he oído hablar de él; buen juez de caballos, ¿no es así? el mejor jinete del condado".

"Creo que lo es", dijo James, "pero ahora monta muy poco, desde que mataron al pobre y joven amo".

"¡Ah! pobre caballero; lo leí todo en el periódico en su momento; fue un mal trabajo; también murió un buen caballo, ¿no es así?"

"Sí", dijo James, "era una criatura espléndida, hermano de éste, e igual a él".

"¡Lástima! ¡Lástima!", dijo el viejo, "era un mal lugar para saltar, si lo recuerdo; una delgada valla en la parte superior, un banco empinado hacia el arroyo, ¿no es así? no hay oportunidad para que un caballo vea por dónde va. Ahora bien, estoy a favor de la equitación audaz tanto como cualquier hombre, pero aun así hay algunos saltos que sólo un viejo y experto cazador tiene derecho a dar; la vida de un hombre y la de un caballo valen más que la cola de un zorro, al menos yo diría que debería ser así".

Durante este tiempo el otro hombre había terminado con Ginger, y había traído nuestro maíz, y James y el viejo salieron juntos del establo.

CAPÍTULO XVI: ¡EL FUEGO!

Más tarde, por la noche, el segundo mozo de cuadra trajo el caballo de un viajero, y mientras lo limpiaba, un joven con una pipa en la boca entró en el establo para cotillear.

"Digo, Towler", dijo el mozo de cuadra, "sube la escalera al desván y pon un poco de heno en el potro de este caballo, ¿quieres?"

"De acuerdo", dijo el otro, y subió por la trampilla; y le oí atravesar el suelo por encima y poner el heno. James entró a mirarnos por última vez, y luego la puerta se cerró con llave.

No puedo decir cuánto tiempo había dormido, ni qué hora de la noche era, pero me desperté muy incómodo, aunque apenas sabía por qué. Me levanté, el aire parecía espeso y asfixiante. Oí toser a Ginger y uno de los otros caballos parecía muy inquieto; estaba bastante oscuro y no podía ver nada, pero el establo parecía lleno de humo y apenas sabía cómo respirar. La trampilla se había quedado abierta y pensé que era por ahí por donde había entrado. Escuché y oí una especie de ruido suave y apresurado, y un crujido y chasquido bajos. No sabía qué era, pero había algo en el sonido tan extraño que me hizo temblar. Los demás caballos se habían despertado, algunos tiraban de los cabestros y otros pataleaban.

Por fin oí pasos fuera, y el mozo de cuadra que había montado el caballo del viajero irrumpió en el establo con una linterna, y empezó a desatar los caballos y a intentar sacarlos; pero parecía tener tanta prisa y estar tan asustado que me asustó aún más. El primer caballo no quiso ir con él; probó con el segundo y el tercero, y tampoco se movieron. A continuación, se dirigió a mí y trató de sacarme del establo a la fuerza; por supuesto, fue inútil. Nos probó a todos por turnos y luego abandonó el establo.

Sin duda éramos muy tontos, pero el peligro parecía estar en todas partes, y no había nadie en quien confiar, y todo era extraño e incierto. El aire fresco que había entrado por la puerta abierta facilitaba la respiración, pero el ruido de las ráfagas en lo alto se hacía más fuerte, y cuando miré hacia arriba, a través de los barrotes de mi estante vacío, vi una luz roja que parpadeaba en la pared. Entonces oí un grito de "fuego" en el exterior, y el viejo conserje entró silenciosa y rápidamente; sacó un caballo y se dirigió a otro, pero las llamas seguían rodeando la trampilla, y el rugido en lo alto era espantoso.

Lo siguiente que oí fue la voz de James, tranquila y alegre, como siempre.

"Vamos, mis bellezas, es hora de que nos vayamos, así que despierten y vengan". Yo estaba más cerca de la puerta, así que él se acercó a mí primero, dándome una palmadita al entrar.

"Vamos, Azabache, con tu brida, mi muchacho, pronto saldremos de este sofoco". Se la puso enseguida; luego se quitó el pañuelo del cuello y me lo ató ligeramente sobre los ojos, y dándome palmaditas y engatusándome me sacó del establo. A salvo en el patio, me quitó el pañuelo de los ojos y gritó: "¡Que alguien coja este caballo mientras yo vuelvo a por el otro!".

Un hombre alto y ancho se adelantó y me cogió, y James volvió a entrar en el establo. Yo lancé un relincho agudo cuando lo vi partir. Ginger me dijo después que aquel relincho era lo mejor que podía haber hecho por ella, pues si no me hubiera oído fuera, nunca habría tenido valor para salir.

Hubo mucha confusión en el patio; los caballos fueron sacados de otros establos, y los carruajes y carros fueron sacados de las casas y cobertizos, para que las llamas no se extendieran más. Al otro lado del patio, las ventanas estaban abiertas y la gente gritaba todo tipo de cosas, pero yo mantenía la vista fija en la puerta del establo, donde el humo salía más denso que nunca y podía ver destellos de luz roja; en ese momento oí, por encima de todo el alboroto y el ruido, una voz fuerte y clara, que supe que era la del amo.

"¡James Howard! ¿James Howard? ¿Estás ahí? No hubo respuesta, pero oí el estruendo de algo que caía en el establo, y al momento siguiente di un

fuerte relincho de alegría, pues vi a James que venía a través del humo llevando a Ginger con él; ella tosía violentamente y él no podía hablar.

"¡Mi valiente muchacho!", dijo el amo, poniéndole la mano en el hombro, "¿estás herido?".

James negó con la cabeza, pues aún no podía hablar.

"Sí", dijo el hombre grande que me sostenía; "es un muchacho valiente y no se equivoca".

"Y ahora", dijo el maestro, "cuando hayas recuperado el aliento, James, saldremos de este lugar tan rápido como podamos", y nos dirigíamos hacia la entrada, cuando desde la Plaza del Mercado llegó un sonido de pies al galope y fuertes ruedas que retumbaban.

"¡Es el camión de bomberos! ¡El camión de bomberos!", gritaron dos o tres voces, "¡Apártense, abran paso!", y con un estruendo sobre las piedras dos caballos se precipitaron al patio con el pesado camión detrás. El bombero saltó al suelo; no hubo necesidad de preguntar dónde estaba el fuego, pues ardía en una gran llamarada desde el tejado.

Salimos tan rápido como pudimos a la amplia y tranquila plaza del mercado: las estrellas brillaban y, salvo el ruido que había detrás de nosotros, todo estaba en calma. El amo nos condujo a un gran hotel situado al otro lado, y tan pronto como llegó el conserje, dijo: "James, ahora debo apresurarme a ir a ver a tu señora; te confío los caballos por completo, ordena lo que creas necesario", y con eso se fue. El amo no corrió, pero nunca vi a un mortal caminar tan rápido como lo hizo aquella noche.

Hubo un sonido espantoso antes de que entráramos en nuestros establos; los gritos de aquellos pobres caballos que habían quedado quemándose hasta morir en el establo; fue muy terrible, y nos hizo sentir muy mal tanto a Ginger como a mí. Sin embargo, nos acogieron y nos dieron un buen trato.

A la mañana siguiente, el amo vino a ver cómo estábamos y a hablar con James. No oí gran cosa, porque el mayordomo me estaba frotando, pero pude ver que James parecía muy feliz y pensé que el amo estaba orgulloso de él. Nuestra patrona se había alarmado tanto por la noche, que el viaje se aplazó hasta la tarde, de modo que James tuvo la mañana libre y fue primero a la posada para ver nuestros arreos y el carruaje, y luego para saber más sobre el incendio. Cuando regresó, le oímos contárselo al tabernero. Al

principio nadie podía adivinar cómo se había producido el incendio, pero al final un hombre dijo que había visto a Dick Towler entrar en el establo con una pipa en la boca, y cuando salió no tenía ninguna, y fue al barril a por otra. Entonces el mozo de cuadra dijo que le había pedido a Dick que subiera a la escalera para poner un poco de heno, pero le dijo que dejara primero la pipa. Dick negó haberse llevado la pipa, pero nadie le creyó. Recordé la regla de nuestro John Manly de no permitir nunca una pipa en el establo, y pensé que debería ser la regla en todas partes.

James dijo que el techo y el suelo se habían derrumbado y que sólo quedaban en pie las paredes negras; los dos pobres caballos, que no pudieron salir, estaban enterrados bajo las vigas y tejas quemadas.

CAPÍTULO XVII: LA CHARLA DE JOHN MANLY.

El resto de nuestro viaje fue muy fácil, y poco después de la puesta de sol llegamos a la casa del amigo de mi amo. Nos llevaron a un cómodo y limpio establo; había un amable cochero que nos hizo sentir muy cómodos y que pareció preocuparse mucho por James cuando se enteró del incendio.

"Hay una cosa muy clara, joven", dijo, "tus caballos saben en quién pueden confiar; es una de las cosas más difíciles del mundo sacar a los caballos de un establo, cuando hay un incendio o una inundación. No sé por qué no salen, pero no lo hacen, ni uno de cada veinte".

Nos detuvimos dos o tres días en este lugar y luego regresamos a casa. Todo fue bien en el viaje; nos alegramos de estar de nuevo en nuestro propio establo, y John se alegró igualmente de vernos.

Antes de que él y James nos dejaran por la noche, James dijo: "Me pregunto quién vendrá en mi lugar".

"El pequeño Joe Green en el Lodge", dijo John.

"¡El pequeño Joe Green! ¡Pero si es un niño!"

"Tiene catorce años y medio", dijo John.

"¡Pero es un tipo tan pequeño!"

"Sí, es pequeño, pero es rápido, y dispuesto, y de buen corazón también, y entonces él desea mucho venir, y a su padre le gustaría; y sé que al maestro le gustaría darle la oportunidad. Me dijo que si yo creía que no serviría, buscaría a un niño más grande; pero yo le dije que estaba de acuerdo en probarlo durante seis semanas."

"¡Seis semanas!", dijo James, "¡porque pasarán seis meses antes de que pueda ser muy útil! Te dará mucho trabajo, John".

"Bueno", dijo John con una carcajada, "el trabajo y yo somos muy buenos amigos; nunca le he tenido miedo al trabajo".

"Eres un hombre muy bueno", dijo James, "ojalá pueda llegar a ser como tú".

"No suelo hablar de mí mismo", dijo John, "pero como te vas a alejar de nosotros para salir al mundo, a cambiar por ti mismo, te diré cómo veo yo estas cosas. Yo tenía la misma edad que Joseph cuando mi padre y mi madre murieron de fiebre, con diez días de diferencia, y nos dejaron a mí y a mi hermana lisiada Nelly solos en el mundo, sin ningún pariente al que pudiéramos pedir ayuda. Yo era un granjero y no ganaba lo suficiente para mantenerme, y mucho menos a las dos, y ella habría ido al asilo de no ser por nuestra ama (Nelly la llama su ángel, y tiene derecho a hacerlo). Ella fue y alquiló una habitación para ella con la vieja viuda Mallet, y le dio tejidos y labores de aguja, cuando pudo hacerlo; y cuando estuvo enferma, le envió cenas y muchas cosas agradables y cómodas, y fue como una madre para ella. Luego el amo, me llevó al establo bajo el viejo Norman, el cochero que había entonces. Tenía mi comida en la casa, y mi cama en el desván, y un traje y tres chelines a la semana, para poder ayudar a Nelly. Luego estaba Norman, que podría haberse dado la vuelta y decir que a su edad no podía preocuparse por un niño crudo de la cola de arado, pero era como un padre para mí, y se tomaba infinitas molestias conmigo. Cuando el viejo murió algunos años después, yo ocupé su lugar, y ahora, por supuesto, tengo el mejor salario, y puedo esperar un día de lluvia o un día de sol, según sea el caso, y Nelly es tan feliz como un pájaro. Así que ya ves, James, que no soy el hombre que debería levantar la nariz ante un niño pequeño, y vejar a un buen amo. No, no, te echaré mucho de menos, James, pero saldremos adelante, y no hay nada como hacer un favor cuando te lo proponen, y me alegro de poder hacerlo".

"Entonces", dijo James, "no sostienes ese dicho, 'Cada uno cuida de sí mismo, y cuida del primero'".

"No, en efecto", dijo John, "¿dónde habríamos estado Nelly y yo si el amo, la ama y el viejo Norman se hubieran ocupado sólo del primero? Ella en el manicomio y yo arando nabos. ¿Dónde habrían estado Black Beauty y

Ginger si sólo hubieras pensado en el número uno? No, Jim, no! Ese es un dicho pagano y egoísta, lo use quien lo use, y cualquier hombre que piense que no tiene nada que hacer, sino ocuparse del número uno, por qué, es una lástima, pero lo que se había ahogado como un cachorro o un gatito, antes de que tuviera los ojos abiertos, eso es lo que pienso -dijo John, con un movimiento muy decidido de la cabeza.

James se rió de esto; pero había un espesor en su voz cuando dijo: "Has sido mi mejor amigo, excepto mi madre; espero que no me olvides".

"¡No, muchacho, no!" dijo John, "y si alguna vez puedo hacerte un bien, espero que no me olvides".

Al día siguiente Joe vino a los establos para aprender todo lo que pudiera antes de que James se fuera. Aprendió a barrer el establo, a traer la paja y el heno; comenzó a limpiar los arneses y ayudó a lavar el carruaje, ya que era demasiado bajo para hacer nada en el aseo de Ginger y de mí, James le enseñó sobre Merrylegs, ya que iba a estar a cargo de él; bajo la dirección de John. Era un pequeño y brillante compañero, y siempre llegaba silbando a su trabajo.

Merrylegs estaba muy molesto por haber sido "maltratado", como él decía, "por un chico que no sabía nada"; pero hacia el final de la segunda semana me dijo confidencialmente que creía que el chico saldría bien.

Por fin llegó el día en que James tuvo que dejarnos: alegre como era siempre, aquella mañana parecía bastante desanimado.

"Verás", le dijo a John, "dejo muchas cosas atrás; mi madre y Betsey, y tú, y un buen amo y una buena ama, y luego los caballos, y mi viejo Merrylegs. En el nuevo lugar no habrá un alma que conozca. Si no fuera porque tendré un puesto más alto y podré ayudar mejor a mi madre, creo que no me habría decidido: es un verdadero apuro, John."

"Sí, James, muchacho, así es, pero no debería pensar mucho en ti, si pudieras salir de tu casa por primera vez y no sentirlo; ánimo, harás amigos allí, y si te va bien, como estoy seguro de que lo harás, será algo muy bueno para tu madre, y ella estará bastante orgullosa de que hayas llegado a un lugar tan bueno como ese."

Así que John le animó, pero todos lamentaron la pérdida de James; en cuanto a Merrylegs, se lamentó de él durante varios días, y perdió el apetito.

Así que John lo sacó varias mañanas con la rienda suelta, cuando me ejercitaba, y trotando y galopando a mi lado, recuperó el ánimo del pequeño, y pronto se puso bien.

El padre de Joe venía a menudo a ayudarle un poco, ya que entendía el trabajo, y Joe se esforzaba mucho por aprender, y John estaba muy animado con él.

CAPÍTULO XVIII: IR A BUSCAR AL MÉDICO.

Una noche, pocos días después de la partida de James, yo había comido mi heno y estaba acostado en mi paja profundamente dormido, cuando me despertó de repente la campana del establo tocando muy fuerte. Oí que se abría la puerta de la casa de John y que sus pies subían corriendo a la sala. No tardó en volver; abrió la puerta del establo y entró gritando: "Despierta, Azabache, debes andar bien ahora, si es que acaso no lo hiciste alguna vez"; y casi antes de que pudiera pensar, me había puesto la silla de montar en el lomo y la brida en la cabeza; corrió a buscar su abrigo, y luego me llevó al trote rápido hasta la puerta de la sala. El señor se encontraba allí con una lámpara en la mano.

"Ahora, John", dijo, "cabalga por tu vida, es decir, por la vida de tu ama; no hay un momento que perder; dale esta nota al doctor White; dale a tu caballo un descanso en la posada, y regresa tan pronto como puedas".

John dijo: "Sí, señor", y estuvo a mi espalda en un minuto. El jardinero que vivía en la posada había oído la campana, y estaba listo con la puerta abierta, y nos fuimos a través del parque, y a través del pueblo, y bajando la colina hasta que llegamos al peaje. John llamó muy fuerte y golpeó la puerta: el hombre no tardó en salir y abrir la verja de golpe. "Ahora", dijo John, "mantén la puerta abierta para el Doctor; aquí está el dinero", y nos fuimos de nuevo. Había ante nosotros un largo trozo de camino llano junto al río; John me dijo: "Ahora, Azabache, hazlo lo mejor que puedas", y así lo hice; no necesité ni látigo ni espuela, y durante dos millas galopé tan rápido como pude poner los pies en el suelo; no creo que mi viejo abuelo, que ganó la carrera en Newmarket, hubiera podido ir más rápido. Cuando llegamos al puente, John me levantó un poco y me acarició el cuello. "¡Bien hecho, Azabache! Buen compañero", dijo. Me habría dejado ir más despacio,

pero mi espíritu estaba animado y volví a salir tan rápido como antes. El aire estaba helado, la luna brillaba, era muy agradable; pasamos por un pueblo, luego por un bosque oscuro, luego cuesta arriba, luego cuesta abajo, hasta que después de una carrera de ocho millas llegamos a la ciudad, a través de las calles y a la plaza del mercado. Todo estaba muy tranquilo, excepto el ruido de mis pies sobre las piedras; todo el mundo dormía. El reloj de la iglesia dio las tres campanadas cuando llegamos a la puerta del doctor White. John tocó la campana dos veces y luego llamó a la puerta como un trueno. Se abrió una ventana y el doctor White, con su gorro de dormir, sacó la cabeza y dijo: "¿Qué quieren?".

"La señora Gordon está muy enferma, señor; el amo quiere que vaya de inmediato, cree que morirá si usted no puede llegar; aquí tiene una nota".

"Espere", dijo él, "iré".

Cerró la ventana y pronto estuvo en la puerta. "Lo peor de todo", dijo, "es que mi caballo ha estado fuera todo el día y está bastante hecho polvo; acaban de llamar a mi hijo y se ha llevado el otro. ¿Qué se puede hacer? ¿Puedo disponer de su caballo?"

"Ha venido al galope casi todo el camino, señor, y yo iba a darle un descanso aquí; pero creo que mi amo no se opondría si usted lo cree conveniente, señor".

"De acuerdo", dijo, "pronto estaré listo".

John se puso a mi lado y me acarició el cuello, estaba muy caliente. El doctor salió con su fusta. "No hace falta que coja eso, señor", dijo John, "Azabache irá hasta que se caiga; cuídelo, señor, si puede; no me gustaría que le pasara nada".

"¡No! ¡No! John", dijo el Doctor, "espero que no", y en un minuto habíamos dejado a John muy atrás.

No contaré el camino de vuelta; el doctor era un hombre más pesado que John, y no era tan buen jinete; sin embargo, hice lo que pude. El hombre del peaje lo tenía abierto. Cuando llegamos a la colina, el Doctor me levantó, "Ahora, mi buen amigo", dijo, "toma un poco de aliento". Me alegré de que lo hiciera, porque estaba casi agotado, pero esa respiración me ayudó a seguir adelante, y pronto estuvimos en el Parque. Joe estaba en la puerta de la cabaña, mi amo estaba en la puerta de la sala, pues nos había oído llegar.

No dijo ni una palabra; el doctor entró en la casa con él, y Joe me llevó al establo. Me alegré de llegar a casa; las piernas me temblaban y sólo podía estar de pie y jadear. No tenía ni un solo pelo seco en el cuerpo, el agua me corría por las piernas y me humeaba todo el cuerpo; Joe solía decir que era como una olla en el fuego. ¡Pobre Joe! Era joven y pequeño, y todavía sabía muy poco, y su padre, que le habría ayudado, había sido enviado al pueblo de al lado; pero estoy seguro de que hizo lo mejor que sabía. Me frotó las piernas y el pecho, pero no me puso el paño caliente; pensó que tenía tanto calor que no me gustaría, luego me dio a beber un cubo lleno de agua; estaba fría y muy buena, y me la bebí toda; luego me dio un poco de heno y algo de maíz, y pensando que había hecho todo bien, se fue. Pronto empecé a temblar y a estremecerme, y me quedé muy frío; me dolían las piernas, los lomos y el pecho, y me sentía dolorido por todas partes. Oh, cómo deseaba tener mi paño grueso y cálido mientras estaba de pie y temblando. Deseé ver a John, pero él tenía que caminar ocho millas, así que me acosté en mi paja y traté de dormirme. Después de un largo rato oí a John en la puerta; di un gemido bajo, pues me dolía mucho. Él estuvo a mi lado en un momento, agachándose a mi lado; no pude decirle cómo me sentía, pero él parecía saberlo todo; me cubrió con dos o tres paños calientes, y luego corrió a la casa a por agua caliente; me preparó unas gachas calientes que me bebí, y luego creo que me dormí.

John parecía estar muy desanimado. Le oí decir para sí mismo, una y otra vez: "¡Chico estúpido! ¡Chico estúpido! no puso el paño, y me atrevo a decir que el agua estaba fría también; los chicos no son buenos", pero Joe era un buen chico después de todo.

Ahora estaba muy enfermo; una fuerte inflamación me había atacado los pulmones, y no podía respirar sin dolor. John me cuidaba día y noche; se levantaba dos o tres veces por la noche para venir a verme; mi amo también venía a menudo a verme. "Mi pobre Azabache", dijo un día, "mi buen caballo, has salvado la vida de tu ama, Azabache, sí, le has salvado la vida". Me alegré mucho de oír eso, pues parece que el doctor había dicho que si hubiéramos tardado un poco más habría sido demasiado tarde. John le dijo a mi amo, que nunca había visto a un caballo ir tan rápido en su vida, parecía como si el caballo supiera lo que pasaba. Por supuesto que lo sabía, aunque John pensara que no; al menos sabía que John y yo debíamos ir a la máxima velocidad, y que era por el bien del ama.

CAPÍTULO XIX: SÓLO LA IGNORANCIA.

No sé cuánto tiempo estuve enfermo. El señor Bond, el médico de caballos, venía todos los días. Un día me sangró; John sostuvo un cubo para la sangre; me sentí muy débil después de eso, y pensé que iba a morir, y creo que todos pensaron lo mismo.

Ginger y Merrylegs habían sido trasladados al otro establo, para que yo pudiera estar tranquilo, pues la fiebre me hacía muy rápido de oído; cualquier pequeño ruido me parecía muy fuerte, y podía distinguir los pasos de cada uno que iba y venía de la casa. Me enteraba de todo lo que ocurría. Una noche, John tuvo que darme una infusión; Thomas Green vino a ayudarme. Después de que me la tomara y de que John me pusiera lo más cómodo posible, dijo que debía quedarse media hora para ver cómo se asentaba la medicina. Thomas dijo que se quedaría con él, así que fueron y se sentaron en un banco que habían traído al puesto de Merrylegs, y pusieron el farol a sus pies, para que no me molestara la luz.

Durante un rato ambos hombres permanecieron en silencio, y luego Tom Green dijo en voz baja

"Desearía, John, que le dijeras una palabra amable a Joe, el muchacho tiene el corazón destrozado, no puede comer y no puede sonreír, dice que sabe que todo fue su culpa, aunque está seguro de que hizo lo mejor que supo, y dice que si la Azabache muere, nadie le volverá a hablar; me llega al corazón escucharlo; creo que podrías decirle una palabra, no es un mal muchacho".

Tras una breve pausa, John dijo lentamente: "No debes ser demasiado duro conmigo, Tom. Sé que no tenía intención de hacer daño, nunca dije que lo hiciera; sé que no es un mal chico, pero ya ves que yo mismo estoy

dolorido; ese caballo es el orgullo de mi corazón, por no hablar de que es un favorito del amo y la ama; y pensar que su vida puede ser arrojada de esta manera, es más de lo que puedo soportar; pero si crees que soy duro con el chico, trataré de darle una buena palabra mañana, es decir, si Azabache está mejor."

"¡Bueno, John! Gracias, sabía que no querías ser demasiado duro, y me alegro de que veas que sólo era ignorancia".

"La voz de John casi me sobresaltó al responder": "¡Sólo ignorancia! ¡Sólo ignorancia! ¿Cómo puedes hablar de sólo ignorancia? ¿No sabes que es lo peor del mundo, junto a la maldad, y que sólo el cielo sabe cuál es la que hace más daño? Si la gente puede decir: "¡Oh! no lo sabía, no quería hacer ningún daño, creen que todo está bien. Supongo que Martha Mulwash no tenía intención de matar a ese bebé, cuando lo dosificó con Dalby y jarabes calmantes; pero lo mató, y fue juzgada por homicidio."

"Y además le sirvió", dijo Tom, "una mujer no debería emprender la tarea de amamantar a un tierno niño sin saber lo que es bueno y lo que es malo para él".

"Bill Starkey", continuó John, "no quería asustar a su hermano cuando se disfrazó de fantasma y corrió detrás de él a la luz de la luna; pero lo hizo; y ese pequeño y brillante muchacho, que podría haber sido el orgullo del corazón de cualquier madre, no es mejor que un idiota, y nunca lo será, si vive hasta los ochenta años. Tú mismo estabas muy afectado, Tom, hace dos semanas, cuando esas jóvenes dejaron la puerta de tu invernadero abierta, con un viento helado del este soplando justo dentro; dijiste que había matado muchas de tus plantas."

"¡Muchas!", dijo Tom, "no hubo ni un solo esqueje que no fuera arrancado; tendré que volver a empezar, y lo peor de todo es que no sé dónde ir a buscar nuevas. Casi me volví loco cuando entré y vi lo que se había hecho".

"Y sin embargo", dijo John, "estoy seguro de que las jóvenes no lo hicieron a propósito, ¡fue sólo por ignorancia!"

No oí más de esta conversación, pues la medicina me hizo bien y me hizo dormir, y por la mañana me sentí mucho mejor: pero a menudo pensaba en las palabras de John cuando llegué a conocer más el mundo.

CAPÍTULO XX: JOE GREEN.

Joe Green se desenvolvió muy bien, aprendió rápidamente, y fue tan atento y cuidadoso, que John empezó a confiar en él en muchas cosas; pero, como he dicho, era pequeño para su edad, y rara vez se le permitía ejercitar a Ginger o a mí; Pero sucedió que una mañana John estaba fuera con "Justice" en el carro de equipaje, y el amo quería que se llevara inmediatamente una nota a la casa de un caballero, a unas tres millas de distancia, y envió sus órdenes para que Joe me ensillara y la llevara, añadiendo la advertencia de que debía cabalgar con firmeza.

La nota fue entregada, y regresamos tranquilamente hasta que llegamos al campo de ladrillos; allí vimos una carreta muy cargada de ladrillos; las ruedas se habían atascado en el rígido barro de unos surcos profundos; y el carretero estaba gritando y azotando a los dos caballos sin compasión. Joe se detuvo. Era un espectáculo triste. Los dos caballos se esforzaban y luchaban con todas sus fuerzas para arrastrar el carro, pero no podían moverlo; el sudor les corría por las patas y los flancos, sus costados se agitaban y cada músculo estaba tenso, mientras el hombre, tirando ferozmente de la cabeza del caballo delantero, juraba y azotaba con la mayor brutalidad.

"Aguanta un poco", dijo Joe, "no sigas azotando a los caballos así, las ruedas están tan atascadas que no pueden mover el carro". El hombre no hizo caso, sino que siguió azotando.

"¡Detente! Por favor, detente", dijo Joe, "te ayudaré a aligerar el carro, no pueden moverlo ahora".

"Ocúpate de tus asuntos, joven bribón insolente, y yo me ocuparé de los míos". El hombre estaba muy apasionado, y peor por la bebida, y volvió a azotar el látigo. Joe me hizo girar la cabeza y al momento siguiente íbamos

al galope hacia la casa del maestro ladrillero. No puedo decir si John hubiera aprobado nuestro paso, pero Joe y yo estábamos tan enojados y con la misma mentalidad que no podíamos ir más despacio.

La casa estaba cerca de la carretera. Joe llamó a la puerta y gritó: "¡Hola! ¿Está el señor Clay en casa?". Se abrió la puerta y salió el propio señor Clay.

"¡Hulloa! jovencito, pareces tener prisa; ¿has recibido alguna orden del terrateniente esta mañana?"

"No, señor Clay, pero hay un tipo en su ladrillera azotando a dos caballos hasta la muerte. Le dije que se detuviera y no lo hizo; le dije que le ayudaría a aligerar el carro, y no lo hizo; así que he venido a decírselo; por favor, señor, vaya". La voz de Joe temblaba de emoción.

"Gracias, muchacho", dijo el hombre, corriendo a por su sombrero; luego se detuvo un momento: "¿Darías testimonio de lo que viste si yo llevara al tipo ante un magistrado?"

"Eso haré", dijo Joe, "y con mucho gusto". El hombre se había ido, y nos pusimos en camino a casa al trote.

"¿Qué te pasa, Joe? Pareces muy enfadado", dijo John, cuando el muchacho se bajó de la silla.

"Estoy muy enfadado, te lo aseguro", dijo el muchacho, y luego, con palabras apresuradas y excitadas, contó todo lo que había sucedido. Joe era normalmente un muchacho tan tranquilo y gentil, que era maravilloso verlo tan excitado.

"¡Claro, Joe! Hiciste bien, muchacho, tanto si el tipo recibe una citación como si no. Muchas personas habrían pasado por allí y habrían dicho que no era asunto suyo interferir. Yo digo que con la crueldad y la opresión, es asunto de todos interferir cuando lo ven; hiciste lo correcto, mi muchacho".

Joe estaba ya bastante calmado, y orgulloso de que John le aprobara, y me limpió los pies, y me frotó con una mano más firme que de costumbre.

Estaban volviendo a casa para cenar cuando el criado bajó al establo para decir que se necesitaba a Joe directamente en la sala privada del amo; había un hombre que había sido arrestado por mal uso de los caballos y se necesi-

taba la prueba de Joe. El muchacho se sonrojó hasta la frente y sus ojos brillaron. "Lo tendrán", dijo.

"Ponte un poco derecho", dijo John. Joe dio un tirón a su corbata y un tirón a su chaqueta, y se marchó en un momento. Como nuestro amo era uno de los magistrados del condado, a menudo se le presentaban casos para que los resolviera o dijera lo que debía hacerse. En el establo no oímos nada más durante algún tiempo, ya que era la hora de la cena de los hombres, pero cuando Joe volvió a entrar en el establo vi que estaba muy animado; me dio una bofetada de buen humor y dijo: "No queremos que se hagan esas cosas, ¿verdad, viejo amigo?". Más tarde nos enteramos de que había dado su testimonio con tanta claridad, y que los caballos estaban en un estado tan agotado, con marcas de un uso tan brutal, que el carretero fue comprometido a tomar su juicio, y posiblemente podría ser condenado a dos o tres meses de prisión.

Era maravilloso el cambio que había experimentado Joe. John se rió y dijo que había crecido una pulgada más en esa semana, y yo creo que sí. Era tan amable y gentil como antes, pero había más propósito y determinación en todo lo que hacía, como si hubiera saltado de inmediato de niño a hombre.

CAPÍTULO XXI: LA DESPEDIDA.

Llevaba ya tres años viviendo en este feliz lugar, pero estaban a punto de producirse tristes cambios. De vez en cuando nos enterábamos de que nuestra señora estaba enferma. El médico acudía a menudo a la casa, y el amo parecía grave y ansioso. Luego nos enteramos de que debía abandonar su casa de inmediato e irse a un país cálido durante dos o tres años. La noticia cayó sobre la casa como el tañido de una campana de muerte, todo el mundo lo lamentó; pero el amo comenzó directamente a hacer los preparativos para separarse de su hogar y dejar Inglaterra. En nuestro establo se oía hablar de ello; de hecho, no se hablaba de otra cosa.

John se dedicaba a su trabajo en silencio y con tristeza, y Joe apenas silbaba. Había muchas idas y venidas; Ginger y yo teníamos mucho trabajo.

Las primeras del grupo que se fueron fueron la señorita Jessie y Flora con su institutriz. Vinieron a despedirse de nosotros. Abrazaron al pobre Merrylegs como a un viejo amigo, y así fue. Luego nos enteramos de lo que se había dispuesto para nosotras. El amo nos había vendido a Ginger y a mí a su viejo amigo el conde de W---, pues pensaba que tendríamos un buen lugar allí. A Merrylegs se lo había dado al vicario, que necesitaba un poni para la señora Bloomfield, pero con la condición de que nunca se vendiera, y de que cuando dejara de trabajar se le disparara y se le enterrara.

Joe se comprometió a cuidarlo y a ayudar en la casa, así que pensé que Merrylegs estaba bien. A John le ofrecieron varios lugares buenos, pero dijo que debía esperar un poco y buscar.

La noche antes de partir, el amo entró en el establo para dar algunas indicaciones y para dar la última palmadita a sus caballos. Parecía muy desani-

mado; lo supe por su voz. Creo que los caballos sabemos más por la voz que muchos hombres.

"¿Has decidido qué hacer, John?", dijo. "Veo que no has aceptado ninguna de esas ofertas".

"No, señor, he decidido que si pudiera conseguir una situación con algún criador de potros y entrenador de caballos de primera categoría, eso sería lo mejor para mí. Muchos animales jóvenes se asustan y se echan a perder por el mal trato, lo que no tiene por qué ser así, si el hombre adecuado se hace cargo de ellos. Siempre me he llevado bien con los caballos, y si pudiera ayudar a algunos de ellos a tener un buen comienzo, me sentiría como si estuviera haciendo algo bueno. ¿Qué le parece, señor?"

"No conozco a ningún hombre en ninguna parte", dijo el maestro, "que me parezca tan adecuado para ello como usted. Usted entiende a los caballos, y de alguna manera ellos lo entienden a usted, y con el tiempo podría establecerse por sí mismo; creo que no podría hacerlo mejor. Si en algo puedo ayudarte, escíbeme; hablaré con mi agente en Londres, y le dejaré tu nombre".

El señor le dio a John el nombre y la dirección, y luego le agradeció su largo y fiel servicio; pero eso fue demasiado para John. "Le ruego que no lo haga, señor, no puedo soportarlo; usted y mi querida ama han hecho tanto por mí que nunca podría pagarlo; pero nunca le olvidaremos, señor, y, por favor, Dios, puede que algún día volvamos a ver a la ama como ella misma; debemos mantener la esperanza, señor." El amo le dio la mano a John, pero no habló, y ambos salieron del establo.

Había llegado el último y triste día; el criado y el pesado equipaje se habían ido el día anterior, y sólo quedaban el amo, la señora y su criada. Ginger y yo llevamos el carruaje hasta la puerta de la mansión por última vez. Los sirvientes sacaron cojines y alfombras y muchas otras cosas, y cuando todo estuvo dispuesto, el amo bajó los escalones llevando a la señora en brazos (yo estaba en el lado de la casa y podía ver todo lo que sucedía); la colocó cuidadosamente en el carruaje, mientras los sirvientes de la casa estaban alrededor llorando. "Adiós de nuevo", dijo, "no nos olvidaremos de ninguno de vosotros", y subió: "Conduce, John". Joe se levantó de un salto y trotamos lentamente a través del parque y del pueblo, donde la gente se

paraba en sus puertas para echar un último vistazo y decir: "Que Dios los bendiga".

Cuando llegamos a la estación de ferrocarril, creo que la señora pasó del carruaje a la sala de espera. La oí decir con su dulce voz: "Adiós, John, que Dios te bendiga". Sentí que la rienda se movía, pero John no respondió, tal vez no podía hablar. En cuanto Joe hubo sacado las cosas del carruaje, John lo llamó para que se quedara junto a los caballos, mientras él subía a la plataforma. Pobre Joe, se acercó a nuestras cabezas para ocultar sus lágrimas. Muy pronto, el tren llegó resoplando a la estación; luego, en dos o tres minutos, las puertas se cerraron de golpe; el guarda silbó y el tren se alejó, dejando tras de sí sólo nubes de humo blanco y algunos corazones muy pesados.

Cuando se perdió de vista, John regresó: "No volveremos a verla", dijo, "nunca". Tomó las riendas, montó en la caja y, junto con Joe, condujo lentamente a casa; pero ya no era nuestro hogar.

PARTE II

CAPÍTULO XXII: EARLSHALL.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Joe subió a Merrylegs a la caravana baja de la patrona para llevarlo a la vicaría; llegó primero y se despidió de nosotros, y Merrylegs nos relinchó desde el patio. Entonces John le puso la silla a Ginger y la rienda a mí, y nos llevó a través del campo, unas quince millas hasta Earlshall Park, donde vivía el Conde de W---. Había una casa muy bonita y una gran cantidad de establos; entramos en el patio por una puerta de piedra y John preguntó por el señor York. Pasó algún tiempo antes de que llegara. Era un hombre de mediana edad, de buen aspecto, y su voz decía de inmediato que esperaba ser obedecido. Fue muy amable y cortés con John y, tras echarnos una ligera mirada, llamó a un mozo de cuadra para que nos llevara a nuestros boxes e invitó a John a tomar un refresco.

Nos llevaron a un establo luminoso y ventilado, y nos colocaron en cajas contiguas, donde nos frotaron y alimentaron. Al cabo de media hora, John y el señor York, que iba a ser nuestro nuevo cochero, entraron a vernos. "Ahora bien, señor Manly", dijo, después de observarnos cuidadosamente a ambos, "no veo ningún defecto en estos caballos, pero todos sabemos que los caballos tienen sus peculiaridades al igual que los hombres, y que a ve-

ces necesitan un trato diferente; me gustaría saber si hay algo particular en alguno de ellos, que le gustaría mencionar".

"Bueno", dijo John, "no creo que haya un par de caballos mejor en el país, y me apena mucho tener que separarme de ellos, pero no son iguales; el negro es el más perfecto temperamento que he conocido; supongo que nunca ha conocido una palabra dura o un golpe desde que fue parido, y todo su placer parece ser hacer lo que usted desea; pero la castaña me imagino que debe haber sido maltratada; nos enteramos por el comerciante. Llegó a nosotros irritable y desconfiada, pero cuando se dio cuenta de la clase de lugar que era el nuestro, todo desapareció poco a poco; durante tres años no he visto el menor signo de mal genio, y si se la trata bien no hay un animal mejor y más dispuesto que ella; Pero su constitución es naturalmente más irritable que la del caballo negro; las moscas la molestan más; cualquier cosa mala en la guarnición la inquieta más; y si se la maltratara o se la tratara injustamente, no sería improbable que diera gato por liebre; ya sabes que muchos caballos de alto nivel lo hacen. "

"Por supuesto", dijo York, "lo comprendo perfectamente, pero ya sabes que no es fácil en unas cuadras como éstas tener a todos los mozos de cuadra como deben ser; yo hago lo que puedo, y ahí debo dejarlo. Recordaré lo que has dicho sobre la yegua".

Estaban saliendo del establo, cuando John se detuvo y dijo: "Será mejor que mencione que nunca hemos usado la "rienda de porte" con ninguno de los dos; el caballo negro nunca la tuvo puesta, y el tratante dijo que fue la mordaza la que estropeó el temperamento del otro."

"Bueno", dijo York, "si vienen aquí, deben usar la rienda de porte. Yo mismo prefiero la rienda suelta, y su señoría siempre es muy razonable con los caballos; pero mi señora, eso es otra cosa, tendrá estilo; y si sus caballos de carruaje no llevan la rienda bien puesta, ni los miraría. Siempre me pongo en contra de la mordaza, y así lo haré, ¡pero debe estar bien atada cuando mi señora cabalga!"

"Lo siento, lo siento mucho", dijo John, "pero debo marcharme ahora, o perderé el tren".

Se acercó a cada uno de nosotros para acariciar y hablarnos por última vez; su voz sonaba muy triste.

Me acerqué a él, fue todo lo que pude hacer para despedirme, y luego se fue, y nunca lo he vuelto a ver.

Al día siguiente, lord W--- vino a vernos; parecía satisfecho con nuestro aspecto.

"Tengo una gran confianza en estos caballos", dijo, "por el carácter que mi amigo el señor Gordon me ha dado de ellos. Por supuesto que no coinciden en el color, pero mi idea es que servirán muy bien para el carruaje mientras estemos en el campo. Antes de que vayamos a Londres debo tratar de emparejar a Baron; el caballo negro, creo, es perfecto para montar."

York le contó entonces lo que John había dicho sobre nosotros. "Bien", dijo él, "debes vigilar a la yegua, y poner la rienda de porte fácil; me atrevo a decir que lo harán muy bien con un poco de ánimo al principio. Se lo comentaré a su señora".

Por la tarde nos enjaezaron y nos subieron al carruaje, y cuando el reloj del establo dio las tres campanadas nos condujeron a la parte delantera de la casa. Era muy grande y tres o cuatro veces más grande que la antigua casa de Birtwick, pero no tan agradable, si es que un caballo puede opinar. Dos peones estaban preparados, vestidos con librea gris, con pantalones escarlata y medias blancas. Enseguida oímos el crujido de la seda cuando mi señora bajó los escalones de piedra. Se dio la vuelta para mirarnos; era una mujer alta y de aspecto orgulloso, y no parecía complacida por algo, pero no dijo nada, y subió al carruaje. Era la primera vez que llevaba una rienda de porte, y debo decir que, aunque era ciertamente una molestia no poder bajar la cabeza de vez en cuando, no me hacía subir más de lo que estaba acostumbrado a llevar. Me sentía ansioso por Ginger, pero ella parecía estar tranquila y contenta.

Al día siguiente, a las tres, estábamos de nuevo en la puerta, y los lacayos como antes; oímos el crujido del vestido de seda, y la señora bajó los escalones y, con voz imperiosa, dijo: "York, tienes que poner las cabezas de esos caballos más altas, no son dignas de ser vistas". York se bajó y dijo muy respetuosamente: "Le ruego que me disculpe, mi señora, pero estos caballos no han sido domados desde hace tres años, y mi señor dijo que sería más seguro llevarlos a ello de a poco; pero si a su señoría le place, puedo subirlos un poco más."

"Hazlo", dijo ella.

York se acercó a nuestras cabezas y acortó él mismo la rienda, un agujero creó; cada poco hace la diferencia, sea para bien o para mal, y ese día teníamos que subir una colina empinada. Entonces empecé a entender lo que había oído. Por supuesto, quería poner la cabeza hacia delante y subir el carruaje con ganas, como habíamos estado acostumbrados a hacer; pero no, ahora tenía que tirar con la cabeza hacia arriba, y eso me quitaba todo el ánimo, y el esfuerzo recaía sobre mi espalda y mis piernas. Cuando entramos, Ginger dijo: "Ya ves lo que es, pero esto no es malo, y si no empeora mucho más que esto, no diré nada al respecto, porque aquí nos tratan muy bien; pero si me aprietan mucho, ¡que se cuiden! No puedo soportarlo, y no lo haré".

Día a día, agujero a agujero nuestras riendas de porte se fueron acortando, y en lugar de esperar con placer que me pusieran los arreos como solía hacer, comencé a temerlo. Ginger también parecía inquieta, aunque hablaba muy poco. Por fin pensé que lo peor había pasado; durante varios días no hubo más acortamientos, y decidí sacar lo mejor de ello y cumplir con mi deber, aunque ahora era un acoso constante en lugar de un placer; pero lo peor no había llegado.

CAPÍTULO XXIII: UNA HUELGA POR LA LIBERTAD.

Un día mi señora bajó más tarde que de costumbre, y la seda crujió más que nunca.

"Conduzca hasta la duquesa de B", dijo, y luego, tras una pausa: "¿Nunca vas a levantar las cabezas de esos caballos, York? Levántalos de una vez, y no nos dejes más de estas bromas y tonterías".

York se acercó a mí primero, mientras el mozo de cuadra se ponía a la cabeza de Ginger. Me echó la cabeza hacia atrás y fijó la rienda con tanta fuerza que era casi insoportable; luego se dirigió a Ginger, que movía impacientemente la cabeza hacia arriba y hacia abajo contra el bocado, como era su costumbre ahora. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir, y en el momento en que York quitó la rienda del terrete para acortarla, ella aprovechó la oportunidad y se levantó tan repentinamente que York recibió un fuerte golpe en la nariz y se le cayó el sombrero; el mozo de cuadra casi salió despedido de las piernas. Al instante, ambos se lanzaron a su cabeza, pero ella era rival para ellos, y continuó lanzándose, encabritándose y pateando de la manera más desesperada; al final pateó justo sobre el poste del carruaje y cayó, después de darme un fuerte golpe en mi cuarto delantero. No se sabe qué más daño podría haber hecho si York no se hubiera sentado de inmediato sobre su cabeza para evitar que se resistiera, gritando al mismo tiempo: "¡Desenganche el caballo negro! Uno de los lacayos corrió a por el cabrestante, y otro trajo un cuchillo de la casa. El mozo de cuadra no tardó en liberarme de Ginger y del carruaje, y me llevó a mi box. Me entregó tal como estaba, y corrió de vuelta a York. Estaba muy excitado por lo que había sucedido, y si alguna vez hubiera estado acostumbrado a dar patadas o a enca-

britarme, estoy seguro de que lo habría hecho en ese momento; pero nunca lo había hecho, y allí me quedé enfadado, dolorido en la pierna, con la cabeza todavía tensa hasta la terreta de la silla de montar, y sin fuerzas para bajarla. Me sentía muy miserable, y tenía muchas ganas de dar una patada a la primera persona que se me acercara.

Sin embargo, al poco tiempo Ginger fue conducida por dos mozos de cuadra, bastante golpeada y magullada. York vino con ella y dio sus órdenes, y luego vino a mirarme. En un momento me bajó la cabeza.

"¡Malditas sean estas riendas!", se dijo a sí mismo; "pensé que pronto tendríamos alguna travesura; el amo se enfadará mucho; pero ya está: si el marido de una mujer no puede gobernarla, por supuesto que un criado tampoco; así que me lavo las manos, y si no puede ir a la fiesta del jardín de la duquesa, no puedo evitarlo". York no dijo esto ante los señores; siempre hablaba con respeto cuando estaban cerca. Ahora, me palpó por todas partes, y pronto encontró el lugar sobre mi corvejón donde me habían pateado. Estaba hinchado y me dolía; ordenó que me limpiaran con una esponja con agua caliente, y luego me pusieron una loción.

Lord W--- se sintió muy molesto cuando se enteró de lo que había sucedido; culpó a York de haber cedido a su señora, a lo que él respondió que en el futuro preferiría recibir sus órdenes sólo de su señoría; pero creo que no pasó nada, pues las cosas siguieron igual que antes. Pensé que York podría haber defendido mejor a sus caballos, pero tal vez no soy juez.

Ginger no volvió a subir al carruaje, pero cuando se recuperó de sus magulladuras, uno de los hijos menores de lord W dijo que le gustaría quedarse con ella; estaba seguro de que sería una buena cazadora. En cuanto a mí, me vi obligado a ir todavía en el carruaje, y tuve un nuevo compañero llamado Max; siempre había estado acostumbrado a la rienda floja. Le pregunté cómo lo soportaba. "Bueno", me dijo, "lo soporto porque debo hacerlo, pero está acortando mi vida, y también la tuya, si tienes que aguantar".

"¿Crees", dije, "que nuestros amos saben lo malo que es para nosotros?"

"No puedo decirlo", respondió, "pero los tratantes y los médicos de caballos lo saben muy bien. Una vez estuve en casa de un tratante, que nos estaba entrenando a mí y a otro caballo para que fuéramos en pareja; nos estaba subiendo la cabeza como él decía, un poco más y un poco más cada día. Un

caballero que estaba allí le preguntó por qué lo hacía: "Porque", dijo, "la gente no los comprará si no lo hacemos nosotros. Los londinenses siempre quieren que sus caballos lleven la cabeza alta y pisen fuerte; por supuesto, es muy malo para los caballos, pero es bueno para el comercio. Los caballos se desgastan pronto, o se enferman, y vienen a buscar otro par". Eso", dijo Max, "es lo que me dijo a mí, y tú puedes juzgar por ti mismo".

Lo que sufrí con esa rienda durante cuatro largos meses en el carruaje de mi señora, sería difícil de describir, pero estoy bastante seguro de que, si hubiera durado mucho más, mi salud o mi temperamento habrían cedido. Antes de eso, nunca supe lo que era echar espuma por la boca, pero ahora la acción del afilado bocado sobre mi lengua y mi mandíbula, y la posición constreñida de mi cabeza y mi garganta, siempre me hacían echar más o menos espuma por la boca. A algunas personas les parece muy bien ver esto, y dicen: "¡Qué criaturas de espíritu tan fino!". Pero es tan poco natural para los caballos como para los hombres, echar espuma por la boca. Es una señal segura de que algo va mal, y generalmente procede del sufrimiento. Además de esto, había una presión en mi tráquea, que a menudo me hacía respirar muy mal; cuando volvía de mi trabajo, mi cuello y mi pecho estaban tensos y doloridos, mi boca y mi lengua sensibles, y me sentía agotado y deprimido.

En mi antigua casa, siempre supe que John y mi amo eran mis amigos; pero aquí, aunque en muchos aspectos me trataban bien, no tenía ningún amigo. York podría haber sabido, y muy probablemente lo sabía, cómo me acosaba esa rienda; pero supongo que lo tomó como algo natural que no podía evitarse; en todo caso no se hizo nada para aliviarme.

CAPÍTULO XXIV: LADY ANNE, O UN CABALLO DESBOCADO.

A principios de la primavera, lord W--- y parte de su familia fueron a Londres y se llevaron a York. A mí, a Ginger y a algunos otros caballos nos dejaron en casa para que los utilizaran, y el mozo de cuadra quedó a cargo.

Lady Harriet, que se quedó en la mansión, era una gran discapacitada y nunca salía en carruaje, y Lady Anne prefería montar a caballo con su hermano o sus primos. Era una perfecta amazona, tan alegre y gentil como hermosa. Me eligió a mí como su caballo, y me llamó "Black Auster". Disfrutaba mucho de estos paseos en el aire claro y frío, a veces con Ginger, a veces con Lizzie. Esta Lizzie era una brillante yegua alazana, casi de pura sangre, y una gran favorita de los caballeros, por su buena acción y su espíritu vivaz; pero Ginger, que sabía más de ella que yo, me dijo que era bastante nerviosa.

Había un caballero de nombre Blantyre que se hospedaba en la mansión; siempre montaba a Lizzie, y la elogiaba tanto, que un día Lady Anne ordenó que le pusieran la silla lateral y a mí la otra. Cuando llegamos a la puerta, el caballero parecía muy inquieto. "¿Cómo es esto?", dijo, "¿estás cansada de tu buen Black Auster?".

"¡Oh! no, en absoluto", contestó, "pero soy lo suficientemente amable como para dejarte montarlo por una vez, y voy a probar tu encantadora Lizzie. Debe confesar que en tamaño y apariencia es mucho más parecido a un caballo de dama que mi propio favorito".

"Permítame que te aconseje que no la montes", dijo él; "es una criatura encantadora, pero es demasiado nerviosa para una dama. Te aseguro que no

es perfectamente segura; permíteme rogarte que hagas cambiar las monturas".

"Mi querido primo", dijo Lady Anne, riendo, "te ruego que no molestes a tu buena y cuidadosa cabeza por mí; he sido amazona desde que era un bebé, y he seguido a los sabuesos muchas veces, aunque sé que no apruebas la caza de las damas; pero aun así, ese es el hecho, y tengo la intención de probar a esta Lizzie a la que todos ustedes, caballeros, son tan aficionados; así que, por favor, ayúdame a montar como un buen amigo como tú eres."

No hubo más que decir, la colocó cuidadosamente en la silla de montar, miró el bocado y el freno, le dio las riendas suavemente en la mano, y luego me montó. Justo cuando nos poníamos en marcha, un criado salió con un papel y un mensaje de Lady Harriet: "¿Podrían hacer esta pregunta por ella en casa del doctor Ashley y traer la respuesta?".

El pueblo estaba a una milla de distancia, y la casa del doctor era la última. Avanzamos alegremente hasta llegar a su puerta. Había un corto camino hasta la casa entre altos árboles de hoja perenne. Blantyre se detuvo en la puerta e iba a abrirle a Lady Anne, pero ella le dijo: "Te esperaré aquí, y puedes colgar la rienda de Auster en la puerta".

Él la miró dubitativo. "No tardaré ni cinco minutos", dijo.

"Oh, no te apresures; Lizzie y yo no nos escaparemos de ti".

Colgó mi rienda en uno de los pinchos de hierro, y pronto se ocultó entre los árboles. Lizzie estaba de pie tranquilamente al lado del camino a unos pasos de distancia, de espaldas a mí. Mi joven ama estaba sentada fácilmente con la rienda suelta, tarareando una pequeña canción. Escuché los pasos de mi jinete hasta que llegaron a la casa, y le oí llamar a la puerta. Había un prado en el lado opuesto del camino, cuya puerta estaba abierta; en ese momento, salieron trotando de manera muy desordenada algunos caballos de carreta y varios potros jóvenes, mientras un muchacho detrás hacía sonar un gran látigo. Los potros eran salvajes y juguetones, y uno de ellos atravesó el camino y se estrelló contra las patas traseras de Lizzie; y no puedo decir si fue el estúpido potro o el fuerte chasquido del látigo, o ambas cosas juntas, pero ella dio una violenta patada y se lanzó al galope. Fue tan repentino que Lady Anne estuvo a punto de perder el equilibrio, pero pronto se recuperó. Relinché fuertemente para pedir ayuda; relinché una y otra vez, golpeando

el suelo con impaciencia y sacudiendo la cabeza para soltar la rienda. No tuve que esperar mucho. Blantyre llegó corriendo a la puerta; miró ansiosamente a su alrededor, y acaba de ver la figura voladora, ahora, lejos en el camino. En un instante saltó a la silla de montar. No necesité ni látigo ni espuela, pues estaba tan ansioso como mi jinete: él lo vio, y dándome rienda suelta, e inclinándose un poco hacia delante, nos lanzamos tras ellos.

Durante una milla y media, el camino era recto, y luego doblaba a la derecha, tras lo cual se dividía en dos caminos. Mucho antes de que llegáramos a la curva, ella se perdió de vista. ¿Por dónde había girado? Una mujer estaba de pie en la puerta de su jardín, tapándose los ojos con la mano y mirando ansiosamente hacia la carretera. Apenas sacó la rienda, Blantyre gritó: "¿Por dónde?". "A la derecha", gritó la mujer, señalando con la mano, y nos alejamos por el camino de la derecha; entonces, por un momento la vimos; otra curva, y se ocultó de nuevo. Varias veces la vimos y luego la perdimos. Apenas parecíamos ganarles terreno. Un viejo guardacaminos estaba de pie cerca de un montón de piedras, con la pala caída y las manos levantadas. Cuando nos acercamos, nos hizo una señal para que habláramos. Blantyre tiró un poco de la rienda. "Hacia el común, hacia el común, señor; se ha desviado allí". Conocía muy bien este lugar; era en su mayor parte un terreno muy accidentado, cubierto de brezo y arbustos de color verde oscuro, con algún viejo espino; también había espacios abiertos de hierba fina y corta, con hormigueros y topos por todas partes; el peor lugar que he conocido para un galope precipitado.

Apenas habíamos dado la vuelta al campo, cuando volvimos a ver el hábito verde volando delante de nosotros. El sombrero de mi señora había desaparecido, y su larga cabellera castaña corría detrás de ella. Tenía la cabeza y el cuerpo echados hacia atrás, como si estuviera tirando con todas las fuerzas que le quedaban, y como si esas fuerzas estuvieran casi agotadas. Estaba claro que la aspereza del terreno había disminuido mucho la velocidad de Lizzie, y parecía que había una posibilidad de que la alcanzáramos.

Mientras estábamos en el camino alto, Blantyre me había dado la cabeza; pero ahora, con una mano ligera y un ojo experimentado, me guió por el terreno de una manera tan magistral, que mi ritmo apenas se redujo, y estábamos ganando decididamente.

Hacia la mitad del páramo se había cortado recientemente un ancho dique, y la tierra del corte se había echado bruscamente al otro lado. Seguramente esto los detendría, pero no; sin apenas detenerse, Lizzie dio el salto, tropezó con los ásperos terrones y cayó. Blantyre gimió: "¡Ahora, Auster, hazlo lo mejor que puedas!" Me dio una rienda firme, me recompuse bien y con un salto decidido despejé tanto el dique como la orilla.

Inmóvil entre los brezos, con la cara hacia la tierra, yacía mi pobre y joven ama. Blantyre se arrodilló y la llamó por su nombre, pero no se oyó ningún sonido; con suavidad, le levantó la cara, que estaba espantosamente blanca y con los ojos cerrados. "¡Annie, querida Annie, habla!", pero no hubo respuesta. Le desabrochó el hábito, le aflojó el cuello, le palpó las manos y la muñeca, luego se levantó y miró a su alrededor en busca de ayuda.

A poca distancia había dos hombres cortando césped, que al ver a Lizzie corriendo sin jinete habían dejado su trabajo para atraparla.

El grito de Blantyre no tardó en traerlos al lugar. El primero de ellos parecía muy preocupado por la escena, y preguntó qué podía hacer.

"¿Puedes montar?"

"Bueno, señor, no soy un gran jinete, pero arriesgaría mi cuello por Lady Anne; ella fue extraordinariamente buena con mi esposa en el invierno".

"Entonces monta este caballo, amigo mío; tu cuello estará a salvo, y cabalga hasta la casa del doctor, y pídele que venga de inmediato; luego ve a la mansión, cuéntales todo lo que sabes, y pídeles que envíen el carruaje con la doncella de Lady Anne y su ayuda. Yo me quedaré aquí".

"Muy bien, señor, haré lo que pueda, y ruego a Dios que la querida joven abra pronto los ojos". Entonces, al ver al otro hombre, gritó: "Toma, Joe, corre a por un poco de agua, y dile a mi señora que venga tan rápido como pueda a ver a Lady Anne". Entonces, de alguna manera, se subió a la silla de montar, y con un "Gee up" y una palmada en los costados con ambas piernas, emprendió su viaje, haciendo un pequeño circuito para evitar el dique. No tenía látigo, lo que parecía molestarle, pero mi ritmo pronto subsanó esa dificultad, y se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era pegarse a la silla y sujetarme, lo que hizo con gran esfuerzo. Lo sacudí tan poco como pude, pero una o dos veces, en el terreno áspero, gritó: "¡Calma! ¡Woah! Tranquilo". En el camino alto íbamos bien; y en casa del doctor, y

en el Hall, hizo su recado como un hombre bueno y verdadero. Le pidieron que entrara para tomar una gota de algo. "¡No! no", dijo, "volveré con ellos por un atajo a través de los campos, y estaré allí antes que el carruaje".

Hubo mucha prisa y excitación después de conocerse la noticia. Me metieron en mi box, me quitaron la montura y la brida y me pusieron un paño encima.

Ensillaron a Ginger y lo enviaron a toda prisa a buscar a lord George, y pronto oí el carruaje salir del patio.

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que Ginger regresara y nos quedáramos solos; entonces me contó todo lo que había visto.

"No puedo contar mucho -dijo-. Fuimos al galope casi todo el camino, y llegamos justo cuando el doctor subía a caballo. Había una mujer sentada en el suelo con la cabeza de la señora en su regazo. El doctor le echó algo en la boca, pero lo único que oí fue "no está muerta". Entonces un hombre me llevó a una pequeña distancia. Al cabo de un rato la llevaron al carruaje y volvimos juntos a casa. Oí a mi amo decir a un caballero que le paró para preguntar, que esperaba que no se hubiera roto ningún hueso, pero que ella no había hablado todavía".

Cuando Lord George llevó a Ginger a cazar, York negó con la cabeza; dijo que debía ser una mano firme la que entrenara a un caballo para la primera temporada, y no un jinete al azar como Lord George.

A Ginger le gustaba mucho, pero a veces, cuando volvía, podía ver que se había esforzado mucho, y de vez en cuando daba una pequeña tos. Tenía demasiado espíritu como para quejarse, pero no podía evitar sentirme preocupada por ella.

Dos días después del accidente, Blantyre me hizo una visita: me dio unas palmaditas y me elogió mucho, le dijo a Lord George que estaba seguro de que el caballo conocía el peligro de Annie tan bien como él. "No podría haberlo aguantado, si quisiera", dijo; "ella no debería montar nunca otro caballo". Por su conversación supe que mi joven ama estaba ahora fuera de peligro y que pronto podría volver a montar. Esto era una buena noticia para mí, y esperaba una vida feliz.

CAPÍTULO XXV: REUBEN SMITH.

Debo decir ahora algo sobre Reuben Smith, que quedó a cargo de los establos cuando York se fue a Londres. Nadie entendía más a fondo su negocio que él, y cuando estaba bien, no podía haber un hombre más fiel o de más valor. Era gentil y muy inteligente en el manejo de los caballos, y podía medicarlos casi tan bien como un herrador, pues había vivido dos años con un veterinario. Era un conductor de primera clase; podía llevar un cuatro en mano, o un tándem, tan fácilmente como un par. Era un hombre apuesto, un buen estudiante y tenía unos modales muy agradables. Creo que le gustaba a todo el mundo; ciertamente los caballos lo hacían; la única maravilla era que estuviera en una situación inferior, y no en el lugar de un cochero principal como York: pero tenía un gran defecto, y era la afición a la bebida. No era como otros hombres, que siempre lo hacían; solía mantenerse estable durante semanas o meses, y luego rompía y tenía un "ataque", como lo llamaba York, y era una desgracia para sí mismo, un terror para su esposa, y una molestia para todos los que tenían que ver con él. Sin embargo, era tan útil, que dos o tres veces York había silenciado el asunto y lo había ocultado al conde; pero una noche, cuando Reuben tenía que llevar a un grupo a casa después de un baile, estaba tan borracho que no podía llevar las riendas, y un caballero del grupo tuvo que montar en la cabina y llevar a las damas a casa. Por supuesto, esto no podía ocultarse, y Reuben fue despedido de inmediato; su pobre esposa y sus hijos pequeños tuvieron que salir de la bonita casa de campo junto a la puerta del parque e ir donde pudieron. El viejo Max me contó todo esto, ya que había sucedido hacía tiempo; pero poco antes de que Ginger y yo llegáramos, Smith había sido llevado de nuevo. York había intercedido por él ante el conde, que es muy bondadoso, y el hombre había prometido fielmente que no volvería a probar una gota mientras viviera allí. Había cumplido tan bien su promesa, que York pensó que se podía

confiar en él para que ocupara su puesto mientras él estuviera fuera, y era tan inteligente y honesto, que nadie más parecía tan adecuado para ello.

Era ya principios de abril, y se esperaba que la familia regresara a casa en mayo. El coche ligero debía estar preparado, y como el coronel Blantyre tenía que volver a su regimiento, se dispuso que Smith lo llevara a la ciudad en él, y que volviera a caballo; para ello, se llevó la silla de montar, y yo fui elegido para el viaje. En la estación, el coronel puso un poco de dinero en la mano de Smith y se despidió de él, diciendo: "Cuida de tu joven ama, Reuben, y no dejes que el negro Auster se deje llevar por cualquier joven imbécil que quiera montarlo; guárdalo para la dama".

Dejamos el carruaje en casa del fabricante, y Smith me llevó hasta el White Lion, y ordenó al mozo de cuadra que me alimentara bien y me tuviera listo para él a las cuatro. Un clavo en una de mis herraduras delanteras se había arrancado mientras yo venía, pero el mozo de cuadra no se dio cuenta hasta las cuatro en punto. Smith no entró en el patio hasta las cinco, y entonces dijo que no se iría hasta las seis, pues se había reunido con unos viejos amigos. El hombre le habló del clavo y le preguntó si debía hacer ver la herradura. "No", dijo Smith, "estará bien hasta que lleguemos a casa". Hablaba en voz muy alta, y me pareció que no era propio de él no ver lo de la herradura, ya que en general era maravillosamente exigente con los clavos sueltos en sus herraduras. No vino ni a las seis, ni a las siete, ni a las ocho, y pasaron casi las nueve antes de que me llamara, y entonces fue con una voz áspera y fuerte. Parecía estar de muy mal humor, e insultó al conserje, aunque no pude saber por qué.

El casero se paró en la puerta y le dijo: "¡Tenga cuidado, señor Smith!", pero él respondió airadamente con un juramento; y casi antes de salir del pueblo comenzó a galopar, dándome frecuentemente un fuerte corte con su látigo, aunque yo iba a toda velocidad. La luna aún no había salido y estaba muy oscuro. Los caminos eran pedregosos, ya que habían sido reparados recientemente; al pasar por ellos a ese ritmo, mi herradura no tardó en aflojarse, y cuando estábamos cerca de la puerta de la carretera, se desprendió.

Si Smith hubiera estado en su sano juicio, se habría dado cuenta de que algo iba mal en mi paso; pero estaba demasiado borracho para darse cuenta de nada.

Más allá de la carretera había un largo trozo de camino, sobre el que acababan de colocar piedras frescas; grandes y afiladas piedras, sobre las que ningún caballo podía ser conducido rápidamente sin peligro. Por este camino, sin una herradura, me vi obligado a galopar a la máxima velocidad, mientras mi jinete me daba golpes con su látigo y me instaba a ir más rápido con sus maldiciones. Por supuesto, mi pata sin herradura sufrió terriblemente; la pezuña estaba rota y rajada hasta el fondo, y el interior estaba terriblemente cortado por el filo de las piedras.

Esto no podía continuar; ningún caballo podía mantener el paso en tales circunstancias, el dolor era demasiado grande. Tropecé y caí con violencia sobre mis dos rodillas. Smith salió despedido por mi caída, y debido a la velocidad a la que iba, debió caer con gran fuerza. Pronto recuperé mis pies y cojeé hasta el lado del camino, donde estaba libre de piedras. La luna acababa de salir por encima del seto, y a su luz pude ver a Smith tendido unos metros más allá de mí. No se levantó, sino que hizo un leve esfuerzo por hacerlo, y entonces, se oyó un fuerte gemido. Yo también podría haber gemido, pues sufría un intenso dolor tanto en el pie como en las rodillas; pero los caballos están acostumbrados a soportar su dolor en silencio. No emití ningún sonido, pero me quedé de pie y escuché. Smith emitió otro fuerte gemido, pero aunque ahora estaba a la luz de la luna, no podía ver ningún movimiento. No podía hacer nada por él ni por mí, pero, ¡oh! cómo esperaba el sonido del caballo, de las ruedas o de los pasos. El camino no era muy frecuentado, y a esta hora de la noche podríamos permanecer durante horas antes de que llegara la ayuda. Me quedé mirando y escuchando. Era una tranquila y dulce noche de abril; no había sonidos, salvo unas pocas notas bajas de un ruiseñor, y nada se movía, salvo las nubes blancas cerca de la luna, y un búho marrón que revoloteaba sobre el seto. Me hizo pensar en las noches de verano de hace mucho tiempo, cuando solía tumbarme junto a mi madre en el verde y agradable prado de Farmer Grey.

CAPÍTULO XXVI: CÓMO TERMINÓ

Debía ser casi medianoche, cuando oí a gran distancia el sonido de los pasos de un caballo. A veces el sonido se extinguía, y luego volvía a ser más claro y cercano. El camino a Earlshall atravesaba plantaciones que pertenecían al conde: el sonido venía en esa dirección, y yo esperaba que fuera alguien que viniera a buscarnos. A medida que el sonido se acercaba más y más, estaba casi seguro de que podía distinguir el paso de Ginger; un poco más cerca aún, y podría decir que estaba en el carro de los perros. Relinché fuertemente y me alegré al oír el relincho de Ginger y las voces de los hombres. Llegaron lentamente sobre las piedras y se detuvieron ante la oscura figura que yacía en el suelo.

Uno de los hombres saltó y se inclinó sobre ella. "¡Es Reuben!", dijo, "y no se mueve".

El otro hombre le siguió y se inclinó sobre él: "Está muerto", dijo; "siente lo frías que están sus manos". Lo levantaron, pero no había vida, y su pelo estaba empapado de sangre. Lo acostaron de nuevo y vinieron a mirarme. Pronto vieron mis rodillas cortadas.

"¡Vaya, el caballo ha bajado y lo ha tirado! ¿Quién iba a pensar que el caballo negro iba a hacer eso? Nadie pensaba que pudiera caer. Reuben debe haber estado aquí tirado durante horas. También es extraño que el caballo no se haya movido del lugar".

Robert intentó entonces llevarme hacia delante. Di un paso, pero casi me caigo de nuevo. Está mal del pie y de las rodillas; mira, tiene la pezuña hecha pedazos, ¡podría caerse, pobrecito! Te diré una cosa, Ned, me temo que no todo ha ido bien con Reuben. Si hubiera estado en su sano juicio, habría intentado montarlo sobre la luna; me temo que ha vuelto a suceder lo mis-

mo. Pobre Susan, estaba muy pálida cuando vino a mi casa a preguntar si él no había llegado a casa. Hizo creer que no estaba un poco ansiosa, y habló de un montón de cosas que podrían haberlo retenido. Pero, a pesar de todo, me rogó que fuera a recibirlo, pero ¿qué debemos hacer? Hay que llevar el caballo a casa, así como el cuerpo, y eso no será fácil".

Entonces se produjo una conversación entre ellos, hasta que se acordó que Robert, como mozo de cuadra, me llevara a mí, y que Ned llevara el cuerpo. Fue un trabajo duro meterlo en el carro de los perros, porque no había nadie que sostuviera a Ginger; pero ella sabía tan bien como yo lo que estaba pasando, y se quedó tan quieta como una piedra. Me di cuenta de ello, porque, si tenía un defecto, era que se impacientaba al estar de pie.

Ned se puso en marcha muy lentamente con su triste carga, y Robert se acercó y volvió a mirarme el talón de la pata; luego tomó su pañuelo y lo ató estrechamente alrededor, y así me llevó a casa. Nunca olvidaré aquel paseo nocturno; fueron más de tres millas. Robert me llevó muy despacio, y yo cojeaba y cojeaba como podía con mucho dolor. Estoy seguro de que lo sentía por mí, pues me daba palmaditas y me animaba a menudo, hablándome con voz agradable.

Por fin llegué a mi propia caja y tomé un poco de maíz, y después de que Robert me envolviera las rodillas con paños húmedos, me ató el pie con una cataplasma de salvado para sacar el calor y limpiarlo antes de que lo viera el médico de caballos por la mañana, y conseguí tumbarme en la paja y dormir a pesar del dolor.

Al día siguiente, después de que el herrador examinara mis heridas, dijo que esperaba que la articulación no estuviera lesionada, y que si era así, no se me estropearía el funcionamiento, pero que nunca perdería la mancha. Creo que hicieron todo lo posible por hacer una buena cura, pero fue larga y dolorosa; la carne orgullosa, como ellos la llamaban, surgió en mis rodillas, y fue quemada con cáustica, y cuando por fin estuvo curada, pusieron un líquido ampollante sobre la parte delantera de ambas rodillas para sacar todo el pelo: tenían alguna razón para ello, y supongo que estuvo bien.

Como la muerte de Smith había sido tan repentina y nadie estaba allí para verla, se celebró una investigación. El casero y el tabernero del White Lion, junto con otras personas, declararon que estaba borracho cuando salió de la posada. El guardián del peaje dijo que había atravesado la puerta al galope;

y mi herradura fue recogida entre las piedras, de modo que el caso quedó bastante claro para ellos, y yo quedé libre de toda culpa.

Todo el mundo se compadecía de Susan; estaba casi fuera de sí: repetía una y otra vez: "¡Oh, era tan bueno, tan bueno! era por esa maldita bebida; ¿por qué venderán esa maldita bebida? Oh Reuben, Reuben!" Así siguió hasta que lo enterraron; y entonces, como no tenía casa ni parientes, ella, con sus seis hijitos, se vio obligada una vez más a dejar el agradable hogar junto a los altos robles, para entrar en aquella gran y sombría Casa de la Unión.

CAPÍTULO XXVII: ARRUINADO, Y CUESTA ABAJO.

Tan pronto como mis rodillas se curaron lo suficiente, me llevaron a un pequeño prado durante uno o dos meses; no había ninguna otra criatura allí, y aunque disfrutaba de la libertad y de la dulce hierba, estaba tan acostumbrado a la sociedad que me sentía muy solo. Ginger y yo nos habíamos hecho muy amigos, y ahora echaba mucho de menos su compañía. A menudo relinchaba cuando oía los pies de los caballos que pasaban por el camino, pero rara vez obtenía respuesta; hasta que una mañana se abrió la puerta y quién entró sino la querida Ginger. El hombre le quitó el ronzal y la dejó allí. Con un relincho de alegría me acerqué a ella; ambos nos alegramos de encontrarnos, pero pronto descubrí que no era por nuestro placer que la habían traído para estar conmigo. Su historia sería demasiado larga para contarla, pero el final de la misma era que se había fastidiado por la dura cabalgata, y que ahora se había apartado para ver qué era lo que podía hacer el descanso.

Lord George era joven y no aceptaba ninguna advertencia; era un jinete duro, y cazaba siempre que tenía la oportunidad, bastante descuidado con su caballo. Poco después de salir del establo hubo una persecución de campanillas, y él decidió montar, aunque el mozo de cuadra le dijo que estaba un poco tensa, y que no estaba en condiciones para la carrera. Él no lo creyó, y el día de la carrera, instó a Ginger a seguir el ritmo de los jinetes más destacados. Con su alto espíritu, se esforzó al máximo; llegó con los tres primeros caballos, pero su aire estaba tocado, además de que era demasiado pesado para ella, y su espalda estaba tensa; "Y así", dijo ella, "aquí estamos: arruinados en la flor de nuestra juventud y fuerza; tú por un borracho, y yo por un tonto; es muy duro". Los dos sentimos en nuestro interior que no

éramos lo que fuimos. Sin embargo, eso no arruinaba el placer que nos producía la compañía mutua; ya no galopábamos como antes, sino que solíamos alimentarnos, y acostarnos juntos, y permanecer durante horas bajo uno de los tilos sombreados con las cabezas pegadas el uno al otro; y así pasábamos el tiempo hasta que la familia volvía de la ciudad.

Un día vimos que el conde entraba en el prado, y que York estaba con él. Al ver de quién se trataba, nos quedamos quietos bajo nuestro tilo y dejamos que se acercaran a nosotros. Nos examinaron cuidadosamente. El conde parecía muy molesto. "Hay trescientas libras tiradas a la basura para nada", dijo, "pero lo que más me importa es que estos caballos de mi viejo amigo, que pensó que encontrarían un buen hogar conmigo, están destrozados. La yegua tendrá doce meses de carrera, y ya veremos lo que hace por ella; pero el negro, debe ser vendido: es una gran pena, pero no podría tener rodillas como éstas en mis establos."

"No, mi señor, por supuesto que no", dijo York, "pero podría conseguir un lugar donde la apariencia no tenga mucha importancia, y aun así ser bien tratado. Conozco a un hombre en Bath, el dueño de unas caballerizas, que a menudo quiere un buen caballo por una cifra baja; sé que cuida bien de sus caballos. La investigación aclaró el carácter del caballo, y la recomendación de su señoría, o la mía, sería suficiente garantía para él."

"Será mejor que le escribas, York: Yo sería más exigente con el lugar que con el dinero que podría obtener". Después de esto nos dejaron.

"Pronto te llevarán", dijo Ginger, "y perderé al único amigo que tengo, y lo más probable es que no volvamos a vernos; ¡es un mundo muy duro!"

Alrededor de una semana después de esto, Robert entró en el campo con un cabestro, que deslizó sobre mi cabeza y me llevó. No se despidió de Ginger; relinchamos el uno al otro mientras me llevaban, y ella trotó ansiosamente junto al seto, llamándome mientras podía oír el sonido de mis pies.

Por recomendación de York, me compró el dueño de la caballeriza. Tuve que ir en tren, lo cual era nuevo para mí, y requería mucho valor la primera vez; pero como descubrí que el resoplido, las prisas, los silbidos y, sobre todo, el temblor de la caja de caballos en la que iba no me hacían ningún daño real, pronto me lo tomé con calma.

Cuando llegué al final de mi viaje, me encontré en un establo relativamente cómodo y bien atendido. Estos establos no eran tan aireados y agradables como aquellos a los que estaba acostumbrado. Los establos estaban colocados en una pendiente en lugar de estar nivelados, y como mi cabeza se mantenía atada al pesebre, me veía obligado a estar siempre de pie en la pendiente, lo cual era muy fatigoso. Los hombres no parecen saber todavía que los caballos pueden hacer más trabajo si pueden estar de pie cómodamente y pueden girar: sin embargo, yo estaba bien alimentado y bien limpiado, y en general, creo que nuestro amo nos cuidaba tanto como podía. Tenía un buen número de caballos y carruajes de diferentes tipos, para alquilar. A veces los conducían sus propios hombres; otras veces, el caballo y la carroza se alquilaban a caballeros o damas que los conducían ellos mismos.

CAPÍTULO XXVIII: UN CABALLO DE TRABAJO Y SUS CONDUCTORES.

Hasta ahora siempre me habían manejado personas que, al menos, sabían cómo conducir; pero en este lugar iba a tener experiencia de todas las clases de conducción mala e ignorante a la que estamos sometidos los caballos; porque yo era un "caballo de trabajo", y se me alquilaba a toda clase de personas que deseaban contratarme; y como tenía buen carácter y era manso, creo que se me alquilaba más a los conductores ignorantes que a algunos de los otros caballos, porque se podía confiar en mí. Me llevaría mucho tiempo contar todos los estilos diferentes en los que fui conducido, pero mencionaré algunos de ellos.

En primer lugar, estaban los conductores de riendas apretadas, que parecían pensar que todo dependía de sujetar las riendas tan fuerte como pudieran, sin aflojar nunca el tirón en la boca del caballo, ni darle la menor libertad de movimiento. Siempre hablan de "mantener al caballo bien sujeto" y de "sostener al caballo", como si un caballo no estuviera hecho para sostenerse a sí mismo.

Algunos pobres caballos destrozados, cuyas bocas se han vuelto duras e insensibles por conductores como estos, pueden, tal vez, encontrar algún apoyo en ello: pero, para un caballo que puede depender de sus propias patas, y que tiene una boca tierna, y es fácilmente guiado, no sólo es un tormento, sino que es estúpido.

Luego están los conductores de riendas sueltas, que dejan que las riendas se apoyen fácilmente en nuestras espaldas, y que su propia mano descansa perezosamente sobre sus rodillas. Por supuesto, estos señores no tienen ningún control sobre el caballo, si algo sucede de repente. Si un caballo se tam-

balea, o arranca, o tropieza, no están en ninguna parte, y no pueden ayudar al caballo o a ellos mismos, hasta que el daño está hecho. Por supuesto, yo no tenía ninguna objeción al respecto, ya que no tenía el hábito de arrancar o tropezar, y sólo estaba acostumbrado a depender de mi conductor para que me guiara y me animara; sin embargo, a uno le gusta sentir un poco la rienda al bajar una cuesta, y le gusta saber que su conductor no se ha dormido.

Además, una manera descuidada de conducir hace que un caballo adquiera malos hábitos, a menudo perezosos, y cuando cambia de manos, hay que sacarlo de ellos con más o menos dolor y problemas. Squire Gordon siempre nos mantuvo en nuestros mejores pasos y en nuestros mejores modales. Decía que malcriar a un caballo y dejar que adquiriera malos hábitos era tan cruel como malcriar a un niño, y ambos tenían que sufrir por ello después.

Además, estos conductores suelen ser totalmente descuidados, y se ocupan de cualquier otra cosa más que de sus caballos. Un día salí en el faetón con uno de ellos; llevaba una señora y dos niños detrás. Cuando nos pusimos en marcha, soltó las riendas y, por supuesto, me dio varios golpes de látigo sin sentido, aunque yo estaba bastante lejos. Se habían hecho muchas reparaciones en la carretera, e incluso donde las piedras no estaban recién colocadas, había muchas sueltas. Mi chófer reía y bromeaba con la señora y los niños, y hablaba del país a la derecha y a la izquierda; pero nunca pensó que valiera la pena vigilar a su caballo, o conducir por las partes más lisas del camino; y así sucedió fácilmente que me clavé una piedra en uno de mis pies delanteros.

Ahora bien, si el señor Gordon, o John, o de hecho, cualquier buen conductor hubiera estado allí, habría visto que algo andaba mal, antes de que yo hubiera avanzado tres pasos. O incluso si hubiera estado oscuro, una mano experta habría sentido por la rienda que había algo mal en el paso, y se habría bajado a buscar la piedra. Pero este hombre siguió riendo y hablando, mientras que a cada paso la piedra se encajaba más firmemente entre mi herradura y la planta de la pata. La piedra era afilada por dentro y redonda por fuera, lo que, como todo el mundo sabe, es el tipo más peligroso que puede coger un caballo, que al mismo tiempo le corta el pie y le hace más propenso a tropezar y caer.

No puedo decir si el hombre estaba en parte ciego, o sólo era muy descuidado, pero me condujo con esa piedra en el pie durante media milla antes de

darse cuenta de algo. Para entonces yo iba tan cojo por el dolor, que por fin lo vio y gritó: "¡Bueno, aquí está la cosa! ¡Por qué nos han mandado con un caballo cojo! ¡Qué lástima!"

Entonces soltó las riendas y se revolvió con el látigo, diciendo: "Ahora bien, no sirve de nada hacerse el viejo soldado conmigo; hay que hacer el viaje, y no sirve de nada volverse cojo y perezoso."

Justo en ese momento llegó un granjero montado en un potro marrón; se levantó el sombrero y se acercó. "Le ruego me disculpe, señor, pero creo que a su caballo le pasa algo, va como si tuviera una piedra en la herradura. Si me permite, le miraré los pies; estas piedras sueltas y dispersas son cosas muy peligrosas para los caballos."

"Es un caballo alquilado", dijo mi cochero; "no sé qué le pasa, pero es una gran vergüenza enviar a una bestia coja como ésta".

El granjero desmontó, y deslizando la rienda sobre su brazo, tomó de inmediato mi pie cercano. "¡Dios mío, es una piedra! ¡Cojo! ¡Me parece que sí!"

Al principio trató de desprenderla con la mano, pero, como estaba ya muy encajada, sacó de su bolsillo una pica de piedra y, con mucho cuidado y con cierta dificultad, la sacó. Luego, sosteniéndola, dijo: "Ahí está la piedra que tu caballo había recogido; es un milagro que no se haya caído y se haya roto las rodillas en el intento".

"¡Vaya si lo es!", dijo mi cochero, "¡qué cosa más rara! Nunca supe que los caballos recogieran piedras".

"¿No lo sabías?", dijo el granjero, más bien con desprecio; "pero sí lo hacen, y los mejores lo harán, y no pueden evitarlo a veces en caminos como éste. Y si no quieres que tu caballo cojee, debes estar atento y sacarlo rápidamente. Este pie está muy magullado", dijo, dejándolo suavemente en el suelo y dándome una palmadita. "Si me permite aconsejarlo, señor, será mejor que lo conduzca con suavidad durante un tiempo; el pie está muy lastimado, y la cojera no desaparecerá directamente". Luego, montando su potro y levantando su sombrero ante la dama, se marchó al trote.

Cuando se fue, mi cochero empezó a mover las riendas y a azotar el arnés, por lo que entendí que debía seguir adelante, lo que por supuesto hice, contento de que la piedra se hubiera ido, pero todavía con mucho dolor.

Este era el tipo de experiencia que los caballos de trabajo teníamos a menudo.

CAPÍTULO XXIX: Los "COCKNEYS".

También está el estilo de conducción de la máquina de vapor; estos conductores eran en su mayoría gente de las ciudades, que nunca tenían un caballo propio, y generalmente viajaban en tren.

Siempre les pareció que un caballo era algo parecido a una máquina de vapor, pero más pequeña. En cualquier caso, pensaban que, si pagaban por él, un caballo estaba obligado a ir tan lejos, tan rápido y con una carga tan pesada como ellos quisieran. Y sean los caminos pesados y fangosos, o secos y buenos; sean pedregosos o lisos, de subida o de bajada, todo es lo mismo - en, en, en, uno debe ir al mismo paso, sin ningún descanso, y sin ninguna consideración.

A esta gente nunca se le ocurre salir a caminar por una colina empinada. Oh, no, han pagado para montar, y lo harán. ¿El caballo? Oh, ¡está acostumbrado! ¿Para qué se hicieron los caballos, sino para arrastrar a la gente cuesta arriba? ¡Camina! ¡Una buena broma! Y así, el látigo es azotado y la rienda es lanzada, y a menudo una voz áspera de regaño grita: " ¡Adelante, bestia perezosa!" Y luego otro golpe de látigo, cuando todo el tiempo estamos haciendo todo lo posible para seguir adelante, sin quejarse y obediente, aunque a menudo muy acosado y deprimido.

Este estilo de conducción basado en el motor de vapor nos desgasta más rápido que cualquier otro. Preferiría recorrer veinte millas con un buen conductor considerado, que diez con algunos de estos; me costaría menos.

Otra cosa: casi nunca ponen el freno, por muy empinada que sea la bajada, y por eso a veces ocurren accidentes graves; o si lo ponen, a menudo se olvidan de quitarlo al final de la colina: y más de una vez he tenido que subir la siguiente colina hasta la mitad, con una de las ruedas atascada en el

freno, antes de que mi conductor decidiera pensar en ello; y eso es un esfuerzo terrible para un caballo.

Además, estos Cockneys, en lugar de arrancar a un paso fácil como lo haría un caballero, generalmente salen a toda velocidad desde el mismo patio de la cuadra; y cuando quieren detenerse, primero nos azotan, y luego se detienen tan repentinamente, que casi somos arrojados sobre nuestras patas, y nuestras bocas dentadas con el bocado; a eso le llaman detenerse con una carrera; y cuando doblan una esquina, lo hacen tan bruscamente como si no hubiera un lado correcto o incorrecto del camino.

Recuerdo muy bien una tarde de primavera en la que Rory y yo habíamos salido a pasar el día. (Rory era el caballo que más me acompañaba cuando se pedía un par, y era un buen compañero muy honesto). Teníamos nuestro propio cochero, y como siempre fue considerado y amable con nosotros, pasamos un día muy agradable. Volvíamos a casa a buen paso, hacia el crepúsculo; nuestro camino giraba bruscamente a la izquierda; pero como estábamos cerca del seto de nuestro lado, y había mucho espacio para pasar, nuestro conductor no nos detuvo. Al acercarnos a la esquina oí que un caballo y dos ruedas bajaban rápidamente por la colina hacia nosotros. El seto era alto y no pude ver nada, pero al momento siguiente estábamos uno encima del otro. Por suerte para mí, yo estaba en el lado más cercano al seto. Rory estaba en el lado derecho del poste, y no tenía ni siquiera un eje para protegerse. El hombre que conducía se dirigía directamente a la esquina y, cuando nos vio, no tuvo tiempo de apartarse a su lado. Todo el choque cayó sobre Rory. El eje del carro se clavó en el pecho, haciéndole tambalearse hacia atrás con un grito que nunca olvidaré. El otro caballo fue arrojado sobre sus patas, y una de las astas se rompió. Resultó que era un caballo de nuestros propios establos, con el coche de ruedas altas, al que los jóvenes eran tan aficionados.

El conductor era uno de esos tipos ignorantes, que ni siquiera saben cuál es su propio lado de la carretera, o si lo saben, no les importa. Y ahí estaba el pobre Rory con la carne desgarrada y sangrando, y la sangre corriendo. Decían que si se hubiera desviado un poco más hacia un lado, lo habría matado; y menos mal para él, pobrecito, si lo hubiera hecho.

Así las cosas, pasó mucho tiempo antes de que la herida sanara, y entonces lo vendieron para transportar carbón; y lo que es eso, subir y bajar esas

empinadas colinas, sólo lo saben los caballos. Algunas de las imágenes que vi allí, en las que un caballo tenía que bajar la colina con un carro de dos ruedas muy cargado detrás de él, en el que no se podía colocar ningún arrastre, me entristecen incluso ahora al pensarlo.

Después de que Rory quedara inválido, iba a menudo en el carruaje con una yegua llamada Peggy, que estaba en el establo contiguo al mío. Era un animal fuerte y bien formado, de color pardo brillante, bellamente moteado y con crines y cola de color marrón oscuro. No era de gran calidad, pero era muy bonita y tenía un carácter extraordinariamente dulce y voluntarioso. Sin embargo, tenía una mirada ansiosa, por lo que supe que tenía algún problema. La primera vez que salimos juntos me pareció que tenía un paso muy extraño; parecía ir en parte al trote y en parte al galope, tres o cuatro pasos, y luego un pequeño salto hacia adelante.

Era muy desagradable para cualquier caballo que tirara con ella, y me ponía bastante inquieto. Cuando llegamos a casa, le pregunté qué la hacía ir de esa manera tan extraña y torpe.

"Ah", dijo preocupada, "sé que mis pasos son muy malos, pero ¿qué puedo hacer? realmente no es mi culpa, es sólo porque mis piernas son muy cortas. Soy casi tan alta como tú, pero tus piernas son tres pulgadas más largas que las mías por encima de la rodilla, y por supuesto puedes dar un paso mucho más largo e ir mucho más rápido. Ya ves que no me he hecho a mí misma; ojalá hubiera podido hacerlo, entonces habría tenido las piernas largas; todos mis problemas provienen de mis piernas cortas", dijo Peggy, en tono abatido.

"Pero, ¿cómo es eso", le dije, "si eres tan fuerte y tienes tan buen humor y voluntad?".

"Verás", dijo ella, "los hombres van muy rápido, y si uno no puede seguir el ritmo de otros caballos, no hay más que látigo, látigo, látigo, todo el tiempo. Así que he tenido que seguir el ritmo como he podido, y me he medido en este horrible paso arrastrado. No siempre fue así; cuando vivía con mi primer amo siempre iba a un buen trote regular, pero entonces él no tenía tanta prisa. Era un joven clérigo en el campo, y un buen amo. Tenía dos iglesias muy separadas entre sí, y mucho trabajo, pero nunca me regañó ni azotó por no ir más rápido. Me tenía mucho cariño. Ojalá estuviera con él

ahora; pero tuvo que marcharse a una gran ciudad y entonces me vendieron a un granjero.

"Algunos granjeros, ya lo sabes, son unos amos de primera; pero creo que éste era un hombre de baja calaña. No le importaban los buenos caballos ni la buena conducción, sólo le importaba ir rápido. Yo iba tan rápido como podía, pero eso no era suficiente, y él siempre estaba azotando; así que me puse a hacer un resorte hacia adelante para mantener el ritmo. En las noches de mercado solía quedarse hasta muy tarde en la posada, y luego volvía a casa al galope. Una noche oscura volvía a casa al galope, como de costumbre, cuando de repente la rueda chocó con una cosa grande y pesada en el camino, y volcó el coche en un minuto. Salió despedido y se rompió el brazo y algunas costillas, creo. En cualquier caso, fue el fin de mi vida con él, y no lo lamenté. Pero ya ves que me pasará lo mismo en todas partes, si los hombres tienen que ir tan rápido. Ojalá mis piernas fueran más largas".

¡Pobre Peggy! Lo sentí mucho por ella, y no pude consolarla, pues sabía lo duro que era para los caballos de paso lento estar con los de paso rápido; todos los azotes les llegan a su parte, y no pueden evitarlo.

La usaban a menudo en el faetón, y era muy querida por algunas de las señoras, porque era muy mansa; y algún tiempo después fue vendida a dos señoras que conducían ellas mismas, y querían un buen caballo seguro.

Me la encontré varias veces en el campo, yendo a buen paso, y pareciendo tan alegre y contenta como puede estar un caballo. Me alegré mucho de verla, pues se merecía un buen lugar.

Cuando nos dejó, llegó otro caballo en su lugar. Era joven y tenía mala fama de ser tímido y de arrancar, por lo que había perdido un buen lugar. Le pregunté qué le hacía ser tímido.

"Bueno, apenas lo sé", dijo, "fui tímido cuando era joven, y me asusté mucho varias veces, y si veía algo extraño, solía girarme y mirarlo; ya ves con nuestras anteojeras, uno no puede ver o entender lo que es una cosa a menos que mire a su alrededor; y entonces mi amo siempre me daba un latigazo, que por supuesto me hacía arrancar, y no me hacía tener menos miedo. Creo que si me hubiera dejado mirar las cosas tranquilamente, y ver que no había nada que me hiciera daño, todo habría estado bien, y me habría acostumbrado a ellas. Un día, un anciano caballero cabalgaba con él, y un

gran trozo de papel blanco o trapo, pasó justo por un lado de mí; me asusté y me eché hacia delante; mi amo, como de costumbre, me azotó con fuerza, pero el anciano gritó: "¡Se equivoca! se equivoca! nunca debe azotar a un caballo por asustarse: se asusta porque está asustado, y usted sólo lo asusta más, y empeora el hábito". Así que supongo que no todos los hombres lo hacen. Estoy seguro de que no quiero ser tímido porque sí; pero ¿cómo puede uno saber lo que es peligroso y lo que no lo es, si nunca se le permite acostumbrarse a nada? Nunca tengo miedo de lo que conozco. Me crié en un parque donde había ciervos; por supuesto, los conocía tan bien como a una oveja o a una vaca, pero no son comunes, y conozco muchos caballos sensatos que se asustan ante ellos, y que dan patadas antes de pasar por un prado donde hay ciervos".

Yo sabía que lo que decía mi compañero era cierto, y deseaba que todos los caballos jóvenes tuvieran tan buenos amos como el granjero Grey y el escudero Gordon.

Por supuesto que a veces nos tocó conducir correctamente en este lugar. Recuerdo que una mañana me subieron al coche ligero y me llevaron a una casa de Pultney Street. Salieron dos caballeros; el más alto de ellos se acercó a mi cabeza, miró el bocado y la brida, y movió el collar con la mano, para ver si se ajustaba cómodamente.

"¿Considera usted que este caballo necesita un freno?", le dijo al mozo de cuadra.

"Bueno", dijo el hombre, "yo diría que iría igual de bien sin él, tiene una buena boca poco común, y aunque tiene un buen espíritu, no tiene ningún vicio; pero generalmente encontramos que a la gente le gusta el freno".

"A mí no me gusta", dijo el caballero; "ten la bondad de quitárselo y ponerle la rienda en la mejilla; una boca fácil es una gran ventaja en un viaje largo, ¿no es así, viejo amigo?", dijo, acariciando mi cuello.

Luego tomó las riendas y ambos se levantaron. Ahora recuerdo que me hizo girar con toda tranquilidad y, con un ligero toque de rienda y pasando el látigo suavemente por mi espalda, nos pusimos en marcha.

Arqué el cuello y me puse en marcha a mi mejor ritmo. Me di cuenta de que tenía a alguien detrás de mí, que sabía cómo se debe conducir un buen caballo. Parecía como en los viejos tiempos, y me hizo sentir muy alegre.

Este caballero me tomó mucho cariño, y después de probarme varias veces con la montura, convenció a mi amo para que me vendiera a un amigo suyo, que quería un caballo seguro y agradable para montar. Y así sucedió que en el verano me vendieron al señor Barry.

CAPÍTULO XXX: ¡UN LADRÓN!

Mi nuevo amo era un hombre soltero. Vivía en Bath y se dedicaba a sus negocios. Su médico le aconsejó que hiciera ejercicio a caballo, y para ello me compró. Alquiló un establo a poca distancia de su alojamiento y contrató a un hombre llamado Filcher como mozo de cuadra. Mi amo sabía muy poco de caballos, pero me trató bien, y habría tenido un lugar bueno y fácil, de no ser por circunstancias que él ignoraba. Pidió el mejor heno con abundante avena, frijoles triturados y salvado, con vezas o hierba de centeno, según el hombre creyera necesario. Oí al amo dar la orden, por lo que supe que había buena comida en abundancia, y pensé que estaba bien.

Durante unos días todo fue bien; descubrí que mi mozo de cuadra entendía su trabajo. Mantenía el establo limpio y aireado, y me acicalaba a conciencia; y nunca dejaba de ser amable. Había sido mozo de cuadra en uno de los grandes hoteles de Bath. Lo había dejado, y ahora cultivaba frutas y verduras para el mercado; y su esposa criaba y engordaba aves de corral y conejos para la venta. Al cabo de un tiempo me pareció que la avena se me quedaba muy corta; tenía las alubias, pero el salvado estaba mezclado con ellas en lugar de la avena, de la que había muy poca; ciertamente no más de una cuarta parte de la que debería haber. En dos o tres semanas esto empezó a afectar a mi fuerza y a mi ánimo. La comida de hierba, aunque era muy buena, no era suficiente para mantener mi condición sin el maíz. Sin embargo, no podía quejarme ni manifestar mis necesidades. Así transcurrieron cerca de dos meses, y me extrañó que mi amo no viera que algo andaba mal. Sin embargo, una tarde cabalgó hacia el campo para ver a un amigo suyo, un caballero agricultor que vivía en el camino de Wells. Este caballero tenía un ojo muy rápido para los caballos; y después de dar la bienvenida a su amigo, dijo, echando su mirada sobre mí: "Me parece, Barry, que tu ca-

ballo no tiene tan buen aspecto como cuando lo tuviste por primera vez; ¿ha estado bien?"

"Sí, creo que sí", dijo mi amo, "pero no está tan animado como antes; mi mozo de cuadra me dice que los caballos siempre están apagados y débiles en otoño, y que debo esperarlo".

"¡Otoño! ¡Insignificante!" dijo el granjero; "porque esto es sólo agosto; y con tu trabajo ligero y buena comida no debería decaer así, aunque fuera otoño. ¿Cómo lo alimentas?"

Le contó mi amo. El otro sacudió la cabeza lentamente, y comenzó a tantearme: "No puedo decir quién se come tu maíz, mi querido amigo, pero me equivoco mucho si tu caballo lo recibe. ¿Has montado muy rápido?"

"¡No! muy suavemente".

"Entonces pon tu mano aquí", dijo él, pasando su mano por mi cuello y hombro; "está tan caliente y húmedo como un caballo que acaba de subir de la hierba. Le aconsejo que mire un poco más en su establo. Detesto ser desconfiado, y, gracias al cielo, no tengo motivos para serlo, pues puedo confiar en mis hombres, presentes o ausentes; pero hay sinvergüenzas mezquinos, lo bastante malvados como para robarle el alimento a una bestia muda; debes investigarlo." Y volviéndose a su hombre que había venido a llevarme, "Dale a este caballo un buen alimento de avena machacada, y no lo escatimes".

"¡Bestias tontas!" Sí, lo somos; pero si hubiera podido hablar, le habría dicho a mi amo adónde iba su avena. Mi mozo de cuadra solía venir todas las mañanas a eso de las seis, y con él un niño pequeño, que siempre llevaba una cesta cubierta. Acompañaba a su padre al cuarto de los arneses, donde se guardaba el maíz, y yo podía verlos cuando la puerta estaba entreabierta, llenaba una bolsita con avena del cubo, y luego se iba.

Cinco o seis mañanas después de esto, justo cuando el niño había salido del establo, la puerta fue empujada y un policía entró, sujetando al niño con fuerza por el brazo; otro policía le siguió, y cerró la puerta por dentro, diciendo: "Muéstrame el lugar donde tu padre guarda la comida de sus conejos".

El niño parecía muy asustado y se puso a llorar; pero no había escapatoria, y se dirigió hacia el maizal. Aquí, el policía encontró otra bolsa vacía

como la que se encontró llena de avena en la cesta del muchacho.

Filcher estaba limpiando mis pies en ese momento, pero pronto lo vieron, y aunque fanfarroneó bastante, lo llevaron al "calabozo", y a su hijo con él. Después me enteré de que el niño no fue considerado culpable, pero el hombre fue condenado a dos meses de prisión.

CAPÍTULO XXXI: ¡UN IMPOSTOR!

Mi amo no se adaptó inmediatamente, pero a los pocos días llegó mi nuevo mozo de cuadra. Era un tipo bastante alto y apuesto, pero si alguna vez hubo un patán en forma de mozo de cuadra, ése fue Alfred Smirk. Fue muy cortés conmigo y nunca me maltrató; de hecho, me acarició y acarició mucho, cuando su amo estaba allí para verlo. Siempre me cepillaba las crines y la cola con agua, y los cascos con aceite, antes de llevarme a la puerta, para darme un aspecto elegante; pero en cuanto a limpiarme las patas, o mirarme las herraduras, o acicalarme a fondo, no pensaba en ello más que si hubiera sido una vaca. Me dejaba el bocado oxidado, la montura húmeda y la grupa rígida.

Alfred Smirk se consideraba muy guapo; pasaba mucho tiempo arreglándose el pelo, los bigotes y la corbata ante un pequeño espejo que había en el cuarto de los arreos. Cuando su amo le hablaba, era siempre "Sí, señor, sí, señor", tocándose el sombrero a cada palabra; y todo el mundo pensaba que era un joven muy agradable, y que el señor Barry era muy afortunado de encontrarse con él. Yo diría que era el tipo más perezoso y engreído al que me he acercado. Por supuesto que era una gran cosa no ser maltratado, pero entonces un caballo quiere más que eso. Tenía un box suelto, y podría haber estado muy cómodo si no hubiera sido demasiado indolente para limpiarlo. Nunca quitaba toda la paja, y el olor de lo que había debajo era muy malo; mientras que los fuertes vapores que se levantaban, me hacían los ojos irritados e inflamados, y no sentía el mismo apetito por mi comida.

Un día entró su amo y le dijo: "Alfred, el establo huele bastante fuerte; ¿no deberías fregar bien ese establo y echarle mucha agua?".

"Bueno, señor", dijo él, tocándose la gorra, "lo haré si le place, señor, pero es bastante peligroso, señor, echar agua en el box de un caballo, son muy propensos a coger frío, señor. No me gustaría hacerle un daño, pero lo haré si le place, señor".

"Bueno", dijo su amo, "no me gustaría que se enfriara, pero no me gusta el olor de este establo; ¿crees que los desagües están bien?"

"Bueno, señor, ahora que lo menciona, creo que el desagüe a veces devuelve un olor; puede haber algo mal, señor".

"Entonces mande llamar al albañil para que lo vea", dijo su amo."

"Sí, señor, lo haré".

El albañil vino y levantó muchos ladrillos, y no encontró nada malo; así que puso un poco de cal, y le cobró al amo cinco chelines, y el olor en mi caja era tan malo como siempre: pero eso no era todo; estando como estaba sobre una cantidad de paja húmeda, mis pies se volvieron malsanos, y tier-nos, y el amo solía decir: "No sé qué le pasa a este caballo, va muy torpe. A veces temo que tropiece".

"Sí, señor", dijo Alfred, "yo mismo he notado lo mismo, cuando lo he ejercitado".

Ahora bien, el hecho era que casi nunca me ejercitaba, y cuando el amo estaba ocupado, a menudo permanecía de pie durante días enteros sin estirar las piernas en absoluto, y sin embargo me alimentaba tan alto como si estuviera trabajando duro. Esto a menudo desordenaba mi salud, y me hacía a veces pesado y aburrido, pero más a menudo inquieto y febril. Ni siquiera me daba una comida de carne verde, o un puré de salvado, que me hubiera refrescado, pues era tan ignorante como engreído; y entonces, en lugar de hacer ejercicio o cambiar de comida, tenía que tomar bolas de caballo y caladas; lo cual, además de la molestia de que me las echaran por la garganta, solía hacerme sentir mal e incómodo.

Un día mis pies estaban tan sensibles, que trotando sobre unas piedras frescas con mi amo a la espalda, di dos tropiezos tan graves, que cuando bajaba por Lansdown hacia la ciudad, se detuvo en la herrería, y le pidió que viera lo que me pasaba. El hombre me levantó los pies uno por uno y los examinó; luego, poniéndose de pie y espolvoreando sus manos una contra otra, dijo: "Su caballo ha cogido la "candidiasis", y además mal; sus pies

están muy sensibles; es una suerte que no se haya caído. Me sorprende que su mozo de cuadra no lo haya atendido antes. Este es el tipo de cosas que encontramos en los establos sucios, donde la litera nunca se limpia adecuadamente. Si lo envía aquí mañana, me ocuparé de la pezuña, y le indicaré a su hombre cómo aplicar el linimento que le daré". Al día siguiente me limpiaron a fondo los pies y los rellenaron con estopa, empapada en una loción fuerte; y fue un asunto muy desagradable.

El herrador ordenó que se sacara toda la basura de mi box día a día, y que se mantuviera el suelo muy limpio. Luego debía comer purés de salvado, un poco de comida verde y no tanto maíz, hasta que mis pies estuvieran bien. Con este tratamiento recuperé pronto el ánimo, pero el señor Barry estaba tan disgustado por haber sido engañado dos veces por sus mozos de cuadra, que decidió dejar de tener un caballo y contratarlo cuando lo necesitara. Por lo tanto, me mantuvieron hasta que mis pies estuvieron sanos, y entonces me vendieron de nuevo.

PARTE III

CAPÍTULO XXXII: UNA FERIA DE CABALLOS.

No cabe duda de que una feria de caballos es un lugar muy divertido para quienes no tienen nada que perder; en cualquier caso, hay mucho que ver.

Largas ristas de caballos jóvenes del campo, recién salidos de los pantanos; y hordas de pequeños ponis galeses desgredados, no más altos que Merrylegs; y cientos de caballos de carro de todo tipo, algunos de ellos con sus largas colas trenzadas y atadas con cordón escarlata; y un buen número de ellos como yo, guapos y de alta raza, pero caídos en la clase media, por algún accidente o mancha, por falta de fuerza en el tiro o por alguna otra dolencia. Había algunos animales espléndidos en su mejor momento y aptos para cualquier cosa; sacaban las patas y mostraban sus pasos con gran estilo, mientras salían al trote con la rienda suelta, mientras el mozo corría a su lado. Pero en la parte de atrás había un buen número de pobres animales, tristemente destrozados por el duro trabajo, con las rodillas dobladas y las patas traseras balanceándose a cada paso; y había algunos caballos viejos de aspecto muy abatido, con el labio inferior colgando y las orejas echadas hacia atrás, como si no hubiera más placer en la vida ni esperanza; Había al-

gunos tan flacos que se les veían todas las costillas, y otros con viejas llagas en el lomo y en las caderas; eran vistas tristes para un caballo, que no sabe si puede llegar a estar en el mismo estado.

Hubo mucho regateo, carreras y golpes, y si un caballo puede decir lo que piensa en la medida en que lo entiende, yo diría que en esa feria de caballos se dijeron más mentiras y se hicieron más trucos de los que un hombre inteligente podría contar. Me pusieron con otros dos o tres caballos fuertes y de aspecto útil, y mucha gente vino a mirarnos. Los caballeros siempre se apartaban de mí cuando veían las rodillas rotas, aunque el hombre que me tenía juró que sólo había sido un resbalón en el establo.

Lo primero era abrirme la boca, luego mirarme a los ojos, después palparme toda la pierna, y darme un duro tacto de la piel y la carne, y luego probar mis pasos. Era maravilloso la diferencia que había en la forma de hacer estas cosas. Algunos lo hacían de forma brusca, como si uno fuera sólo un trozo de madera; mientras que otros pasaban sus manos suavemente por el cuerpo de uno, con una palmadita de vez en cuando, como diciendo "con tu permiso". Por supuesto, juzgué a buena parte de los compradores por sus modales hacia mí.

Hubo un hombre que pensé que, si me compraba, sería feliz. No era un caballero, ni tampoco uno de los que se autodenominan ruidosos. Era más bien un hombre pequeño, pero bien hecho y rápido en todos sus movimientos. En un momento supe, por la forma en que me trató, que estaba acostumbrado a los caballos; hablaba con suavidad, y sus ojos grises tenían una mirada amable y alegre. Puede parecer extraño decirlo, pero es cierto de todos modos, que el olor fresco y limpio que había en él me hizo sentirme atraído por él; no un olor a cerveza vieja y tabaco, que yo odiaba, sino un olor fresco como si hubiera salido de un pajar. Ofreció veintitrés libras por mí, pero las rechazó y se marchó. Miré tras él, pero ya se había ido, y vino un hombre de aspecto muy duro y de voz muy fuerte; temí mucho que me cogiera, pero se marchó. Vinieron uno o dos más que no tenían intención de hacer negocios. Entonces el hombre de la cara severa regresó de nuevo y ofreció veintitrés libras. Se estaba llevando a cabo una negociación muy reñida, pues mi vendedor empezó a pensar que no conseguiría todo lo que pedía y que debía bajar; pero justo en ese momento el hombre de los ojos grises regresó de nuevo. No pude evitar extender mi cabeza hacia él. Me acari-

ció la cara amablemente. "Bueno, viejo amigo", dijo, "creo que nos conven-
dría el uno al otro". "Daré veinticuatro por él".

"Diga veinticinco y lo tendrá".

"Veinticuatro diez", dijo mi amigo, en un tono muy decidido, "y ni un pe-
nique más: ¿sí o no?".

"Hecho", dijo el vendedor, "y puede estar seguro de que hay una calidad
extraordinaria en ese caballo, y si lo quiere para trabajar en un coche, es una
ganga".

El dinero se pagó en el acto, y mi nuevo amo tomó mi ronzal y me con-
dujo fuera de la feria a una posada, donde tenía preparada una silla de mon-
tar y una brida. Me dio una buena ración de avena, y se quedó mientras la
comía, hablando consigo mismo y conmigo. Media hora más tarde nos pusi-
mos en camino hacia Londres, a través de agradables callejuelas y caminos
rurales, hasta que llegamos a la gran vía londinense, por la que viajamos sin
descanso, hasta que en el crepúsculo llegamos a la gran ciudad. Las lámpa-
ras de gas estaban ya encendidas; había calles a la derecha, y calles a la iz-
quierda, y calles que se cruzaban unas con otras durante kilómetros y kiló-
metros. Pensé que nunca llegaríamos al final de ellas. Por fin, al pasar por
una, llegamos a una larga parada de coches, cuando mi jinete gritó con voz
alegre: "¡Buenas noches, gobernador!".

"¡Halloo!", gritó una voz, "¿tiene usted uno bueno?".

"Creo que sí", respondió mi dueño.

"Te deseo suerte con él".

"Gracias, gobernador", y siguió cabalgando. Pronto tomamos una de las
calles laterales, y a mitad de camino entramos en una calle muy estrecha,
con casas de aspecto bastante pobre a un lado, y lo que parecían ser coche-
ras y establos al otro.

Mi dueño se detuvo en una de las casas y silbó. La puerta se abrió de gol-
pe, y una mujer joven, seguida de una niña y un niño, salieron corriendo. Se
produjo un saludo muy animado cuando mi jinete se apeó. "Ahora, Harry,
hijo mío, abre la puerta, y mamá nos traerá el farol". Al minuto siguiente
estaban todos de pie a mi alrededor en el pequeño patio del establo.

"¿Es manso, padre?"

"Sí, Dolly, tan manso como tu propio gatito; ven a acariciarlo".

Al instante la manita me acarició todo el hombro sin miedo; ¡qué bien se sentía!

"Deja que le traiga una papilla de salvado mientras lo frotas", dijo la madre.

"Hazlo, Polly, es justo lo que quiere, y sé que tienes un hermoso puré preparado para mí".

"Puré de salchichas y manzana", gritó el niño, lo que les hizo reír a todos. Me condujeron a un comfortable puesto con olor a limpio y mucha paja seca, y después de una cena mayúscula, me acosté, pensando que iba a ser feliz.

CAPÍTULO XXXIII: UN CABALLO DE TAXI LONDINENSE.

Mi nuevo amo se llamaba Jeremiah Barker, pero como todo el mundo le llamaba Jerry, yo haré lo mismo. Polly, su esposa, era la mejor pareja que un hombre puede tener. Era una mujercita regordeta y pulcra, con el pelo liso y oscuro, los ojos oscuros y una boquita alegre. El niño tenía casi doce años; un muchacho alto, franco y de buen carácter; y la pequeña Dorothy, (Dolly, la llamaban), era su madre de nuevo, con ocho años. Todos estaban maravillosamente encariñados; nunca conocí una familia tan feliz y alegre, ni antes ni después. Jerry tenía un taxi propio y dos caballos, que conducía y cuidaba él mismo. Su otro caballo era un animal alto, blanco y de huesos bastante grandes, llamado Capitán; ahora era viejo, pero cuando era joven debía de ser espléndido; todavía tenía una forma orgullosa de sostener la cabeza y arquear el cuello; de hecho, era un caballo viejo de alta alcurnia, de buenos modales y noble, hasta el último centímetro. Me contó que en su juventud fue a la guerra de Crimea; pertenecía a un oficial de la Caballería, y solía dirigir el regimiento; contaré más sobre eso más adelante.

A la mañana siguiente, cuando ya estaba bien aseado, Polly y Dolly entraron en el patio para verme y hacerse amigas. Harry había estado ayudando a su padre desde primera hora de la mañana, y había manifestado su opinión de que yo debía resultar "de buena naturaleza". Polly me trajo una rodaja de manzana y Dolly un trozo de pan, y me hicieron tanto caso como si hubiera sido el "Azabache" de antaño. Fue un gran placer que me acariciasen de nuevo, y que me hablaran con voz suave, y les dejé ver tan bien como pude que deseaba ser amigable. Polly pensó que yo era muy guapo, y demasiado bueno para un taxi, si no fuera por las rodillas destrozadas. "Por supuesto, no hay nadie que nos diga de quién ha sido la culpa", dijo Jerry,

"y mientras no lo sepa, le daré el beneficio de la duda; por un paso más firme y limpio, nunca he montado; le llamaremos 'Jack', como el viejo, ¿verdad, Polly?"

"Hazlo", dijo ella, "porque me gusta mantener un buen nombre".

El Capitán salió en el taxi toda la mañana. Harry vino después de la escuela para alimentarme y darme agua. Por la tarde me pusieron en el taxi. Jerry se esmeró tanto en ver si el collar y la brida se ajustaban cómodamente, como si hubiera sido John Manly de nuevo. Cuando la brida se soltó uno o dos agujeros, todo encajaba bien. No había ninguna rienda, ningún freno, nada más que una simple rienda de anilla. ¡Qué bendición fue eso!

Después de atravesar la calle lateral, llegamos a la gran parada de taxis, donde Jerry había dicho "Buenas noches". A un lado de esta amplia calle había casas altas con maravillosas fachadas de tiendas, y al otro, había una antigua iglesia y un cementerio, rodeados de palizadas de hierro. A lo largo de estas barandillas de hierro había varios taxis esperando a los pasajeros: había trozos de heno tirados por el suelo; algunos de los hombres estaban de pie, hablando juntos; otros estaban sentados en sus cabinas leyendo el periódico; y uno o dos estaban alimentando a sus caballos con trozos de heno y un trago de agua. Nos detuvimos en la fila de la parte trasera del último taxi. Dos o tres hombres se acercaron y comenzaron a mirarme y a hacer sus comentarios.

"Muy bien para un funeral", dijo uno.

"Demasiado elegante", dijo otro, sacudiendo la cabeza de una manera muy sabia; "descubrirás algo malo una de estas bellas mañanas, o mi nombre no es Jones".

"Bueno", dijo Jerry agradablemente, "supongo que no tengo que descubrirlo hasta que él me descubra a mí; ¿eh? y si es así, mantendré el ánimo un poco más". Entonces apareció un hombre de cara ancha, vestido con un gran abrigo gris con grandes capas grises y grandes botones blancos, un sombrero gris y un edredón azul suelto alrededor del cuello; también tenía el pelo gris, pero era un tipo de aspecto alegre, y los demás hombres le abrieron paso. Me miró de arriba abajo, como si fuera a comprarme; y luego, enderezándose con un gruñido, dijo: "Es el tipo adecuado para ti, Jerry; no me importa lo que hayas dado por él, lo valdrá". Así quedó establecido

mi carácter en el estrado. Este hombre se llamaba Grant, pero lo llamaban "Grey Grant" o "Gobernador Grant"; era el que más tiempo llevaba en el estrado, y se encargaba de resolver los asuntos y de poner fin a las disputas. Por lo general, era un hombre de buen humor y sensato; pero si su temperamento estaba un poco alterado, como ocurría a veces, cuando había bebido demasiado, a nadie le gustaba acercarse demasiado a su puño, porque podía asestar un golpe muy fuerte.

La primera semana de mi vida como taxista fue muy difícil; nunca había estado acostumbrado a Londres, y el ruido, la prisa, la multitud de caballos, carros y carruajes que tenía que atravesar, me hacían sentir ansioso y acosado; pero pronto descubrí que podía confiar perfectamente en mi conductor, y entonces me tranquilicé y me acostumbré.

Jerry era tan buen conductor como jamás había conocido; y lo que era mejor, se preocupaba tanto por sus caballos como por él mismo. Pronto se dio cuenta de que yo estaba dispuesto a trabajar y a dar lo mejor de mí; y nunca me ponía la fusta, a no ser que me pasara suavemente la punta por la espalda, cuando tenía que seguir; pero en general lo sabía muy bien por la forma en que tomaba las riendas; y creo que su fusta estaba más frecuentemente pegada a su costado, que en su mano.

En poco tiempo, mi amo y yo nos entendimos tan bien como pueden hacerlo un caballo y un hombre. También en el establo hizo todo lo posible por nuestra comodidad. Los establos eran del estilo antiguo, demasiado inclinados; pero tenía dos barras móviles fijadas en la parte trasera de nuestros establos, de modo que por la noche, y cuando estábamos descansando, simplemente nos quitaba los cabestros y ponía las barras, y así podíamos girar y ponernos como quisiéramos; y como las divisiones de los establos eran más bajas en la parte trasera, el Capitán y yo podíamos tocarnos las narices de forma amistosa, como hacemos siempre los caballos con los que nos gustan.

Jerry nos mantenía muy limpios, y nos daba toda la comida que podía, y siempre en abundancia. Pero lo mejor que teníamos eran los domingos para descansar; trabajábamos tanto durante la semana que no creo que hubiéramos podido seguir haciéndolo de no ser por ese día; además, entonces teníamos un poco de tiempo para disfrutar de la compañía de los demás y charlar un poco. Fue en esos días cuando conocí la historia de mi compañero.

CAPÍTULO XXXIV: UN VIEJO CABALLO DE GUERRA.

El Capitán había sido domado y entrenado como caballo del ejército; su primer dueño fue un oficial de caballería que iba a la guerra de Crimea. Decía que disfrutaba mucho del adiestramiento con todos los demás caballos, trotando juntos, girando juntos, a la derecha o a la izquierda, deteniéndose a la palabra de orden, o adelantándose a toda velocidad al sonido de la trompeta, o a la señal del oficial. Cuando era joven, era de color gris hierro moteado, y se le consideraba muy guapo. Su amo, un joven caballero de gran espíritu, le tenía mucho cariño y lo trató desde el principio con el mayor cuidado y amabilidad. Me dijo que la vida de un caballo del ejército le parecía muy agradable, pero que cuando llegó el momento de ser enviado al extranjero, por el mar en un gran barco, casi cambió de opinión.

"Esa parte", dijo, "era terrible. Por supuesto, no podíamos caminar desde la tierra hasta el barco, así que se vieron obligados a poner fuertes correas debajo de nuestros cuerpos, y luego nos levantaron de las piernas, a pesar de nuestros esfuerzos, y nos balancearon por el aire sobre el agua, hasta la cubierta del gran barco. Allí nos colocaron en pequeñas casetas cerradas y durante mucho tiempo no vimos el cielo ni pudimos estirar las piernas. El barco se balanceaba a veces con los fuertes vientos, y nos golpeábamos y nos sentíamos bastante mal. Sin embargo, por fin llegó el fin, y nos izaron y volvieron a virar hacia la tierra; nos alegramos mucho, y resoplamos y relinchamos de alegría, cuando volvimos a sentir tierra firme bajo nuestros pies.

Pronto descubrimos que el país al que habíamos llegado era muy diferente al nuestro, y que teníamos que soportar muchas dificultades además de la

lucha; pero muchos de los hombres estaban tan encariñados con sus caballos, que hacían todo lo posible para que estuvieran cómodos, a pesar de la nieve, la humedad y todas las cosas fuera de lugar.

"¿Pero qué hay de la lucha?", dije yo; "¿no era eso peor que todo lo demás?".

"Siempre nos gustó oír la trompeta y que nos llamaran, y estábamos impacientes por salir, aunque a veces teníamos que estar de pie durante horas, esperando la palabra de mando; y cuando se daba la palabra, solíamos saltar hacia adelante tan alegremente y con tanta ilusión como si no hubiera balas de cañón, bayonetas o balas. Creo que mientras sentíamos a nuestro jinete firme en la silla, y su mano firme en la brida, ninguno de nosotros cedía al miedo, ni siquiera cuando las terribles bombas giraban en el aire y estallaban en mil pedazos.

"Yo, con mi noble amo, participé en muchas acciones juntos sin una sola herida; y aunque vi caballos abatidos por las balas, atravesados por las lanzas y cortados por terribles cortes de sable; aunque los dejamos muertos en el campo, o muriendo en la agonía de sus heridas, no creo que temiera por mí. La voz alegre de mi amo, cuando animaba a sus hombres, me hacía sentir como si él y yo no pudiéramos morir. Tenía una confianza tan perfecta en él, que mientras me guiaba, estaba dispuesto a cargar hasta la misma boca del cañón. Vi a muchos hombres valientes derribados, muchos cayeron mortalmente heridos de sus monturas. Había oído los gritos y los gemidos de los moribundos, había cabalgado sobre un terreno resbaladizo por la sangre, y a menudo tenía que apartarme para no pisar a un hombre o a un caballo herido, pero, hasta un día terrible, nunca había sentido terror; ese día, nunca lo olvidaré".

Aquí el viejo Capitán hizo una pausa y respiró largamente; yo esperé y él continuó.

"Era una mañana de otoño y, como de costumbre, una hora antes del amanecer, nuestra caballería había salido, preparada para el trabajo del día, ya fuera luchar o esperar. Los hombres estaban junto a sus caballos esperando, listos para recibir órdenes. A medida que aumentaba la luz, parecía haber cierta excitación entre los oficiales; y antes de que la jornada estuviera bien comenzada, oímos el disparo de los cañones del enemigo.

"Entonces uno de los oficiales subió a caballo y dio la orden de que los hombres montaran, y en un segundo, cada hombre estaba en su silla, y cada caballo estaba de pie esperando el toque de la rienda, o la presión de los talones de su jinete, todos animados, todos ansiosos; pero aún así habíamos sido entrenados tan bien, que excepto por el chirrido de nuestros bocados, y la agitación de nuestras cabezas de vez en cuando, no se podía decir que nos agitáramos.

Mi querido amo y yo estábamos a la cabeza de la fila, y mientras todos estaban sentados inmóviles y atentos, él tomó un pequeño mechón de mi melena que se había volteado hacia el lado equivocado, lo colocó a la derecha y lo alisó con su mano; luego, acariciando mi cuello, dijo: "Hoy tendremos un día de eso, Bayard, mi belleza; pero cumpliremos con nuestro deber como lo hemos hecho". Aquella mañana me acarició el cuello, creo que más de lo que lo había hecho nunca; en silencio, como si estuviera pensando en otra cosa. Me encantaba sentir su mano en mi cuello, y arqueaba mi cresta con orgullo y alegría; pero me quedaba muy tranquilo, porque conocía todos sus estados de ánimo, y cuando le gustaba que estuviera tranquilo, y cuando alegre.

"No puedo contar todo lo que sucedió aquel día, pero sí contaré la última carga que hicimos juntos; fue a través de un valle, justo delante de los cañones del enemigo. A esas alturas ya estábamos acostumbrados al estruendo de los cañones pesados, al traqueteo de los mosquetes y al vuelo de los disparos cerca de nosotros; pero nunca había estado bajo un fuego tan intenso como el que atravesamos ese día. Desde la derecha, desde la izquierda y desde el frente, los disparos y los proyectiles caían sobre nosotros. Muchos hombres valientes cayeron, muchos caballos cayeron, arrojando a su jinete a la tierra; muchos caballos sin jinete corrieron salvajemente fuera de las filas; luego, aterrorizados por estar solos sin una mano que los guiara, vinieron presionando entre sus viejos compañeros, para galopar con ellos a la carga.

"A pesar del miedo, nadie se detuvo, nadie retrocedió. A cada momento las filas se adelgazaban, pero a medida que nuestros camaradas caían, nos cerrábamos para mantenerlos unidos; y en lugar de ser sacudidos o de tambalear nuestro paso, nuestro galope se hizo más y más rápido a medida que nos acercábamos al cañón, todo nublado en humo blanco, mientras el fuego rojo destellaba a través de él.

"¡Mi amo, mi querido amo! estaba animando a sus camaradas con el brazo derecho levantado en alto, cuando una de las bolas, zumbando cerca de mi cabeza, le golpeó. Sentí que se tambaleaba por el impacto, aunque no lanzó ningún grito; traté de frenar mi velocidad, pero la espada se le cayó de la mano derecha, la rienda se soltó de la izquierda, y hundiéndose hacia atrás de la silla de montar cayó a tierra; los otros jinetes pasaron por delante de nosotros, y por la fuerza de su carga fui expulsado del lugar donde cayó.

"Quise mantenerme a su lado y no dejarlo bajo aquella avalancha de caballos, pero fue en vano; y ahora, sin amo ni amigo, me encontraba solo en aquel gran campo de matanza; entonces, el miedo se apoderó de mí, y temblé como nunca lo había hecho antes; y yo también, como había visto hacer a otros caballos, intenté unirme a las filas y galopar con ellos; pero fui rechazado por las espadas de los soldados. Justo en ese momento, un soldado cuyo caballo había muerto debajo de él, agarró mi brida y me montó; y con este nuevo amo volví a avanzar: pero nuestra gallarda compañía fue cruelmente dominada, y los que quedaron vivos después de la feroz lucha por los cañones, volvieron a galopar por el mismo terreno. Algunos de los caballos estaban tan malheridos que apenas podían moverse por la pérdida de sangre; otras nobles criaturas trataban de arrastrarse en tres patas, y otras luchaban por levantarse sobre sus patas delanteras, cuando sus patas traseras habían sido destrozadas por los disparos. Sus gemidos eran lastimosos, y nunca olvidaré la mirada suplicante de los que escaparon y los abandonaron a su suerte. Después de la batalla los hombres heridos fueron traídos y los muertos fueron enterrados".

"¿Y qué hay de los caballos heridos?" dije; "¿los dejaron morir?"

"No, los herradores del ejército recorrieron el campo con sus pistolas y dispararon a todos los que se encontraban destrozados; algunos que sólo tenían heridas leves fueron traídos de vuelta y atendidos, pero la mayor parte de las nobles y dispuestas criaturas que salieron esa mañana, nunca volvieron. En nuestros establos sólo uno de cada cuatro regresó.

"Nunca volví a ver a mi querido amo, creo que cayó muerto de la silla de montar. Nunca quise tanto a ningún otro amo. Participé en muchos otros combates, pero sólo fui herido una vez, y no de gravedad; y cuando terminó la guerra, volví de nuevo a Inglaterra, tan sano y fuerte como cuando salí."

Le dije: "He oído a la gente hablar de la guerra como si fuera algo muy bonito".

"¡Ah!", dijo él, "creo que nunca la han visto. Sin duda, es muy bonita cuando no hay enemigo, cuando es sólo ejercicio y desfile, y lucha falsa. Sí, es muy bonito entonces; pero cuando miles de buenos y valientes hombres y caballos son asesinados, o lisiados de por vida, tiene un aspecto muy diferente."

"¿Sabe usted por qué lucharon?", dije yo.

"No", dijo, "eso es más de lo que un caballo puede entender, pero el enemigo debía ser gente terriblemente malvada, si estaba bien ir todo ese camino sobre el mar con el propósito de matarlos".

CAPÍTULO XXXV: JERRY BARKER.

Nunca conocí a un hombre mejor que mi nuevo amo; era amable y bueno, y tan fuerte para el derecho como John Manly; y de tan buen humor y alegre, que muy poca gente podía discutir con él. Era muy aficionado a hacer pequeñas canciones y a cantarlas para sí mismo. Una, a la que era muy aficionado, era ésta:

"Vengan padre y madre,
Y hermana y hermano,
Venid todos a
Y ayúdense unos a otros".

Y así lo hacían; Harry era tan hábil en el trabajo del establo como un niño mucho mayor, y siempre quería hacer lo que podía. Luego, Polly y Dolly solían venir por la mañana a ayudar con la cabina, para cepillar y golpear los cojines, y frotar los cristales, mientras Jerry nos daba una limpieza en el patio, y Harry frotaba los arreos. Solía haber muchas risas y diversión entre ellos, y eso nos ponía al Capitán y a mí de mucho mejor humor, que si hubiéramos escuchado regaños y palabras duras. Siempre eran temprano en la mañana, pues Jerry decía:

"Si por la mañana
Tiras los minutos a la basura,
No puedes recogerlos
En el transcurso del día.
Puedes apresurarte y correr

Y revolotear y preocuparse,
Los has perdido para siempre,
Por siempre y para siempre".

No podía soportar ninguna holgazanería ni pérdida de tiempo; y nada estaba tan cerca de enfurecerlo como encontrar gente que siempre llegaba tarde, deseando que un caballo de taxi fuera conducido con esfuerzo, para compensar su holgazanería.

Un día, dos jóvenes de aspecto agreste salieron de una taberna cercana a la parada, y llamaron a Jerry. "¡Aquí, taxista! Mira bien, vamos con bastante retraso; pon el coche a toda velocidad, ¿quieres?, y llévanos al Victoria a tiempo para el tren de la una... tendrás un chelín extra".

"Los llevaré a paso regular, caballeros: los chelines no se pagan por poner el coche así".

El taxi de Larry estaba junto al nuestro; abrió la puerta de golpe y dijo: "¡Soy su hombre, caballeros! Tomen mi taxi, mi caballo los llevará sin problemas"; y mientras los encerraba, con un guiño hacia Jerry, dijo: "Va contra su conciencia ir más allá del trote". Luego, azotando a su cansado caballo, se puso en marcha con toda la fuerza que pudo. Jerry me dio una palmadita en el cuello: "No, Jack, un chelín no pagaría ese tipo de cosas, ¿verdad, viejo amigo?".

Aunque Jerry estaba decididamente en contra de la conducción dura, para complacer a la gente descuidada, siempre iba a un buen ritmo, y no estaba en contra de poner forzar el coche, como él decía, si sólo sabía por qué.

Recuerdo muy bien una mañana, mientras estábamos en la parada esperando un pasaje, que un joven, que llevaba un pesado maletín, pisó un trozo de piel de naranja que estaba en la acera, y se cayó con gran fuerza.

Jerry fue el primero en correr y levantarlo. Parecía muy aturdido, y mientras lo llevaban a una tienda, caminaba como si le doliera mucho. Jerry, por supuesto, volvió a la caseta, pero en unos diez minutos uno de los comerciantes le llamó, así que nos acercamos a la acera.

"¿Puede llevarme al ferrocarril del sudeste?", dijo el joven; "esta desafortunada caída me ha hecho llegar tarde, me temo; pero es de gran importan-

cia que no pierda el tren de las doce. Le estaría muy agradecido si pudiera llevarme a tiempo, y le pagaría con gusto un billete extra."

"Haré todo lo posible", dijo Jerry de corazón, "si cree que está lo suficientemente bien, señor", pues parecía terriblemente blanco y enfermo.

"Debo ir", dijo seriamente, "por favor, abra la puerta, y no perdamos tiempo".

Al minuto siguiente Jerry estaba en la caja; con un alegre chirrido hacia mí, y un movimiento de la rienda que entendí bien: "Ahora, Jack, muchacho", dijo, "gira, les mostraremos cómo podemos superar el terreno, si tan sólo sabemos el porqué".

Siempre es difícil conducir rápido en la ciudad en pleno día, cuando las calles están llenas de tráfico, pero hicimos lo que pudimos; y cuando un buen conductor y un buen caballo, que se entienden mutuamente, están de acuerdo, es maravilloso lo que pueden hacer. Yo tenía una boca muy buena, es decir, podía guiarme con el más mínimo toque de la rienda, y eso es algo muy importante en Londres, entre carruajes, omnibuses, carros, furgonetas, camiones, taxis y grandes carros que se arrastran a paso de hombre; unos van en una dirección, otros en otra, unos van despacio, otros quieren pasarlos, los omnibuses se detienen cada pocos minutos para subir a un pasajero, obligando al caballo que viene detrás, a arrancar también, o a pasar, y a ponerse delante de ellos; Tal vez intentes pasar, pero justo en ese momento, algo más entra corriendo a través de la estrecha abertura, y tienes que mantenerte detrás del ómnibus de nuevo; en ese momento crees ver una oportunidad, y te las arreglas para llegar a la parte delantera, yendo tan cerca de las ruedas de cada lado, que media pulgada más cerca y se rasparían. Bien, avanzas un poco, pero pronto te encuentras en un largo tren de carros y vagones, todos obligados a ir a pie; tal vez llegues a un bloqueo regular, y tengas que quedarte quieto durante minutos, hasta que algo se despeje en una calle lateral, o el policía interfiera: Tienes que estar preparado para cualquier oportunidad, para lanzarte hacia delante si hay un hueco, y ser rápido como un perro rata para ver si hay espacio, y si hay tiempo, no sea que se te bloqueen las ruedas, o se te rompan, o que el eje de algún otro vehículo se te clave en el pecho o en el hombro. Para todo esto hay que estar preparado. Si quieres atravesar Londres rápidamente en pleno día, hace falta mucha práctica.

Jerry y yo estábamos acostumbrados a ello, y nadie podía vencernos a la hora de atravesar la ciudad cuando nos lo proponíamos. Yo era rápido y audaz, y siempre podía confiar en mi conductor; Jerry era rápido y paciente al mismo tiempo, y podía confiar en su caballo, lo que también era una gran cosa. Rara vez usaba el látigo; yo sabía por su voz y su "click click" cuando quería subir rápido, y por la rienda hacia dónde debía ir yo; así que no había necesidad de azotar; pero debo volver a mi historia.

Las calles estaban muy llenas aquel día, pero avanzamos bastante bien hasta el fondo de Cheapside, donde había un atasco de tres o cuatro minutos. El joven sacó la cabeza y dijo ansiosamente: "Creo que será mejor que salga y camine, nunca llegaré si esto sigue así".

"Haré todo lo que se pueda hacer, señor", dijo Jerry, "creo que llegaremos a tiempo; este atasco no puede durar mucho más, y su equipaje es muy pesado para que lo lleve, señor".

Justo en ese momento, el carro que iba delante de nosotros empezó a moverse, y entonces tuvimos una buena vuelta. Entramos y salimos, tan rápido como la sangre de los caballos podía hacerlo, y por una maravilla tuvimos un buen tiempo en el Puente de Londres, porque había un tren entero de taxis y carruajes, todos en nuestro camino a un trote rápido, tal vez queriendo tomar ese mismo tren; en cualquier caso, entramos en la estación con muchos más, justo cuando el gran reloj señalaba las doce menos ocho minutos. "¡Gracias a Dios! Llegamos a tiempo", dijo el joven, "y gracias también a ti, amigo mío, y a tu buen caballo; me has ahorrado más de lo que el dinero puede pagar; toma esta media corona extra".

"No, señor, no, gracias de todos modos; me alegro de que hayamos llegado a tiempo, señor, pero no se quede ahora, señor, está sonando la campana. Aquí, maletero, tome el equipaje de este caballero, la línea de las Doce, el tren de las Doce, eso es", y sin esperar otra palabra, Jerry me hizo girar para hacer sitio a otros taxis que se apresuraban a llegar en el último momento, y se puso a un lado hasta que pasó la aglomeración.

"¡Me alegro!", dijo, 'me alegro', ¡pobrecito! Me pregunto qué era lo que le hacía estar tan ansioso". Jerry hablaba a menudo consigo mismo en voz suficientemente alta como para que yo lo oyera, cuando no estábamos en movimiento.

Cuando Jerry regresó a la fila, hubo muchas risas y burlas hacia él, por haber conducido hasta el tren por una tarifa extra, como decían, en contra de sus principios; y querían saber cuánto se había embolsado. "Bastante más de lo que generalmente obtengo", dijo él, asintiendo con desgana; "lo que me dio me mantendrá con pocas comodidades durante varios días".

"¡Gamón!", dijo uno.

"Es un patán", dijo otro, "predicando a nosotros, y luego haciendo lo mismo él".

"Mirad, compañeros", dijo Jerry, "el caballero me ofreció media corona extra, pero no la acepté; era suficiente paga para mí, para ver lo contento que estaba de coger ese tren; y si Jack y yo elegimos tener una carrera rápida de vez en cuando, para complacernos, eso es asunto nuestro y no vuestro".

"Bueno", dijo Larry, "nunca serás un hombre rico".

"Lo más probable es que no", dijo Jerry, "pero no sé si seré menos feliz por ello. He oído leer los mandamientos muchas veces, y nunca me he dado cuenta de que ninguno de ellos dijera: 'Serás rico'; y hay muchas cosas curiosas que se dicen en el Nuevo Testamento sobre los hombres ricos, que creo que me harían sentir bastante raro si yo fuera uno de ellos."

"Si alguna vez te haces rico", dijo el gobernador Gray, mirando por encima de su hombro a través de la parte superior de su taxi, "te lo merecerás, Jerry, y no encontrarás una maldición que venga con tu riqueza. En cuanto a ti, Larry, morirás pobre, gastas demasiado en la cuerda del látigo".

"Bueno", dijo Larry, "¿qué va a hacer un hombre si su caballo no quiere ir sin él?"

"Nunca te tomas la molestia de ver si va a ir sin ella; tu fusta siempre va como si tuvieras el baile de San Vito en el brazo; y si no te desgasta a ti, desgasta a tu caballo; sabes que siempre estás cambiando tus caballos, y ¿por qué? porque nunca les das tregua ni ánimo".

"Bueno, no he tenido buena suerte", dijo Larry, "ahí está".

"Y nunca la tendrás", dijo el Gobernador: "La buena suerte es bastante particular con quien cabalga, y prefiere sobre todo a los que tienen sentido

común y buen corazón: al menos, esa es mi experiencia." El gobernador Gray volvió a su periódico, y los demás hombres se dirigieron a sus taxis.

CAPÍTULO XXXVI: EL TAXI DEL DOMINGO.

Una mañana, cuando Jerry acababa de meterme en los ejes y estaba abrochando los tirantes, un caballero entró en el patio; "Su servidor, señor", dijo Jerry.

"Buenos días, señor Barker", dijo el caballero. "Me gustaría hacer algunos arreglos con usted para llevar a la señora Briggs regularmente a la iglesia el domingo por la mañana. Ahora vamos a la Iglesia Nueva, y eso está bastante lejos de lo que ella puede caminar."

"Gracias, señor", dijo Jerry, "pero sólo he sacado una licencia de seis días, y por lo tanto no podría llevar un pasaje en domingo, no sería legal".

"¡Oh!", dijo el otro, "no sabía que el suyo era un taxi de seis días; pero, por supuesto, sería muy fácil modificar su licencia. Yo me encargaría de que no perdieras con ello: el hecho es que la señora Briggs prefiere mucho que la conduzcas tú".

"Estaría encantado de complacer a la señora, señor, pero una vez tuve una licencia de siete días, y el trabajo era demasiado duro para mí, y demasiado duro para mis caballos. Año tras año, sin un día de descanso, y nunca un domingo con mi mujer y mis hijos, y sin poder ir a un lugar de culto, lo que siempre había estado acostumbrado a hacer antes de coger la cabina de conductor; así que durante los últimos cinco años sólo he cogido un permiso de seis días, y lo encuentro mejor en todos los sentidos."

"Bueno, por supuesto", replicó el señor Briggs, "es muy apropiado que toda persona tenga descanso, y pueda ir a la iglesia los domingos, pero habría pensado que no te importaría una distancia tan corta para el caballo, y sólo una vez al día: tendrías toda la tarde y la noche para ti, y somos muy buenos clientes, ya sabes."

"Sí, señor, eso es cierto, y estoy agradecido por todos los favores, estoy seguro, y cualquier cosa que pudiera hacer para complacerle a usted, o a la señora, estaría orgulloso y feliz de hacerlo; pero no puedo renunciar a mis domingos, señor, de hecho no puedo. He leído que Dios hizo al hombre, a los caballos y a todas las demás bestias, y que, en cuanto los hizo, estableció un día de descanso, y ordenó que todos descansaran un día de cada siete; y creo, señor, que debió de saber lo que era bueno para ellos, y estoy seguro de que es bueno para mí; estoy más fuerte y más sano en general, ahora que tengo un día de descanso; los caballos también están frescos, y no se desgastan tan rápido. Todos los conductores de seis días me dicen lo mismo, y he acumulado más dinero en la Caja de Ahorros que nunca antes; y en cuanto a la esposa y los hijos, señor, ¡vaya por Dios! no volverían a los siete días ni por asomo."

"Oh, muy bien", dijo el caballero. "No se moleste más, señor Barker, voy a averiguar en otro lugar"; y se alejó.

"Bueno", me dijo Jerry, "no podemos evitarlo, Jack, viejo amigo, debemos tener nuestros domingos".

"¡Polly!" gritó, "¡Polly! ven aquí". Ella estaba allí en un minuto.

"¿De qué se trata, Jerry?"

"Bueno, querida, el Sr. Briggs quiere que lleve a la Sra. Briggs a la iglesia todos los domingos por la mañana. Yo digo que sólo tengo una licencia de seis días. El dice que consiga una licencia de siete días, y haré que valga la pena; y sabes, Polly, que son muy buenos clientes para nosotros. La señora B... a menudo sale de compras durante horas, o a hacer llamadas, y luego paga de forma justa y honorable como una dama; no hay que dar palos, ni convertir tres horas en dos horas y media como hacen algunas personas; y es un trabajo fácil para los caballos, no como el de ir corriendo a coger trenes para gente que siempre llega un cuarto de hora tarde; y si no la complazco en este asunto, es muy probable que los perdamos del todo. ¿Qué dices, mujercita?"

"Digo, Jerry", dice ella, hablando muy despacio, "digo que si la señora Briggs te diera un soberano cada domingo por la mañana, no volvería a tenerte como taxista de siete días. Hemos sabido lo que era no tener domingos; y ahora sabemos lo que es llamarlos nuestros. Gracias a Dios, ganas lo

suficiente para mantenernos, aunque a veces es un trabajo duro para pagar toda la avena y el heno, la licencia y el alquiler; pero Harry pronto ganará algo, y preferiría luchar más duramente que lo que hacemos, que volver a esos horribles tiempos, cuando apenas tenías un minuto para mirar a tus propios hijos, y nunca podíamos ir a un lugar de culto juntos, o tener un día feliz y tranquilo. Dios no permita que volvamos a esos tiempos: eso es lo que digo, Jerry".

"Y eso es justamente lo que le dije al señor Briggs, querida", dijo Jerry, "y lo que pienso mantener; así que no te vayas a preocupar, Polly, (pues había empezado a llorar,) no volvería a los viejos tiempos ni aunque ganara el doble, así que está decidido, mujercita. Ahora ánimo, y yo me iré al puesto".

Habían pasado tres semanas después de esta conversación, y no había llegado ninguna orden de la señora Briggs; así que no había más que tomar trabajos del puesto. Jerry se lo tomó muy a pecho, pues desde luego el trabajo era más duro para el caballo y el hombre; pero Polly siempre le animaba y le decía:

"No importa, padre, no importa,
Hazlo lo mejor que puedas,
y deja el resto,
Todo saldrá bien
Algún día o noche".

Pronto se supo que Jerry había perdido a su mejor cliente, y por qué razón; la mayoría de los hombres dijeron que era un tonto, pero dos o tres se pusieron de su parte.

"Si los trabajadores no cumplen con su domingo", dijo Truman, "pronto no les quedará ninguno; es el derecho de todo hombre y de toda bestia. Por la ley de Dios tenemos un día de descanso, y por la ley de Inglaterra tenemos un día de descanso; y yo digo que debemos aferrarnos a los derechos que estas leyes nos dan, y mantenerlos para nuestros hijos."

"Está muy bien que ustedes, los religiosos, hablen así", dijo Larry, "pero yo daré un chelín cuando pueda. No creo en la religión, pues no veo que vuestros religiosos sean mejores que los demás."

"Si no son mejores", añadió Jerry, "es porque no son religiosos. Es lo mismo que decir que las leyes de nuestro país no son buenas, porque algunas personas las infringen. Si un hombre se deja llevar por su temperamento, y habla mal de su vecino, y no paga sus deudas, no es religioso; no me importa cuánto vaya a la iglesia. Si algunos hombres son unos farsantes y unos patanes, eso no hace que la religión sea falsa. La verdadera religión es lo mejor, y lo más verdadero del mundo; y lo único que puede hacer a un hombre realmente feliz, o mejorar el mundo."

"Si la religión sirviera para algo", dijo Jones, "evitaría que sus religiosos nos hicieran trabajar los domingos, como ya sabe que hacen muchos de ellos, y por eso digo que la religión no es más que una farsa; porque si no fuera por los que van a la iglesia y a la capilla, apenas valdría la pena que saliéramos los domingos; pero ellos tienen sus privilegios, como ellos los llaman, y yo voy sin ellos. Espero que respondan por mi alma, si no puedo tener la oportunidad de salvarla".

Varios de los hombres aplaudieron esto, hasta que Jerry dijo,

"Eso puede sonar muy bien, pero no servirá: cada hombre debe velar por su propia alma; no puedes ponerla en la puerta de otro hombre como un expósito, y esperar que él se ocupe de ella; y no ves que si siempre estás sentado en tu caja esperando un pasaje, dirán: 'Si no lo llevamos, otro lo hará, y no busca ningún domingo'. Por supuesto que no van al fondo de la cuestión, o verían que si nunca vinieran a por un taxi, no serviría de nada que estuvieras ahí parado; pero a la gente no siempre le gusta ir al fondo de las cosas; puede que no sea conveniente hacerlo; pero si los domingueros os pusierais todos en huelga por un día de descanso, el asunto estaría resuelto."

"¿Y qué haría toda la gente buena si no pudiera acudir a sus predicadores favoritos?", dijo Larry.

"No me corresponde a mí establecer planes para otras personas", dijo Jerry, "pero si no pueden caminar tan lejos, pueden ir a lo que está más cerca; y si lloviera pueden ponerse sus gabardinas como lo hacen en un día de semana. Si una cosa está bien, se puede hacer, y si está mal, se puede hacer sin ella; y un buen hombre encontrará un camino; y eso es tan cierto para nosotros, los taxistas, como para los que van a la iglesia."

CAPÍTULO XXXVII: LA REGLA DE ORO.

Dos o tres semanas después de esto, cuando entramos en el patio bastante tarde, Polly vino corriendo por el camino con la linterna (siempre se la traía si no estaba muy mojada).

"Todo ha salido bien, Jerry; la señora Briggs ha enviado a su criado esta tarde, para pedirte que la saques mañana a las once. Le dije: 'Sí, eso creía, pero suponíamos que ahora empleaba a otra persona'.

"'Bueno', dijo él, 'el hecho real es que el señor se quedó sin trabajo porque el señor Barker se negó a venir los domingos, y ha estado probando otros taxis, pero todos tienen algún problema; algunos conducen demasiado rápido y otros demasiado lento, y la señora dice que no hay ninguno tan bonito y limpio como el suyo, y nada le servirá más que el taxi del señor Barker de nuevo'.

Polly casi se quedó sin aliento, y Jerry soltó una alegre carcajada-.

"Todo viene bien algún día o alguna noche: tenías razón, querida; generalmente la tienes. Entra y trae la cena, y yo le quitaré los arneses a Jack y lo pondré cómodo y contento en un santiamén".

Después de esto, la señora Briggs pidió el taxi de Jerry tan a menudo como antes, aunque nunca en domingo; pero llegó un día en que teníamos trabajo dominical, y así fue como ocurrió. Todos habíamos llegado a casa el sábado por la noche muy cansados, y muy contentos de pensar que al día siguiente todo sería descanso, pero no fue así.

El domingo por la mañana, Jerry estaba limpiando en el patio, cuando Polly se acercó a él, pareciendo muy preocupada por algo.

"¿Qué sucede?", dijo Jerry.

"Bueno, querido", dijo, "a la pobre Dinah Brown le acaban de traer una carta diciendo que su madre está peligrosamente enferma, y que debe ir directamente si desea verla con vida. El lugar está a más de diez millas de aquí, en el campo, y dice que si toma el tren todavía tendría que caminar cuatro millas; y tan débil como está, y el bebé de sólo cuatro semanas, por supuesto que sería imposible; y quiere saber si la llevarías en tu taxi, y prométe pagarte fielmente a medida que pueda conseguir el dinero."

"Tut, tut, ya lo veremos. No era en el dinero en lo que pensaba, sino en perder nuestro domingo; los caballos están cansados, y yo también lo estoy; ahí es donde duele."

"Nos pellizca a todos por ese motivo", dijo Polly, "porque sólo es medio domingo sin ti, pero ya sabes que debemos hacer con los demás lo que nos gustaría que hicieran con nosotros; y yo sé muy bien lo que me gustaría si mi madre se estuviera muriendo; y Jerry, querido, estoy segura de que no estropeará el sábado; porque si sacar a una pobre bestia o a un burro de un pozo no lo estropearía, estoy bastante segura de que sacar a la pobre Dinah no lo haría."

"Vaya, Polly, eres tan buena como el ministro, y por eso, como hoy he tenido mi sermón del domingo por la mañana temprano, puedes ir y decirle a Dinah que estaré listo para ella cuando el reloj dé las diez; pero detente... vete a casa del carnicero Braydon con mis saludos, y pregúntale si me prestaría su carruaje ligero; sé que nunca la usa en domingo, y haría una maravillosa diferencia para el caballo."

Ella se fue, y pronto regresó diciendo que podía tener el carruaje. "Muy bien", dijo él, "ahora ponme un poco de pan y queso, y volveré por la tarde tan pronto como pueda".

"Y yo tendré listo el pastel de carne para un té temprano en lugar de para la cena", dijo Polly, y se fue, mientras él hacía sus preparativos al son de "Polly's the woman and no mistake", melodía a la que era muy aficionado.

Me eligieron para el viaje, y a las diez en punto nos pusimos en marcha, en un ligero coche de ruedas altas, que corría con tanta facilidad, que después del taxi de cuatro ruedas, parecía nada.

Era un buen día de mayo, y tan pronto como salimos de la ciudad, el aire dulce, el olor de la hierba fresca y los suaves caminos del campo fueron tan

agradables como lo eran en los viejos tiempos, y pronto empecé a sentirme muy fresco.

La familia de Dinah vivía en una pequeña casa de labranza, subiendo por una callejuela verde, y cerca de un prado con algunos árboles de buena sombra: había dos vacas alimentándose en él. Un joven le pidió a Jerry que llevara su carro al prado, y que me atara en el establo; deseaba tener un establo mejor para ofrecer.

"Si sus vacas no se ofenden", dijo Jerry, "no hay nada que le guste tanto a mi caballo como pasar una o dos horas en su hermoso prado; es tranquilo, y sería un regalo inusual para él".

"Hazlo y sé bienvenido", dijo el joven; "lo mejor que tenemos está a tu servicio por tu amabilidad con mi hermana; cenaremos algo dentro de una hora, y espero que entres, aunque con madre tan enferma, estamos todos desubicados en la casa."

Jerry se lo agradeció amablemente, pero dijo que, ya que había cenado con él, no había nada que le gustara tanto como pasear por el prado.

Cuando me quitaron el arnés, no sabía qué hacer primero: si comer la hierba, o rodar sobre mi espalda, o tumbarme y descansar, o galopar por el prado por el puro espíritu de ser libre; y lo hice todo por turnos. Jerry parecía tan feliz como yo; se sentó en un banco, bajo un árbol sombreado, y escuchó a los pájaros, luego cantó y leyó en el pequeño libro marrón que tanto le gusta, luego paseó por el prado y bajó a un pequeño arroyo, donde recogió las flores y el espino, y los ató con largas ramas de hiedra; Luego me dio una buena ración de la avena que había traído; pero el tiempo parecía demasiado corto; no había estado en un campo desde que dejé a la pobre Ginger en Earlshall.

Volvimos a casa con suavidad, y las primeras palabras de Jerry fueron cuando entramos en el patio: "Bueno, Polly, no he perdido mi domingo después de todo, porque los pájaros estaban cantando himnos en cada arbusto, y me uní al servicio; y en cuanto a Jack, estaba como un joven potro". Cuando le entregó las flores a Dolly, ésta saltó de alegría.

CAPÍTULO XXXVIII: DOLLY Y UN VERDADERO CABALLERO.

El invierno llegó pronto, con mucho frío y humedad. Hubo nieve, aguanieve o lluvia, casi todos los días durante semanas, cambiando sólo por fuertes vientos de arrastre, o heladas agudas. Los caballos lo sintieron mucho. Cuando el frío es seco, un par de buenas y gruesas mantas mantienen el calor; pero cuando llueve a cántaros, pronto se mojan y no sirven. Algunos de los conductores tenían una cubierta impermeable para cubrirse, lo cual era una buena cosa; pero algunos de los hombres eran tan pobres que no podían protegerse ni a sí mismos ni a sus caballos, y muchos de ellos sufrieron mucho ese invierno. Cuando los caballos habían trabajado la mitad del día, nos íbamos a nuestros establos secos y podíamos descansar, mientras que ellos tenían que sentarse en sus boxes, y a veces se quedaban fuera hasta la una o las dos de la mañana, si tenían que esperar a un grupo. Cuando las calles estaban resbaladizas por la escarcha o la nieve, eso era lo peor para nosotros, los caballos; una milla de este tipo de viaje, con un peso que arrastrar, y sin un suelo firme, nos exigiría más que cuatro en una buena carretera; cada nervio y músculo de nuestro cuerpo está en tensión para mantener el equilibrio; y además, el miedo a caer es más agotador que cualquier otra cosa. Si los caminos son muy malos, nuestras herraduras están desgastadas, pero eso nos pone nerviosos al principio.

Cuando el tiempo era muy malo, muchos de los hombres iban y se sentaban en la taberna cercana, y hacían que alguien vigilara por ellos; pero a menudo perdían un viaje de esa manera, y no podían, como decía Jerry, estar allí sin gastar dinero. Nunca iba al "Rising Sun"; había una cafetería cerca, a la que iba de vez en cuando, o compraba a un anciano que venía a nuestro puesto con latas de café caliente y pasteles. En su opinión, los lico-

res y la cerveza hacían que un hombre se enfriara después, y que la ropa seca, la buena comida, la alegría y una esposa cómoda en casa eran las mejores cosas para mantener caliente a un taxista. Polly siempre le proporcionaba algo de comer cuando no podía llegar a casa, y a veces veía a la pequeña Dolly asomarse desde la esquina de la calle, para asegurarse de que "papá" estaba en el puesto. Si lo veía, salía corriendo a toda velocidad y pronto volvía con algo en una lata o en una cesta, una sopa caliente o un pudín que Polly tenía preparado. Era maravilloso cómo una cosa tan pequeña podía cruzar con seguridad la calle, a menudo atestada de caballos y carruajes; pero era una criada valiente, y consideraba un gran honor llevar "el primer plato de papá", como solía llamarlo. Era una de las favoritas en el puesto, y no había hombre que no la hubiera visto cruzar la calle con seguridad, si Jerry no hubiera sido capaz de hacerlo.

Un día frío y ventoso, Dolly le había traído a Jerry un cuenco de algo caliente, y estaba junto a él mientras lo comía. Apenas había comenzado, cuando un caballero, que caminaba hacia nosotros muy rápido, levantó su paraguas. Jerry se tocó el sombrero, le dio la palangana a Dolly y se estaba quitando el paño, cuando el caballero, acercándose a toda prisa, gritó: "No, no, termine su sopa, amigo mío; no tengo mucho tiempo que perder, pero puedo esperar hasta que haya terminado y ponga a su niña a salvo en la acera". Y diciendo esto, se sentó en el taxi. Jerry le dio las gracias amablemente, y volvió hacia Dolly.

"Ahí, Dolly, eso es un caballero; eso es un verdadero caballero, Dolly, tiene tiempo y piensa en la comodidad de un pobre taxista y una niña".

Jerry terminó su sopa, puso a la niña al otro lado, y luego tomó sus órdenes para conducir a "Clapham Rise". Varias veces después de eso, el mismo caballero tomó nuestro taxi. Creo que le gustaban mucho los perros y los caballos, porque cada vez que le llevábamos a la puerta de su casa, dos o tres perros salían saltando a su encuentro. A veces se acercaba y me daba una palmadita, diciendo a su manera tranquila y agradable: "Este caballo tiene un buen amo, y se lo merece". Era muy raro que alguien se fijara en el caballo que había estado trabajando para él. He sabido que las damas lo hacen de vez en cuando, y este caballero, y uno o dos más, me han dado una palmadita y una palabra amable; pero noventa y nueve de cada cien, pensarían igualmente en dar una palmadita a la máquina de vapor que tiraba del tren.

Este caballero no era joven, y tenía los hombros encorvados hacia delante, como si siempre estuviese haciendo algo. Sus labios eran finos y cerrados, aunque tenían una sonrisa muy agradable; su mirada era aguda, y había algo en su mandíbula y en el movimiento de su cabeza, que hacía pensar que estaba muy decidido en cualquier cosa que se propusiera. Su voz era agradable y amable; cualquier caballo confiaría en esa voz, aunque era tan decidida como todo lo demás en él.

Un día, él y otro caballero tomaron nuestro taxi; pararon en una tienda de la calle R---, y mientras su amigo entraba, él se quedó en la puerta. Un poco más adelante, al otro lado de la calle, un carro con dos caballos muy finos estaba parado delante de unas bóvedas de vino; el carretero no estaba con ellos, y no puedo decir cuánto tiempo llevaban parados, pero parecieron pensar que ya habían esperado bastante, y se pusieron en marcha. Antes de que dieran muchos pasos, el carretero salió corriendo y los atrapó. Parecía furioso por el hecho de que se hubieran movido, y con el látigo y la rienda los castigó brutalmente, incluso golpeándolos en la cabeza. Nuestro caballero lo vio todo, y cruzando rápidamente la calle, dijo con voz decidida: "Si no dejan de hacer eso directamente, haré que los denuncien por abandonar sus caballos y por conducta brutal".

El hombre, que evidentemente había bebido, soltó algunos improperios, pero dejó de golpear a los caballos y, tomando las riendas, se subió a su carro; mientras tanto, nuestro amigo había sacado tranquilamente un cuaderno de su bolsillo y, mirando el nombre y la dirección pintados en el carro, anotó algo.

"¿Para qué quieres eso?", gruñó el carretero, mientras hacía sonar su látigo y se ponía en marcha; una inclinación de cabeza y una sombría sonrisa fue la única respuesta que obtuvo.

Al volver a la cabina, nuestro amigo se reunió con su compañero, quien dijo riendo: "Debería haber pensado, Wright, que tenías suficientes asuntos propios de los que ocuparte, sin preocuparte por los caballos y los sirvientes de otras personas".

Nuestro amigo se quedó quieto un momento, y echando la cabeza un poco hacia atrás, "¿Sabes por qué este mundo está tan mal como está?"

"No", dijo el otro.

"Entonces te lo diré: es porque la gente sólo piensa en sus propios asuntos, y no se molesta en defender a los oprimidos, ni en sacar a la luz al que hace el mal. Nunca veo una maldad como ésta sin hacer lo que puedo, y más de un amo me ha dado las gracias por haberle hecho saber cómo se han utilizado sus caballos."

"Ojalá hubiera más caballeros como usted, señor", dijo Jerry, "porque se necesitan bastante en esta ciudad".

Después de esto continuamos nuestro viaje, y mientras bajaban del taxi, nuestro amigo decía: "Mi doctrina es ésta, que si vemos crueldad o maldad que tenemos el poder de detener, y no hacemos nada, nos hacemos partícipes de la culpa."

CAPÍTULO XXXIX: SEEDY SAM.

Debo decir que, para ser un caballo de taxi, yo estaba muy bien; mi conductor era mi dueño, y le interesaba tratarme bien y no hacerme trabajar en exceso, aunque no fuera un hombre tan bueno como él; pero había muchos caballos que pertenecían a los grandes propietarios de taxis, que los alquilaban a sus conductores por tanto dinero al día. Como los caballos no pertenecían a estos hombres, lo único en lo que pensaban era en cómo sacarles el dinero, primero para pagar al dueño y luego para proveerse de su propio sustento, y algunos de estos caballos lo pasaban fatal. Por supuesto, yo no entendía mucho, pero a menudo se hablaba de ello en el estrado, y el Gobernador, que era un hombre de buen corazón y aficionado a los caballos, a veces hablaba si alguno llegaba muy cansado o maltratado.

Un día, un cochero de aspecto miserable, que se llamaba "Seedy Sam", trajo su caballo con un aspecto terriblemente agotado, y el Gobernador dijo: "Usted y su caballo parecen más aptos para la comisaría que para este puesto".

El hombre arrojó su andrajosa alfombra sobre el caballo, se volvió de lleno hacia el Gobernador y dijo, con una voz que sonaba casi desesperada: "Si la policía tiene algún asunto que tratar, debería ser con los amos que nos cobran tanto, o con las tarifas que se fijan tan bajas. Si un hombre tiene que pagar dieciocho chelines al día por el uso de un taxi y dos caballos, como muchos de nosotros tenemos que hacer en la temporada, y debemos compensar eso antes de ganar un centavo para nosotros mismos, digo que es más que un trabajo duro; nueve chelines al día para sacar de cada caballo, antes de empezar a ganarse la vida; usted sabe que eso es cierto, y si los caballos no trabajan debemos morir de hambre, y yo y mis hijos hemos sabido lo que es eso antes de ahora. Tengo seis y sólo uno gana algo; estoy en el

puesto catorce o dieciséis horas al día, y no he tenido un domingo en estas diez o doce semanas; ya sabes que Skinner nunca da un día si puede evitarlo, y si yo no trabajo duro, ¡dime quién lo hace! Quiero un abrigo y un impermeable, pero con tantos que alimentar, ¿cómo puede un hombre conseguirlo? Hace una semana tuve que empeñar mi reloj para pagar a Skinner, y nunca más lo veré".

Algunos de los otros conductores se pararon alrededor asintiendo con la cabeza, y diciendo que tenía razón; el hombre continuó...

"Los que tienen sus propios caballos y taxis, o conducen para buenos patrones, tienen la oportunidad de salir adelante y de hacerlo bien; yo no. No podemos cobrar más de seis peniques por milla después de la primera, en un radio de cuatro millas. Esta misma mañana he tenido que recorrer seis millas y sólo he cobrado tres chelines. No pude conseguir un viaje de ida y vuelta, y tuve que regresar; son doce millas para el caballo y tres chelines para mí. Después tuve que hacer un viaje de tres millas, y había bolsas y cajas suficientes como para haber traído un buen número de dos peniques si se hubieran puesto fuera; pero ya sabes cómo hace la gente; todo lo que podía apilarse dentro, en el asiento delantero, se puso dentro, y tres cajas pesadas iban encima, eso eran seis peniques, y la tarifa uno y seis peniques; luego recibí una vuelta de un chelín; ahora eso hace dieciocho millas para el caballo y seis chelines para mí; hay tres chelines todavía para que ese caballo gane, y nueve chelines para el caballo de la tarde antes de que toque un centavo. Por supuesto que no siempre es tan malo como eso, pero usted sabe que a menudo lo es, y yo digo que es una burla decirle a un hombre que no debe hacer trabajar en exceso a su caballo, porque cuando una bestia está realmente cansada, no hay nada más que el látigo que mantendrá sus patas cansadas; usted no puede ayudarse a sí mismo; debe poner a su esposa e hijos antes que al caballo, los amos deben mirar eso, nosotros no podemos. Yo no maltrato a mi caballo porque sí, ninguno de ustedes puede decir que lo hago; hay lazos equivocados en alguna parte, nunca un día de descanso, nunca una hora tranquila con la esposa y los hijos. A menudo me siento como un anciano aunque sólo tengo cuarenta y cinco años. Ya sabes lo rápido que sospechan de nosotros algunos de los señores que nos engañan y nos cobran de más; por qué, se quedan con el monedero en la mano, contando hasta un céntimo, y nos miran como si fuéramos carteristas. Me gustaría que algunos de ellos se sentaran en mi cabina dieciséis horas al día, y se ga-

naran la vida con ello, y dieciocho chelines más, y eso en cualquier tiempo; no tendrían la rara particularidad de no darnos nunca ni seis peniques de más, o de meter todo el equipaje dentro. Por supuesto, algunos de ellos nos dan una buena propina de vez en cuando, pues de lo contrario no podríamos vivir, pero no se puede depender de eso".

Los hombres que estaban alrededor, aprobaron mucho este discurso, y uno de ellos dijo:

"Es desesperantemente duro, y si un hombre hace a veces lo que está mal, no es de extrañar, y si se pasa de la raya, ¿quién lo va a hacer estallar?"

Jerry no había tomado parte en esta conversación, pero nunca había visto su cara tan triste. El Gobernador había permanecido con las dos manos en los bolsillos; ahora sacó su pañuelo del sombrero y se secó la frente.

"Me has vencido, Sam", dijo, "porque todo es verdad, y no te echaré más en cara lo de la policía; fue la mirada de ese caballo la que me invadió. Son líneas duras para el hombre, y son líneas duras para la bestia, y no sé quién va a repararlas; pero de cualquier manera puedes decirle a la pobre bestia que lamentas habérsela sacado de esa manera. A veces una palabra amable es todo lo que podemos darles, pobres bestias, y es maravilloso lo que entienden".

Pocas mañanas después de esta charla, un nuevo hombre entró en el puesto con el taxi de Sam.

"¡Halloo!" dijo uno, "¿qué pasa con Seedy Sam?"

"Está enfermo en la cama", dijo el hombre, "le cogieron anoche en el patio y apenas pudo arrastrarse a casa. Su mujer envió esta mañana a un muchacho para decirle que su padre tenía mucha fiebre y no podía salir; así que yo estoy aquí en su lugar."

A la mañana siguiente volvió a venir el mismo hombre.

"¿Cómo está Sam?" preguntó el Gobernador, "Se ha ido", dijo el hombre.

"¿Qué? ¿Se ha ido? ¿No querrá decir que está muerto?"

"Acaba de apagarse", dijo el otro; "murió a las cuatro de la mañana; todo el día de ayer estuvo desvariando sobre Skinner, y no teniendo domingos. 'Nunca tuve un domingo de descanso', fueron sus últimas palabras".

Nadie habló durante un rato, y entonces el Gobernador dijo: "Os digo que, compañeros, esto es una advertencia para nosotros".

CAPÍTULO XL: LA POBRE GINGER.

Un día, mientras nuestro taxi y muchos otros esperaban en la puerta de uno de los parques, donde había música, un viejo y destartado taxi se acercó al nuestro. El caballo era un viejo alazán desgastado, con un pelaje mal cuidado y huesos que se notaban a través de él, las rodillas dobladas y las patas delanteras muy inseguras. Había estado comiendo un poco de heno, el viento hizo rodar un pequeño mechón hacia allí, y la pobre criatura sacó su largo y delgado cuello y lo recogió, para luego darse la vuelta y buscar más. Había una mirada desesperada en el ojo apagado que no pude evitar notar, y entonces, mientras pensaba dónde había visto ese caballo antes, me miró de lleno y dijo: "Azabache, ¿eres tú?"

¡Era Ginger! ¡Pero qué cambiada estaba! El hermoso cuello arqueado y brillante era ahora recto y flaco, las patas limpias y rectas y los delicados menudillos estaban hinchados; las articulaciones estaban deformadas por el duro trabajo; la cara, que antes estaba tan llena de espíritu y vida, estaba ahora llena de sufrimiento, y pude notar, por el abultamiento de sus costados y su frecuente tos, lo malo que era su aliento.

Nuestros chóferes estaban juntos a poca distancia, así que me acerqué a ella uno o dos pasos para que pudiéramos hablar tranquilamente. Era una historia triste la que tenía que contar.

Después de un período de inactividad de doce meses en Earlshall, se la consideró apta para el trabajo y se la vendió a un caballero. Durante un tiempo se comportó muy bien, pero después de un galope más largo de lo habitual, la vieja tensión regresó, y después de ser descansada y curada, fue vendida de nuevo. De esta manera cambió de manos varias veces, pero siempre descendiendo. "Y así, por fin", dijo ella, "me compró un hombre

que tiene varios taxis y caballos, y los alquila. Parece que está bien, y me alegro de ello, pero no podría decirle lo que ha sido mi vida. Cuando descubrieron mi debilidad, dijeron que no valía lo que habían dado por mí, y que debía ir a uno de los taxis bajos, y simplemente ser utilizada; eso es lo que están haciendo, azotando y trabajando sin pensar en lo que sufro; pagaron por mí, y deben sacarlo de mí, dicen. El hombre que me contrata ahora, paga mucho dinero al dueño todos los días, y así tiene que sacarlo de mí también; y así es toda la semana dando vueltas y vueltas, sin descansar nunca un domingo."

Le dije: "Solías defenderte si te maltrataban".

"¡Ah!", dijo ella, "lo hice una vez, pero es inútil; los hombres son más fuertes, y si son crueles y no tienen sentimientos, no hay nada que podamos hacer, sino soportarlo, soportarlo y soportarlo hasta el final. Ojalá llegara el final, ojalá estuviera muerta. He visto caballos muertos, y estoy seguro de que no sufren dolor; desearía caer muerta en mi trabajo, y no ser enviada al matadero".

Estaba muy preocupada y acerqué mi nariz a la suya, pero no pude decir nada para consolarla. Creo que se alegró de verme, porque dijo: "Eres el único amigo que he tenido".

En ese momento se acercó su conductor y, dándole un tirón de orejas, la sacó de la fila y se marchó, dejándome muy triste.

Poco después, un carro con un caballo muerto pasó por delante de nuestra cabina. La cabeza colgaba de la cola del carro, la lengua sin vida caía lentamente por la sangre; ¡y los ojos hundidos! pero no puedo hablar de ellos, la visión era demasiado espantosa. Era un caballo alazán con un cuello largo y delgado. Vi una raya blanca en la frente. Creo que era Ginger; esperaba que lo fuera, porque entonces sus problemas habrían terminado. Si los hombres fueran más misericordiosos, nos dispararían antes de que llegáramos a tal miseria.

CAPÍTULO XLI: EL CARNICERO.

He visto muchos problemas entre los caballos londinenses, y muchos de ellos podrían haberse evitado con un poco de sentido común. A los caballos no les importa el trabajo duro si se les trata razonablemente; y estoy seguro de que hay muchos conducidos por hombres bastante humildes que tienen una vida más feliz que la que yo tenía, cuando solía ir en el carruaje de la Condesa de W---s, con mis arneses montados en plata y mi alta alimentación.

A menudo se me encogía el corazón al ver cómo se utilizaban los pequeños ponis, que se esforzaban con pesadas cargas, o se tambaleaban bajo los fuertes golpes de algún muchacho cruel. Una vez vi un pequeño poni gris con una espesa crin y una bonita cabeza, y tan parecido a Merrylegs, que si no hubiera estado en el arnés, le habría relinchado. Hacía todo lo posible por tirar de un pesado carro, mientras un fuerte y rudo muchacho le cortaba bajo la barriga con su látigo, y le daba cruelmente en la boquita. ¿Podría ser Merrylegs? Era igual que éste; pero el señor Blomefield nunca lo vendería, y creo que no lo haría; pero éste podría haber sido un compañero tan bueno, y haber tenido un lugar tan feliz cuando era joven.

A menudo me fijaba en la gran velocidad a la que se hacían andar los caballos de los carniceros, aunque no sabía por qué era así, hasta un día en que tuvimos que esperar un tiempo en "St. John's Wood". Había una carnicería al lado, y mientras estábamos parados, un carro de carnicero se acercó a gran velocidad. El caballo estaba acalorado y muy agotado; bajaba la cabeza, mientras sus costados agitados y sus piernas temblorosas mostraban lo mucho que había sido conducido. El muchacho saltó del carro y estaba cogiendo la cesta, cuando el amo salió de la tienda muy disgustado. ¿Cuántas veces tendré que decirte que no conduzcas así? Arruinaste el último caballo

y le rompiste el viento, y vas a arruinar éste de la misma manera. Si no fueras mi propio hijo, te despediría en el acto; es una vergüenza que se traiga un caballo a la tienda en esas condiciones; puedes ser detenido por la policía por conducir así, y si lo eres, no tienes que buscarme para que te pague la fianza, pues te he hablado hasta el cansancio; debes cuidarte."

Durante este discurso, el muchacho había permanecido de pie, hosco y obstinado, pero cuando su padre cesó, estalló de rabia. No era su culpa, y no quería asumirla, sólo seguía órdenes todo el tiempo. "Siempre dices: "¡Ahora date prisa, ahora ponte atento!" Y cuando voy a las casas, una quiere una pata de cordero para una cena temprana, y tengo que volver con ella en un cuarto de hora. Otra cocinera se ha olvidado de pedir la carne de vaca; tengo que ir a buscarla y volver enseguida, o la señora me regañará; y el ama de llaves dice que viene una compañía inesperada, y que hay que mandar unas chuletas inmediatamente; y la señora del número 4 de la Media Luna, nunca pide su cena hasta que llega la carne para el almuerzo, y no hay más que prisa, prisa, todo el tiempo. Si la alta burguesía pensara en lo que quiere y pidiera su carne el día anterior, no tendría que producirse este revuelo".

"Me gustaría que lo hicieran", dijo el carnicero; "me ahorraría una gran cantidad de problemas, y podría satisfacer a mis clientes mucho mejor si lo supiera de antemano, pero, para qué hablar, ¿quién piensa en la comodidad de un carnicero o en el caballo de un carnicero? Ahora, pues, llévatelo y cuídalo bien: ten en cuenta que hoy no vuelve a salir, y si necesitas algo más, debes llevarlo tú mismo en la cesta". Y así entró, y el caballo fue conducido.

Pero no todos los niños son crueles. He visto a algunos querer tanto a su poni o a su burro como si se tratara de su perro favorito, y las pequeñas criaturas han trabajado tan alegremente y de buena gana para sus jóvenes conductores como yo trabajo para Jerry. Puede ser un trabajo duro a veces, pero la mano y la voz de un amigo lo hacen más fácil.

Había un joven costero que subía por nuestra calle con verduras y patatas; tenía un viejo poni, no muy guapo, pero la cosa más alegre y valiente que he visto nunca, y ver el cariño que se tenían el uno al otro, era un placer. El poni seguía a su amo como un perro, y cuando subía a su carro, salía trotando sin un látigo ni una palabra, y traqueteaba por la calle tan alegremente como si hubiera salido de los establos de la Reina. A Jerry le gustaba

el chico, y lo llamaba "Príncipe Charlie", porque decía que algún día sería un rey de los conductores.

Había también un anciano que subía por nuestra calle con un pequeño carro de carbón; llevaba un sombrero de carbonero y tenía un aspecto rudo y negro. Él y su viejo caballo recorrían juntos la calle, como dos buenos compañeros que se entendían; el caballo se detenía por sí mismo, en las puertas donde le sacaban el carbón: solía mantener una oreja inclinada hacia su amo. El grito del viejo se oía calle arriba mucho antes de que se acercara. Nunca supe lo que decía, pero los niños lo llamaban "Viejo Ba-a-ar Hoo", porque sonaba así. Polly le cogió el tranquillo y se mostró muy amable, y Jerry dijo que era un consuelo pensar en lo feliz que podía ser un caballo viejo en un lugar pobre.

CAPÍTULO XLII: LA ELECCIÓN.

Al entrar en el patio una tarde, Polly salió: "¡Jerry! He tenido aquí al señor B--- preguntando por tu voto, y quiere alquilar tu taxi para las elecciones: llamará para pedir una respuesta".

"Bueno, Polly, puedes decir que mi taxi estará ocupado de otra manera; no me gustaría tenerlo lleno de sus grandes facturas, y en cuanto a hacer que Jack y el Capitán recorran las casas públicas para traer a los votantes medio borrachos, por qué, creo que sería un insulto para los caballos. No, no lo haré".

"¿Supongo que votará por el caballero? Dijo que era de su política".

"Así es en algunas cosas, pero no votaré por él, Polly; ¿sabes cuál es su oficio?"

"Sí".

"Bueno, un hombre que se enriquece con ese oficio, puede estar muy bien en algunos aspectos, pero es ciego en cuanto a lo que quieren los trabajadores: No podría en mi conciencia enviarlo a hacer las leyes. Me atrevo a decir que se enfadarán, pero cada hombre debe hacer lo que cree que es lo mejor para su país".

La mañana anterior a las elecciones, Jerry me estaba metiendo en los ojos, cuando Dolly entró en el patio sollozando y llorando, con su pequeño vestido azul y su pichi blanco salpicados de barro.

"¿Por qué, Dolly, qué pasa?"

"Esos chicos traviosos", sollozó, "me han tirado la tierra por encima y me han llamado pequeña su- su-"

"La han llamado pequeña sucia, padre", dijo Harry, que entró corriendo, con aspecto muy enfadado; "pero se lo he dado, no volverán a insultar a mi hermana. Les he dado una paliza que recordarán; ¡un conjunto de cobardes, bribones y pillos!"

Jerry besó a la niña y le dijo: "Ve a ver a mamá, cariño, y dile que creo que es mejor que te quedes en casa hoy y la ayudes".

Luego, volviéndose serio hacia Harry: "Hijo mío, espero que siempre defiendas a tu hermana y que le des una buena paliza a cualquiera que la insulte, como debe ser; pero ten en cuenta que no voy a permitir que se hagan elecciones en mi casa. Hay tantos matones azules como naranjas, y tantos blancos como morados, o de cualquier otro color, y no permitiré que nadie de mi familia se mezcle con ellos. Hasta las mujeres y los niños están dispuestos a pelearse por un color, y ni uno de cada diez sabe de qué se trata."

"Vaya, padre, yo creía que el azul era por la Libertad".

"Hijo mío, la libertad no viene de los colores, sólo muestran el partido, y toda la libertad que puedes obtener de ellos es, libertad para emborracharte a expensas de otras personas, libertad para ir a la votación en un viejo y sucio taxi, libertad para abusar de cualquiera que no lleve tu color, y para gritar hasta quedar ronco por lo que sólo entiendes a medias: ¡esa es tu libertad!"

"Oh, padre, te estás riendo".

"No, Harry, hablo en serio, y me avergüenza ver cómo siguen los hombres que deberían saber más. Una elección es una cosa muy seria; al menos debería serlo, y cada hombre debería votar según su conciencia, y dejar que su vecino haga lo mismo."

CAPÍTULO XLIII: UN AMIGO EN APUROS.

Por fin llegó el día de las elecciones; no faltó trabajo para Jerry y para mí. Primero vino un caballero corpulento con una bolsa de moqueta; quería ir a la estación de Bishopsgate; luego nos llamó un grupo que deseaba que le lleváramos al Regent's Park; y a continuación se nos requirió en una calle lateral donde una tímida y ansiosa anciana esperaba que la llevaran al Banco: Allí tuvimos que detenernos para llevarla de nuevo, y justo cuando la habíamos dejado, un caballero con la cara roja y un puñado de papeles, se acercó corriendo y sin aliento, y antes de que Jerry pudiera bajar, abrió la puerta, se metió dentro y gritó "¡Policía de Bow Street, rápido!" Así que nos fuimos con él, y cuando, después de una o dos vueltas, volvimos, no había ningún otro taxi en la parada. Jerry me puso la bolsa de la cabeza, porque, como dijo, "Debemos comer cuando podemos en días como estos; así que mastica, Jack, y aprovecha el tiempo, viejo amigo".

Descubrí que tenía una buena ración de avena triturada humedecida con un poco de salvado; esto sería una delicia cualquier día, pero muy refrescante en ese momento. Jerry era tan considerado y amable; ¿qué caballo no haría lo mejor por un amo así? Luego sacó uno de los pasteles de carne de Polly y, de pie cerca de mí, comenzó a comerlo. Las calles estaban muy llenas, y los taxis con los colores de los candidatos corrían entre la multitud como si la vida y la integridad física no tuvieran importancia; aquel día vimos a dos personas atropelladas, y una de ellas era una mujer. Los caballos lo pasaban mal, ¡pobrecitos! pero los votantes de dentro no pensaban en eso, muchos de ellos estaban medio borrachos, gritando por las ventanillas de los taxis si pasaba su propio partido. Era la primera elección que veía, y no quiero estar en otra, aunque he oído que las cosas están mejor ahora.

Jerry y yo no habíamos comido muchos bocados, antes de que una pobre mujer joven, cargando un pesado niño, viniera por la calle. Miraba a un lado y a otro, y parecía bastante desconcertada. Al cabo de un rato se acercó a Jerry y le preguntó si podía indicarle el camino hacia el Hospital de St. Thomas y cómo de lejos quedaba. Había venido del campo aquella mañana, dijo, en un carro de mercado; no sabía nada de las elecciones, y era toda una desconocida en Londres. Había recibido un aviso para el hospital para su hijo pequeño. El niño lloraba con un débil llanto. "Pobrecito", dijo ella, "sufre mucho dolor, tiene cuatro años y no puede caminar más que un bebé; pero el doctor dijo que si lo llevaba al hospital, se pondría bien; por favor, señor, ¿a qué distancia está? y ¿en qué dirección está?"

"Vaya, señorita", dijo Jerry, "no se puede llegar caminando entre la multitud así; son tres millas de distancia, y ese niño es pesado".

"Sí, bendito sea, lo es, pero soy fuerte, gracias a Dios, y si supiera el camino, creo que podría llegar de alguna manera: por favor, dígame el camino".

"No puedes hacerlo", dijo Jerry, "podrías ser derribada y el niño ser atropellado. Ahora, mire, suba a este taxi y la llevaré sana y salva al Hospital: ¿no ve que está lloviendo?"

"No señor, no, no puedo hacer eso, gracias, sólo tengo el dinero justo para volver: por favor, dígame el camino".

"Mire usted, señorita", dijo Jerry, "tengo una esposa y queridos hijos en casa, y conozco los sentimientos de un padre: ahora súbase a ese taxi, y la llevaré allí gratuitamente; me avergonzaría de dejar que una mujer y un niño enfermo corran un riesgo como ese".

"¡Dios le bendiga!", dijo la mujer, y rompió a llorar.

"Ya, ya, ánimo, querida, pronto te llevaré allí; ven, deja que te meta dentro".

Cuando Jerry fue a abrir la puerta, dos hombres con colores en sus sombreros y ojales, se acercaron corriendo, gritando: "¡Taxi!"

"¡Contratado!", gritó Jerry; pero uno de los hombres, empujando a la mujer, se metió en el taxi, seguido por el otro. Jerry parecía tan severo como un policía: "Este taxi ya está ocupado, señores, por esa señora".

"¡Señora!" dijo uno de ellos; "¡oh! ella puede esperar: nuestro negocio es muy importante, además estábamos en primer lugar, es nuestro derecho, y nos quedaremos dentro".

Una sonrisa cómica se dibujó en el rostro de Jerry cuando cerró la puerta sobre ellos. "Muy bien, caballeros, rogad que os quedéis dentro el tiempo que os convenga: Yo puedo esperar mientras ustedes descansan"; y dándoles la espalda, se acercó a la joven, que estaba de pie cerca de mí. "Pronto se irán", dijo, riendo, "no te preocupes, querida".

Y pronto se fueron, pues cuando comprendieron el ardid de Jerry, se bajaron, llamándole toda clase de malos nombres, y fanfarroneando sobre su número, y consiguiendo una citación. Después de esta pequeña parada, pronto nos pusimos en camino hacia el Hospital, yendo en lo posible por calles secundarias. Jerry tocó la gran campana y ayudó a la joven a salir.

"Mil gracias", dijo ella; "nunca podría haber llegado aquí sola".

"Eres amablemente bienvenida, y espero que la querida niña se mejore pronto".

La vio entrar por la puerta, y con suavidad se dijo a sí mismo: "En la medida en que lo habéis hecho con uno de los más pequeños", y luego me dio una palmadita en el cuello, que era siempre su manera de actuar cuando algo le agradaba.

La lluvia caía ahora con rapidez, y justo cuando salíamos del Hospital, la puerta se abrió de nuevo, y el portero gritó: "¡Taxi!". Nos detuvimos, y una señora bajó los escalones. Jerry pareció conocerla enseguida; se echó el velo hacia atrás y dijo: "¡Barker! Jeremiah Barker, ¿es usted? Me alegro mucho de encontrarle aquí; es usted justo el amigo que necesito, pues hoy es muy difícil conseguir un taxi en esta parte de Londres."

"Estaré orgulloso de servirle, señora, me alegro mucho de estar aquí; ¿a dónde puedo llevarla, señora?"

"A la estación de Paddington, y luego si llegamos a tiempo, como creo que será, me contará todo sobre Mary y los niños".

Llegamos a la estación a tiempo, y estando a cubierto, la señora se quedó un buen rato hablando con Jerry. Descubrí que había sido la amante de Polly, y después de muchas preguntas sobre ella, dijo: "¿Cómo te sienta el tra-

bajo en el taxi en invierno? Sé que Mary estaba bastante preocupada por ti el año pasado".

"Sí, señora, lo estaba; tuve una tos muy fuerte que me acompañó hasta el tiempo cálido, y cuando me quedo fuera hasta tarde, ella se preocupa mucho. Verá, señora, son todas las horas y todos los climas, y eso pone a prueba la constitución de un hombre; pero me las arreglo bastante bien, y me sentiría bastante perdido si no tuviera caballos que cuidar. Fui educado para ello, y me temo que no me iría tan bien en otra cosa".

"Bueno, Barker", dijo ella, "sería una gran pena que arriesgara seriamente su salud en este trabajo, no sólo por su propio bien, sino por el de Mary y el de los niños: hay muchos lugares donde se necesitan buenos conductores o buenos mozos de cuadra; y si alguna vez piensa que debe dejar este trabajo de taxista, hágamelo saber". Luego, enviando algunos mensajes amables a Mary, le puso algo en la mano, diciendo: "Hay cinco chelines para cada uno de los dos niños; Mary sabrá cómo gastarlos". Jerry le dio las gracias y pareció muy satisfecho, y saliendo de la estación, llegamos por fin a casa, y yo, al menos, estaba cansado.

CAPÍTULO XLIV: EL VIEJO CAPITÁN Y SU SUCESOR.

El Capitán y yo éramos grandes amigos. Era un viejo noble y muy buena compañía. Nunca pensé que tuviera que abandonar su casa y bajar la colina, pero le llegó su turno: y así fue como ocurrió. Yo no estaba allí, pero me enteré de todo.

Él y Jerry habían llevado a un grupo a la gran estación de ferrocarril sobre el Puente de Londres, y estaban regresando, en algún lugar entre el Puente y el Monumento, cuando Jerry vio que se acercaba un carro vacío de un cervecero, tirado por dos poderosos caballos. El carretero estaba azotando a sus caballos con su pesado látigo; el carro era ligero, y arrancaron a una velocidad furiosa; el hombre no tenía control sobre ellos, y la calle estaba llena de tráfico; una joven fue derribada y atropellada, y al momento siguiente se abalanzaron sobre nuestra cabina; las dos ruedas fueron arrancadas, y la cabina fue arrojada. El Capitán fue arrastrado hacia abajo, los ejes se astillaron, y uno de ellos se estrelló contra su costado. Jerry también fue arrojado, pero sólo resultó magullado; nadie pudo saber cómo se salvó, siempre dijo que fue un milagro. Cuando el pobre capitán se levantó, se encontró muy herido y golpeado, Jerry lo llevó a casa con cuidado, y fue un triste espectáculo ver la sangre empapando su abrigo blanco, y cayendo de su costado y hombro. Se demostró que el carretero estaba muy borracho, y fue multado, y el cervecero tuvo que pagar una indemnización por daños y perjuicios a nuestro amo; pero no había nadie para pagar una indemnización por daños y perjuicios al pobre Capitán.

El herrador y Jerry hicieron lo mejor que podían para aliviar su dolor y hacer que se sintiera mejor. Había que reparar el taxi, y durante varios días

no salí, y Jerry no ganó nada. La primera vez que fuimos al puesto después del accidente, el Gobernador se acercó para escuchar cómo estaba el Capitán.

"Nunca se recuperará", dijo Jerry, "al menos no para mi trabajo, según dijo el herrador esta mañana. Dice que puede servir para el carro, y ese tipo de trabajo. Me ha hecho sentir muy mal. ¡Carros, en efecto! He visto lo que los caballos llegan a hacer en ese trabajo alrededor de Londres. Me gustaría que todos los borrachos fuesen internados en un manicomio, en lugar de permitirles que atropellen a la gente sobria. Si se rompieran sus propios huesos, y destrozaran sus propios carros, y cojeasen sus propios caballos, eso sería asunto suyo, y podríamos dejarlos en paz, pero me parece que los inocentes siempre sufren; ¡y luego hablan de compensación! No se puede hacer una compensación; están todas las molestias, y la vejación, y la pérdida de tiempo, además de perder un buen caballo que es como un viejo amigo; ¡es una tontería hablar de compensación! Si hay un diablo que me gustaría ver en el pozo sin fondo más que otro, es el diablo de la bebida.

"Digo, Jerry", dijo el Gobernador, "me estás presionando mucho, sabes; no soy tan bueno como tú, más vergüenza para mí, me gustaría serlo".

"Bueno", dijo Jerry, "¿por qué no corta con la bebida, Gobernador? es usted un hombre demasiado bueno para ser el esclavo de tal situación".

"Soy un gran tonto, Jerry, pero lo intenté una vez durante dos días, y pensé que debería haber muerto: ¿cómo lo hiciste?"

"Me costó mucho trabajo durante varias semanas; verás, nunca me emborraché, pero descubrí que no era mi propio amo, y que cuando el antojo aparecía, era un trabajo duro decir 'no'. Vi que uno de los dos tenía que caer: el diablo de la bebida o Jerry Barker, y dije que no debía ser Jerry Barker, con la ayuda de Dios: Pero era una lucha, y quería toda la ayuda posible, porque hasta que no intenté dejar el hábito, no sabía lo fuerte que era; pero entonces Polly se preocupó de que tuviera una buena comida, y cuando el antojo aparecía, solía tomar una taza de café, o un poco de menta, o leer un poco en mi libro, y eso me ayudaba: a veces tenía que decirme una y otra vez: "¿Dejar la bebida o perder tu alma? ¿dejar la bebida o romper el corazón de Polly? Pero gracias a Dios, y a mi querida esposa, mis cadenas se rompieron, y ahora desde hace diez años no he probado una gota, y nunca la deseo."

"Tengo muchas ganas de probarlo", dijo Grant, "porque es una cosa miserable no ser su propio dueño".

"Hazlo Gobernador, hazlo, nunca te arrepentirás, y qué ayuda sería para algunos de los pobres compañeros de nuestro rango si te vieran prescindir de él. Sé que hay dos o tres que querrían no entrar en esa taberna si pudieran".

Al principio el Capitán parecía ir bien, pero era un caballo muy viejo, y era sólo su maravillosa constitución, y los cuidados de Jerry, lo que le había mantenido en el trabajo de la cabina tanto tiempo; ahora se lesionaba mucho. El herrador dijo que podría recuperarse lo suficiente como para venderlo por unas pocas libras, pero Jerry dijo que no, que unas pocas libras obtenidas vendiendo a un buen y viejo sirviente en el trabajo duro y la miseria, arruinarían todo el resto de su dinero, y pensó que lo más bondadoso que podía hacer por el buen y viejo compañero sería atravesarle el corazón con una bala certera, y entonces ya no sufriría más, pues no sabía dónde encontrar un amo amable para el resto de sus días.

Al día siguiente de decidirse esto, Harry me llevó a la herrería por unas herraduras nuevas; cuando regresé. El capitán se había ido. Yo, y toda la familia lo sentimos mucho.

Jerry tuvo que buscar otro caballo, y pronto se enteró de uno a través de un conocido que estaba de mozo en los establos de un noble. Era un caballo joven y valioso, pero se había escapado, había chocado con otro carruaje, había tirado a su señoría, y se había cortado y manchado de tal manera, que ya no era apto para los establos de un caballero, y el cochero tenía órdenes de buscarlo y venderlo lo mejor posible.

"Me viene bien el buen espíritu", dijo Jerry, "si un caballo no es vicioso o de boca dura".

"No tiene nada de vicio", dijo el hombre, "su boca es muy tierna, y yo mismo creo que esa fue la causa del accidente; ya ves que acababa de ser recortado, y el tiempo era malo, y no había hecho suficiente ejercicio, y cuando salió, estaba tan lleno de energía como un globo. Nuestro gobernador, (el cochero quiero decir), lo hizo enjaezar lo más apretado y fuerte que pudo, con la martingala, y la rienda de porte, un freno muy agudo, y las

riendas puestas en la barra inferior; es mi creencia que eso hizo enloquecer al caballo, siendo tierno en la boca y tan lleno de espíritu."

"Es muy probable; iré a verlo", dijo Jerry.

Al día siguiente, Hotspur -así se llamaba- llegó a casa; era un buen caballo marrón, sin un pelo blanco, tan alto como el Capitán, con una cabeza muy bonita, y sólo tenía cinco años. Le saludé amistosamente a modo de buena camaradería, pero no le hice ninguna pregunta. La primera noche estuvo muy inquieto; en lugar de acostarse, no dejaba de sacudir la cuerda del cabestro por la argolla y de golpear la cuadra contra el pesebre hasta que no pude dormir. Sin embargo, al día siguiente, después de cinco o seis horas en la cabina, llegó tranquilo y sensible. Jerry lo acarició y le habló mucho, y muy pronto se entendieron, y Jerry dijo que con un bocado fácil, y mucho trabajo, sería tan manso como un cordero; y que era un mal viento que no soplaba bien a nadie, pues si su señoría había perdido un favorito de cien guineas, el taxista había ganado un buen caballo con toda su fuerza.

Hotspur pensó que era una gran degradación ser un caballo de taxi, y estaba disgustado de estar en la fila, pero me confesó al final de la semana, que una boca fácil, y una cabeza libre, compensaban mucho, y después de todo, el trabajo no era tan degradante como tener la cabeza y la cola sujetas la una a la otra en la silla. De hecho, se adaptó bien y a Jerry le gustó mucho.

CAPÍTULO XLV: EL AÑO NUEVO DE JERRY.

La Navidad y el Año Nuevo son épocas muy alegres para algunas personas; pero para los taxistas y los caballos de los taxistas, no es ninguna fiesta, aunque sea una buena cosecha. Hay tantas fiestas, bailes y lugares de diversión abiertos, que el trabajo es duro y a menudo tardío. A veces el conductor y el caballo tienen que esperar durante horas bajo la lluvia o la escarcha, temblando de frío, mientras la gente alegre de dentro baila al ritmo de la música. Me pregunto si las bellas damas piensan alguna vez en el cansado taxista que espera en su cabina, y en su paciente bestia de pie, hasta que sus piernas se agarrotan de frío.

Yo tenía ahora la mayor parte del trabajo de la tarde, ya que estaba bien acostumbrado a estar de pie, y Jerry también tenía más miedo de que Hots-pur cogiera frío. Tuvimos mucho trabajo nocturno en la semana de Navidad, y la tos de Jerry era muy fuerte; pero por muy tarde que fuéramos, Polly se levantaba por él, y salía con la linterna a su encuentro, con aspecto angustiado y preocupado. La noche de Año Nuevo tuvimos que llevar a dos caballeros a una casa en una de las plazas del West End; los dejamos a las nueve y nos dijeron que volviéramos a las once. "Pero", dijo uno de ellos, "como es una fiesta de cartas, puede que tengáis que esperar unos minutos, pero no lleguéis tarde".

Cuando el reloj dio las once, estábamos en la puerta, pues Jerry era siempre puntual. El reloj hizo sonar los cuartos: uno, dos, tres, y luego dio las doce, pero la puerta no se abrió.

El viento había sido muy cambiante, con chubascos durante el día, pero ahora caía un fuerte aguanieve que parecía llegar a todas partes; hacía mucho frío y no había ningún refugio. Jerry se bajó de su cabina y se acercó y

me tapó un poco más el cuello con uno de mis paños; luego dio una o dos vueltas hacia arriba y hacia abajo, zapateando; después empezó a golpear los brazos, pero eso le hizo toser; así que abrió la puerta de la cabina y se sentó en el fondo con los pies en el pavimento, y se resguardó un poco. El reloj seguía dando las campanadas de los cuartos, y no venía nadie. A las doce y media, llamó al timbre y preguntó al criado si lo iban a buscar esa noche.

"¡Oh! sí, te van a buscar seguro", dijo el hombre, "no debes irte, pronto se acabará", y de nuevo Jerry se sentó, pero su voz era tan ronca que apenas podía oírle.

A la una y cuarto se abrió la puerta y salieron los dos caballeros; subieron al taxi sin decir nada, y le dijeron a Jerry por dónde debía conducir, que eran casi dos millas. Tenía las piernas entumecidas por el frío, y creí que habría tropezado. Cuando los hombres se bajaron, no dijeron que lamentaban habernos hecho esperar tanto tiempo, sino que estaban enfadados por el cargo: sin embargo, como Jerry nunca cobró más de lo que le correspondía, nunca aceptó menos, y tuvieron que pagar por las dos horas y cuarto de espera; pero era un dinero duramente ganado para Jerry.

Por fin llegamos a casa; él apenas podía hablar, y su tos era espantosa. Polly no hizo preguntas, sino que abrió la puerta y le sostuvo la linterna. "¿No puedo hacer algo?", dijo.

"Sí, tráele a Jack algo caliente y luego hiérveme unas gachas"; esto lo dijo en un ronco susurro, apenas podía respirar, pero me dio un masaje como de costumbre, e incluso subió al pajar a por un manojo de paja extra para mi cama. Polly me trajo un puré caliente que me hizo sentir cómodo, y luego cerraron la puerta.

A la mañana siguiente ya era tarde antes de que viniera alguien, y entonces sólo estaba Harry. Nos limpió y nos dio de comer, y barrió los establos; luego volvió a colocar la paja como si fuera domingo. Estaba muy quieto y no silbaba ni cantaba. Al mediodía vino de nuevo y nos dio la comida y el agua; esta vez Dolly vino con él; estaba llorando, y pude deducir de lo que dijeron, que Jerry estaba peligrosamente enfermo, y el médico dijo que era un caso grave. Así pasaron dos días, y hubo grandes problemas en el hogar. Sólo veíamos a Harry y a veces a Dolly. Creo que ella vino por la compa-

ña, porque Polly estaba siempre con Jerry, y había que mantenerlo muy tranquilo.

Al tercer día, mientras Harry estaba en el establo, llamaron a la puerta y entró el gobernador Grant. "Yo no iría a la casa, muchacho", dijo, "pero quiero saber cómo está tu padre".

"Está muy mal", dijo Harry, "no puede estar mucho peor; lo llaman "bronquitis"; el médico cree que se irá de un modo u otro esta noche".

"Eso es malo, muy malo", dijo Grant, sacudiendo la cabeza; "conozco a dos hombres que murieron de eso la semana pasada; se los lleva en poco tiempo; pero mientras hay vida hay esperanza, así que debes mantener el ánimo".

"Sí", dijo Harry rápidamente, "y el médico dijo que padre tenía más posibilidades que la mayoría de los hombres, porque no bebía. Dijo ayer que la fiebre era tan alta, que si padre hubiera sido un bebedor, lo habría quemado como un trozo de papel; pero creo que piensa que lo superará; ¿no cree usted que lo hará, señor Grant?"

El Gobernador parecía desconcertado: "Si existe alguna regla para que los hombres buenos superen estas cosas, estoy seguro de que lo hará, muchacho; es el mejor hombre que conozco. Iré a ver mañana temprano".

A la mañana siguiente, temprano, estaba allí. "¿Y bien?", dijo.

"Papá está mejor", dijo Harry, "mamá espera que se recupere".

"¡Gracias a Dios!" dijo el gobernador-, y ahora hay que abrigarlo, y mantener su mente tranquila, y eso me lleva a los caballos; verás, Jack estará mejor durante el resto de una o dos semanas en un establo cálido, y puedes llevarlo fácilmente a dar una vuelta por la calle para que estire las piernas; pero este joven, si no consigue trabajo, pronto estará de los nervios, como puedes ver, y será mucho para ti; y cuando salga, habrá un accidente."

"Así es ahora", dijo Harry, "lo he tenido; le faltó maíz, pero está tan lleno de energía que no sé qué hacer con él".

"Así es", dijo Grant; "ahora mira, le dirás a tu madre que si está de acuerdo, vendré por él todos los días hasta que se solucione algo, y lo llevaré a trabajar un buen rato, y lo que gane, le llevaré a tu madre la mitad, y eso ayudará con el alimento de los caballos. Tu padre está en un buen club, lo

sé, pero eso no mantendrá a los caballos, y estarán comiéndose la cabeza todo este tiempo: Vendré al mediodía a ver qué dice", y sin esperar el agradecimiento de Harry, se fue.

A mediodía creo que fue a ver a Polly, porque él y Harry fueron juntos al establo, enjaezaron a Hotspur y lo sacaron.

Durante una semana o más vino a buscar a Hotspur, y cuando Harry le daba las gracias o le decía algo sobre su amabilidad, él se reía diciendo que todo era buena suerte para él, ya que sus caballos necesitaban un poco de descanso que no habrían tenido de otro modo.

Jerry mejoró constantemente, pero el médico le dijo que no debía volver a trabajar en el taxi si quería ser un anciano. Los niños tuvieron muchas consultas juntos sobre lo que harían padre y madre, y cómo podrían ayudar a ganar dinero.

Una tarde trajeron a Hotspur muy mojado y sucio. "Las calles no son más que aguanieve", dijo el Gobernador, "te dará un buen abrigo, hijo mío, para que se limpie y se seque".

"Muy bien, Gobernador", dijo Harry, "no lo dejaré hasta que lo esté; ya sabe que he sido entrenado por mi padre".

"Ojalá todos los chicos hubieran sido entrenados como tú", dijo el Gobernador.

Mientras Harry limpiaba con una esponja el barro del cuerpo y las piernas de Hotspur, entró Dolly, con cara de pocos amigos.

"¿Quién vive en Fairstowe, Harry? Mamá ha recibido una carta de Fairstowe; parecía muy contenta, y subió corriendo a ver a papá con ella".

"¿No lo sabes? Es el nombre de la casa de la Sra. Fowler, la antigua ama de mamá, ya sabes, la señora que papá conoció el verano pasado y que nos envió a ti y a mí cinco chelines a cada uno."

"¡Oh! La señora Fowler, por supuesto que lo sé todo sobre ella, me pregunto por qué le escribe a madre".

"Mamá le escribió la semana pasada", dijo Harry; "sabes que le dijo a papá que si alguna vez dejaba el trabajo de taxista, le gustaría saberlo. Me pregunto qué dirá; ve a ver, Dolly".

Harry se puso a fregar a Hotspur con un ¡huish! huish! como cualquier viejo mozo de cuadra.

Al cabo de unos minutos Dolly entró bailando en el establo. "La Sra. Fowler dice que nos iremos a vivir cerca de ella; hay una casa de campo vacía que nos vendrá muy bien, con un jardín, un gallinero, manzanos y todo. y su cochero se marchará en primavera, y entonces querrá a papá en su lugar; y hay buenas familias en los alrededores, donde puedes conseguir un puesto en el jardín, o en el establo, o como paje; y hay una buena escuela para mí; y mamá se ríe y llora por turnos, ¡y papá parece tan feliz!"

"Eso es una alegría extraordinaria", dijo Harry, "y diría que es lo correcto; les vendrá bien a padre y a madre; pero no tengo intención de ser un paje con ropas ajustadas y filas de botones. Seré mozo de cuadra o jardinero".

Rápidamente se acordó que tan pronto como Jerry estuviera lo suficientemente bien, se trasladarían al campo, y que el taxi y los caballos se venderían tan pronto como fuera posible. Esta fue una noticia pesada para mí, pues ya no era joven y no podía esperar ninguna mejora en mi condición. Desde que dejé Birtwick, nunca había sido tan feliz como con mi querido amo Jerry; pero tres años de trabajo en el taxi, incluso en las mejores condiciones, hacen mella en las fuerzas de uno, y yo sentía que no era el caballo que había sido.

Grant dijo inmediatamente que se quedaría con Hotspur, y había hombres en el puesto que me habrían comprado, pero Jerry dijo que no debería volver a trabajar en un taxi con cualquiera, y el Gobernador prometió encontrar un lugar para mí donde estuviera cómodo.

Llegó el día de irse. A Jerry no se le había permitido salir todavía, y nunca lo vi después de aquella noche de Año Nuevo. Polly y los niños vinieron a despedirse de mí. "¡Pobre viejo Jack! ¡Querido viejo Jack! Ojalá pudiéramos llevarte con nosotros", dijo, y luego, poniendo la mano en mi melena, acercó su cara a mi cuello y me besó. Dolly lloraba y me besaba también. Harry me acarició mucho, pero no dijo nada, sólo parecía muy triste, y así me llevaron a mi nuevo lugar.

PARTE IV

CAPÍTULO XLVI: JAKES Y LA DAMA.

Me vendieron a un comerciante de maíz y panadero, al que Jerry conocía, y con el que pensaba que tendría buena comida y un trabajo justo. En lo primero tenía mucha razón, y si mi amo hubiera estado siempre en el local, no creo que hubiera estado sobrecargado, pero había un capataz que siempre estaba apurando y conduciendo a todo el mundo, y con frecuencia, cuando yo tenía una carga bastante completa, ordenaba que se llevara algo más. Mi carretero, que se llamaba Jakes, decía a menudo que era más de lo que debía llevar, pero el otro siempre le desautorizaba, "no servía de nada ir dos veces cuando bastaba una, y él prefería adelantar el negocio". Jakes, al igual que los demás carreteros, llevaba siempre la rienda de carga levantada, lo que me impedía tirar con facilidad, y cuando llevaba allí tres o cuatro meses, me parecía que el trabajo mermaba mucho mis fuerzas.

Un día, iba más cargado que de costumbre, y parte del camino era una empinada cuesta arriba: Utilicé todas mis fuerzas, pero no pude seguir adelante, y me vi obligado a parar continuamente. Esto no le gustó a mi conductor, y me echó el látigo encima de mala manera: "Sube, perezoso", dijo, "o te obligaré". Volví a poner en marcha la pesada carga, y me esforcé unos metros; de nuevo bajó el látigo, y de nuevo me esforcé por avanzar. El dolor

de aquel gran látigo de carro era agudo, pero mi mente estaba tan herida como mis pobres costados. Ser castigado y maltratado cuando estaba haciendo lo mejor que podía era tan duro, que me sacaba el corazón. Una tercera vez me estaba azotando cruelmente, cuando una dama se acercó rápidamente a él y le dijo con una dulce y seria voz,

"Oh, por favor, no azotes más a tu buen caballo; estoy segura de que está haciendo todo lo que puede, y el camino es muy empinado, estoy segura de que está haciendo todo lo posible".

"Si haciendo lo mejor que puede no consigue subir esta carga, debe hacer algo más que lo mejor que puede, eso es todo lo que sé, señora", dijo Jakes.

"¿Pero no es una carga muy pesada?", dijo ella.

"Sí, sí, demasiado pesada", dijo él, "pero eso no es culpa mía, el capataz vino justo cuando estábamos empezando, y quería que se pusieran trescientos pesos más para ahorrarle problemas, y debo seguir con ella lo mejor que pueda". Estaba levantando el látigo de nuevo, cuando la señora dijo,

"Le ruego que se detenga, creo que puedo ayudarle si me lo permite".

El hombre se rió.

"Ya ves", dijo, "no le das una oportunidad justa; no puede usar toda su fuerza con la cabeza retenida como está con esa rienda de carga; si se la quitaras, estoy segura de que lo haría mejor; inténtalo", dijo persuasivamente, "me alegraría mucho si lo hicieras".

"Bueno, bueno", dijo Jakes, con una pequeña sonrisa, "cualquier cosa para complacer a una dama, por supuesto. ¿Hasta dónde desea que baje, señora?"

"Bastante abajo, dale la cabeza por completo".

Se quitó la rienda, y en un momento bajé la cabeza hasta las mismas rodillas. ¡Qué comodidad era! Luego la moví hacia arriba y hacia abajo varias veces para quitarme la dolorosa rigidez del cuello.

"¡Pobrecito! Eso es lo que querías", dijo ella, acariciándome con su suave mano; "y ahora, si le hablas con amabilidad y lo guías, creo que podrá hacerlo mejor".

Jakes tomó la rienda: "Vamos, Negrito". Agaché la cabeza y lancé todo mi peso contra la collera; no escatimé fuerzas; la carga avanzó y tiré con firmeza hacia la colina, y luego me detuve para tomar aliento.

La señora había caminado por el sendero, y ahora se acercó a la carretera. Me acarició el cuello, como no lo había hecho en muchos días. "Ya ves que estaba muy dispuesto cuando le diste la oportunidad; estoy segura de que es una criatura de buen carácter, y me atrevo a decir que ha conocido días mejores; no volverás a poner esa rienda, ¿verdad?", pues iba a engancharla en el antiguo modo.

"Bueno, señora, no puedo negar que tener su cabeza le ha ayudado a subir la colina, y lo recordaré en otra ocasión, y se lo agradeceré, señora; pero si fuera sin una rienda de porte, sería el hazmerreír de todos los carreteros; es la moda, ya ve".

"¿No es mejor", dijo ella, "llevar una buena moda, que seguir una mala? Muchos caballeros no usan ahora las riendas; nuestros caballos de carruaje no las llevan desde hace quince años, y trabajan con mucha menos fatiga que los que las tienen; además -añadió con voz muy seria-, no tenemos derecho a angustiar a ninguna de las criaturas de Dios sin una muy buena razón; Los llamamos animales mudos, y así lo son, porque no pueden decirnos lo que sienten, pero no sufren menos por no tener palabras, pero no debo detenerte ahora; te agradezco que pruebes mi idea con tu buen caballo, y estoy segura de que lo encontrarás mucho mejor que el látigo. Buenos días", y con otra suave palmadita en el cuello cruzó ligeramente el camino, y ya no la vi más.

"Esa era una verdadera dama, no lo dudo", se dijo Jakes, "hablaba con la misma educación que si fuera un caballero, y probaré su plan, cuesta arriba, en todo caso"; y debo hacerle justicia al decir que soltó mi rienda varias veces, y al ir cuesta arriba después, siempre me dio la cabeza; pero las cargas pesadas continuaron. Una buena alimentación y un buen descanso mantendrán las fuerzas bajo un trabajo intenso, pero ningún caballo puede resistir la sobrecarga; y yo me estaba agotando tanto por esta causa, que se compró un caballo más joven en mi lugar. También puedo mencionar aquí lo que sufrí en ese momento por otra causa. Había oído hablar de ello a los caballos, pero nunca había experimentado el mal; se trataba de un establo mal

iluminado; sólo había una ventana muy pequeña al final, y la consecuencia era que los establos estaban casi a oscuras.

Además del efecto depresivo que esto tenía sobre mi espíritu, debilitaba mucho mi vista, y cuando de repente salía de la oscuridad al resplandor de la luz del día, era muy doloroso para mis ojos. Varias veces tropecé con el umbral y apenas podía ver por dónde iba.

Creo que, si hubiera permanecido allí mucho tiempo, me habría quedado ciego, y eso habría sido una gran desgracia, porque he oído decir a los hombres que un caballo ciego de piedra era más seguro de conducir que uno con vista imperfecta, ya que generalmente los hace muy temerosos. Sin embargo, escapé sin ninguna lesión permanente en mi vista, y fui vendido a un gran propietario de taxis.

CAPÍTULO XLVII: TIEMPOS DIFÍCILES.

Nunca olvidaré a mi nuevo amo, tenía los ojos negros y la nariz ganchuda, la boca tan llena de dientes como la de un perro de caza, y su voz era tan áspera como el rechinar de las ruedas de un carro sobre las piedras de grava. Se llamaba Nicholas Skinner, y creo que era el mismo hombre para el que conducía el pobre Seedy Sam.

He oído decir a los hombres que ver es creer, pero yo diría que sentir es creer, porque por mucho que hubiera visto antes, nunca había conocido hasta ahora la absoluta miseria de la vida de un caballo de taxi.

Skinner tenía un conjunto de taxis y un conjunto de conductores de baja categoría; era duro con los hombres, y los hombres eran duros con los caballos. En este lugar no teníamos descanso los domingos, y eso que era verano.

A veces, los domingos por la mañana, un grupo de hombres veloces alquilaba el taxi para pasar el día; cuatro de ellos dentro y otro con el conductor, y yo tenía que llevarlos diez o quince millas por el campo, y de vuelta: ninguno de ellos se bajaba a subir una colina, por muy empinada que fuera, ni por el calor que hiciera, a menos que el conductor temiera que yo no pudiera hacerlo, y a veces estaba tan febril y agotado que apenas podía tocar mi comida. Cómo añoraba el buen puré de salvado con nitrato que Jerry solía darnos los sábados por la noche cuando hacía calor, que nos refrescaba y nos hacía sentir tan cómodos; cuando teníamos dos noches y un día entero para descansar sin interrupción, y el lunes por la mañana estábamos frescos como caballos jóvenes de nuevo; pero aquí no había descanso, y mi conductor era tan duro como su amo. Tenía un látigo cruel con algo tan afilado en la punta que a veces sacaba sangre, e incluso me azotaba por debajo del

vientre y me lanzaba el látigo a la cabeza. Indignidades como éstas me destrozaban el corazón, pero aun así hacía lo que podía y nunca me quedaba atrás; porque, como decía la pobre Ginger, era inútil; los hombres son los más fuertes.

Mi vida era ahora tan miserable que deseaba, como Ginger, caer muerto en mi trabajo y salir de mi miseria; y un día mi deseo estuvo a punto de cumplirse. Entré en el puesto a las ocho de la mañana, y había hecho una buena parte del trabajo, cuando tuvimos que tomar un viaje al ferrocarril. Se esperaba un tren largo, así que mi conductor se detuvo en la parte trasera de algunas de las cabinas exteriores, para aprovechar la posibilidad de un pasaje de vuelta. Era un tren muy cargado, y como todos los taxis se ocuparon pronto, el nuestro fue llamado. Había un grupo de cuatro personas: un hombre ruidoso y prepotente con una dama, un niño y una niña, y una gran cantidad de equipaje. La señora y el niño subieron al taxi, y mientras el hombre ordenaba el equipaje, la niña se acercó y me miró.

"Papá", dijo, "estoy segura de que este pobre caballo no puede llevarnos a nosotros y a todo nuestro equipaje tan lejos, está muy débil y agotado; míralo".

"¡Oh! está bien, señorita", dijo mi conductor, "es lo suficientemente fuerte".

El mozo, que arrastraba algunas cajas pesadas, sugirió al caballero, ya que había tanto equipaje, que tomara un segundo taxi.

"¿Su caballo puede hacerlo o no?", dijo el hombre con la boca abierta.

"¡Oh! puede hacerlo perfectamente, señor; suba las cajas, mozo: podría llevar más que eso", y ayudó a subir una caja tan pesada, que pude sentir cómo se hundían los muelles.

"Papá, papá, coge un segundo taxi", dijo la joven en tono suplicante; "estoy segura de que nos equivocamos, estoy segura de que es muy cruel".

"Tonterías, Grace, sube de una vez y no hagas todo este alboroto; sería muy bonito que un hombre de negocios tuviera que examinar cada caballo de taxi antes de contratarlo; el hombre conoce su propio negocio, por supuesto: ¡ahí, sube y cállate la lengua!" Mi amable amiga tuvo que obedecer; y caja tras caja fue arrastrada y alojada en la parte superior del taxi, o aco-

modada al lado del conductor. Por fin todo estaba listo, y con su habitual tirón de rienda y golpe de látigo, salió de la estación.

La carga era muy pesada, y yo no había comido ni descansado desde la mañana; pero hice lo que pude, como siempre, a pesar de la crueldad y la injusticia.

Avancé bastante hasta llegar a Ludgate Hill, pero allí, la pesada carga y mi propio agotamiento fueron demasiado. Me esforzaba por seguir adelante, animado por los constantes tirones de la rienda y el uso del látigo, cuando en un solo momento, no puedo decir cómo, mis pies resbalaron debajo de mí, y caí pesadamente al suelo de costado; lo repentino y la fuerza con la que caí, parecieron sacarme todo el aliento. Me quedé perfectamente inmóvil; en realidad no tenía fuerzas para moverme, y pensé que iba a morir. Oí una especie de confusión a mi alrededor, voces airadas y el descenso del equipaje, pero todo era como un sueño. Me pareció oír aquella dulce y lastimosa voz que decía: "¡Oh, ese pobre caballo! es todo culpa nuestra". Alguien vino y aflojó la correa de la garganta de mi brida, y deshizo los tirantes que mantenían el collar tan apretado sobre mí. Alguien dijo: "Está muerto, no volverá a levantarse". Entonces pude oír a un policía dando órdenes, pero ni siquiera abrí los ojos; sólo podía respirar entrecortadamente de vez en cuando. Me echaron agua fría sobre la cabeza, me echaron un poco de agua en la boca y me cubrieron con algo. No puedo decir cuánto tiempo permanecí allí, pero me pareció que volvía a la vida, y un hombre de voz amable me daba palmaditas y me animaba a levantarme. Después de haberme dado un poco más de cordialidad, y tras uno o dos intentos, me puse en pie tambaleándome, y fui conducido suavemente a unos establos que estaban cerca. Allí me metieron en un establo bien iluminado y me trajeron unas gachas calientes que bebí con agradecimiento.

Por la noche me recuperé lo suficiente como para que me llevaran de nuevo a los establos de Skinner, donde creo que hicieron lo mejor que pudieron por mí. Por la mañana, Skinner vino con un herrador a verme. Me examinó muy de cerca y dijo: "Este es un caso de exceso de trabajo más que de enfermedad, y si pudieras darle un descanso durante seis meses, sería capaz de trabajar de nuevo; pero ahora no hay una pizca de fuerza en él".

"Entonces debe irse a la mierda", dijo Skinner, "no tengo prados para cuidar a los caballos enfermos; puede que se ponga bien o puede que no; ese

tipo de cosas no se ajustan a mi negocio, mi plan es trabajarlos hasta que aguanten, y luego venderlos por lo que valgan, en el matadero o en otro sitio".

"Si estuviera enfermo", dijo el herrador, "sería mejor que lo mataran de inmediato, pero no lo está; hay una venta de caballos que se realizará dentro de unos diez días; si lo dejas descansar y lo alimentas, es posible que se recupere, y en todo caso puedes obtener más de lo que vale su piel". Siguiendo este consejo, Skinner, más bien de mala gana, creo, dio órdenes de que me alimentaran y cuidaran bien, y el mozo de cuadra, afortunadamente para mí, cumplió las órdenes con mucha mejor voluntad que la que tuvo su amo al darlas. Diez días de perfecto descanso, abundante avena, heno, purés de salvado, con linaza hervida mezclada en ellos, hicieron más para mejorar mi condición que cualquier otra cosa podría haber hecho; esos purés de linaza eran deliciosos, y comencé a pensar después de todo, que podría ser mejor vivir que ir a los perros. Cuando llegó el duodécimo día después del accidente, me llevaron a la venta, a pocas millas de Londres. Sentí que cualquier cambio de mi lugar actual debía ser una mejora, así que levanté la cabeza y esperé lo mejor.

CAPÍTULO XLVIII: EL GRANJERO THOROUGHGOOD Y SU NIETO WILLIE.

En esta venta, por supuesto, me encontré en compañía de los viejos caballos destrozados, algunos cojos, otros de vientre quebrado, algunos viejos, y algunos, que estoy seguro de que habría sido misericordioso disparar. Los compradores y los vendedores también, muchos de ellos, no parecían estar mucho mejor que las pobres bestias con las que negociaban. Había pobres ancianos que trataban de conseguir un caballo o un poni por unas pocas libras, que pudiera arrastrar algún pequeño carro de madera o carbón. Había pobres hombres que trataban de vender una bestia desgastada por dos o tres libras, antes que tener la mayor pérdida de matarla. Algunos de ellos parecían como si la pobreza y los tiempos difíciles los hubieran endurecido por completo; pero había otros, a los que de buena gana habría empleado hasta la última de mis fuerzas en servir; pobres y desaliñados, pero amables y humanos, con voces en las que podía confiar. Hubo un anciano tambaleante que se encaprichó de mí, y yo de él, pero no tuve fuerzas suficientes... ¡fue un momento angustiioso! Viniendo de la mejor parte de la feria, me fijé en un hombre que parecía un caballero granjero, con un joven a su lado; tenía la espalda ancha y los hombros redondos, un rostro amable y rubicundo, y llevaba un sombrero de ala ancha. Cuando se acercó a mí y a mis compañeros, se quedó quieto y nos miró con lástima. Vi que sus ojos se posaban en mí; todavía tenía una buena melena y una cola, lo que favorecía mi aspecto. Agucé las orejas y le miré.

"Hay un caballo, Willie, que ha conocido días mejores".

"¡Pobrecito!", dijo el muchacho, "¿crees, abuelo, que alguna vez fue un caballo de carruaje?"

"¡Oh, sí! mi niño", dijo el granjero, acercándose, "podría haber sido cualquier cosa cuando era joven: mira sus fosas nasales y sus orejas, la forma de su cuello y hombro; hay mucha crianza en ese caballo". Extendió la mano y me dio una amable palmada en el cuello: Yo extendí mi nariz en respuesta a su amabilidad; el muchacho me acarició la cara.

"¡Pobrecito! Vea, abuelo, qué bien entiende la bondad. ¿No podrías comprarlo y hacerlo joven de nuevo como hiciste con Mariquita?"

"Mi querido muchacho, no puedo rejuvenecer a todos los caballos viejos; además, Mariquita no era tan vieja, sino que estaba destartalada y mal empleada".

"Bueno, abuelo, no creo que éste sea viejo; mira su crin y su cola. Me gustaría que le miraras a la boca, y entonces podrías saberlo; aunque está muy delgado, sus ojos no están hundidos como algunos caballos viejos."

El viejo caballero se rió: "¡Bendito sea el muchacho! Es tan caballero como su viejo abuelo".

"Pero mire su boca, abuelo, y pregunte el precio; estoy seguro de que se haría joven en nuestros prados".

El hombre que me había traído para la venta puso ahora su palabra. "El joven caballero es un verdadero conocedor, señor: el hecho es que este caballo está agotado por el exceso de trabajo en las caballerías; no es viejo, y he oído decir al veterinario que un descanso de seis meses lo pondría en forma, ya que no se le ha roto el viento. Lo he atendido estos diez días, y nunca he conocido un animal más agradecido y agradable, y valdría la pena que un caballero diera un billete de cinco libras por él, y le diera una oportunidad. Estoy seguro de que valdrá veinte libras la próxima primavera".

El viejo caballero se rió, y el niño miró con entusiasmo.

"¡Oh! abuelo, ¿no has dicho que el potro se ha vendido por cinco libras más de lo que esperabas? no serías más pobre si comprases éste".

El granjero me palpó lentamente las piernas, que estaban muy hinchadas y tensas; luego me miró la boca: "Trece o catorce años, diría yo; hazlo trotar, ¿quieres?"

Arqué mi pobre y delgado cuello, levanté un poco la cola y estiré las patas como pude, pues estaban muy rígidas.

"¿Cuánto es lo mínimo que aceptas por él?", dijo el granjero cuando volví.

"Cinco libras, señor; ése fue el precio más bajo que fijó mi amo".

"Es una especulación", dijo el viejo caballero, sacudiendo la cabeza, pero al mismo tiempo sacando lentamente su cartera, "toda una especulación".
¿Tiene usted algún otro negocio aquí?", dijo, contando los soberanos en su mano.

"No, señor, puedo llevarlo por usted a la posada, si lo desea".

"Hágalo, ahora voy para allá".

Se adelantaron y me llevaron detrás. El muchacho apenas podía controlar su alegría, y el viejo caballero parecía disfrutar de su placer. Me dieron de comer en la posada, y luego un sirviente de mi nuevo amo me condujo suavemente a casa, y me llevó a un gran prado con un cobertizo en una esquina.

El señor Thoroughgood, pues así se llamaba mi benefactor, dio órdenes de que tuviera heno y avena todas las noches y las mañanas, y de que pudiera correr por el prado durante el día, y "tú, Willie", dijo, "debes ocuparte de él; te lo dejo a tu cargo". El muchacho estaba orgulloso de su cargo y lo asumió con toda seriedad. No había día en que no me visitara; a veces me elegía entre los otros caballos y me daba un poco de zanahoria o algo bueno, o a veces se quedaba junto a mí mientras comía mi avena. Siempre venía con palabras amables y caricias, y, por supuesto, le cogí mucho cariño. Me llamaba el viejo Crony, ya que solía ir a su encuentro en el campo y seguirlo. A veces traía a su abuelo, que siempre me miraba de cerca las piernas: "Este es nuestro objetivo, Willie", decía; "pero está mejorando tan constantemente, que creo que veremos un cambio a mejor en la primavera".

El descanso perfecto, la buena comida, el césped blando y el ejercicio suave, pronto empezaron a notarse en mi estado y en mi ánimo. Tenía una buena constitución por parte de mi madre, y nunca me forzaron cuando era joven, por lo que tenía más posibilidades que muchos caballos, a los que se les ha hecho trabajar antes de que alcanzaran su plena fuerza. Durante el invierno mis piernas mejoraron tanto que empecé a sentirme joven de nuevo. Llegó la primavera, y un día de marzo, el señor Thoroughgood decidió que me probaría en el faetón. Yo estaba muy contento, y él y Willie me con-

dujeron unas cuantas millas. Mis piernas ya no estaban agarrotadas, y hacía el trabajo con perfecta facilidad.

"Está haciéndose joven, Willie; debemos darle un poco de trabajo suave ahora, y para mediados de verano será tan bueno como Ladybird: tiene una hermosa boca, y buenos pasos, no pueden ser mejores".

"¡Oh, abuelo, qué contento estoy de que lo hayas comprado!"

"Yo también, hijo mío, pero él tiene que agradecértelo a ti más que a mí; ahora debemos buscarle un lugar tranquilo y gentil, donde sea valorado".

CAPÍTULO XLIX: MI ÚLTIMO HOGAR.

Un día de este verano, el mozo de cuadra me limpió y vistió con un cuidado tan extraordinario, que pensé que debía estar a punto de producirse un nuevo cambio; me arregló las pezuñas y las patas, me pasó el cepillo de alquitrán por los cascos y hasta me separó la coleta. Creo que el arnés tenía un pulido extra. Willie parecía medio ansioso, medio alegre, mientras subía a la carroza con su abuelo.

"Si las damas se aficionan a él", dijo el anciano caballero, "se adaptarán, y él se adaptará: sólo nos queda intentarlo".

A una distancia de una o dos millas del pueblo, llegamos a una bonita casa baja, con césped y arbustos en la parte delantera, y un camino hasta la puerta. Willie llamó al timbre y preguntó si la señorita Blomefield o la señorita Ellen estaban en casa. Sí, estaban. Así que, mientras Willie se quedaba conmigo, el señor Thoroughgood entró en la casa. Al cabo de unos diez minutos regresó, seguido de tres señoras; una alta y pálida, envuelta en un chal blanco, apoyada en una dama más joven, de ojos oscuros y rostro alegre; la otra, de aspecto muy señorial, era la señorita Blomefield. Todos se acercaron, me miraron e hicieron preguntas. La dama más joven, que era la señorita Ellen, me tomó mucho cariño; dijo que estaba segura de que le iba a gustar, ya que tenía una cara tan buena. La señora alta y pálida dijo que siempre se ponía nerviosa cuando montaba detrás de un caballo que había caído una vez, ya que yo podía volver a caer, y si lo hacía, nunca se recuperaría del susto.

"Verán, señoras", dijo el señor Thoroughgood, "muchos caballos de primera clase se han roto las rodillas por el descuido de sus conductores, sin ninguna culpa suya, y por lo que veo de este caballo, yo diría que ése es su

caso; pero, por supuesto, no quiero influir en ustedes. Si se inclina, puede tenerlo a prueba, y entonces su cochero verá lo que piensa de él".

"Siempre ha sido usted tan buen consejero con respecto a nuestros caballos", dijo la señorial dama, "que su recomendación sería de gran ayuda para mí, y si mi hermana Lavinia no ve ninguna objeción, aceptaremos su oferta de prueba, con agradecimiento." Se dispuso entonces que me enviaran al día siguiente.

Por la mañana vino a buscarme un joven de aspecto elegante; al principio, parecía complacido; pero cuando vio mis rodillas, dijo con voz decepcionada:

"No creí, señor, que hubiera recomendado a mis damas un caballo tan imperfecto".

"Guapo sí que es!", dijo mi amo; "sólo lo estás llevando a prueba, y estoy seguro de que harás lo justo con él, joven, y si no es tan seguro como cualquier caballo que hayas conducido, devuélvelo".

Me llevaron a casa, me colocaron en un cómodo establo, me dieron de comer y me dejaron solo. Al día siguiente, cuando mi mozo de cuadra me limpiaba la cara, dijo: "Es igual que la estrella que tenía Azabache, también tiene la misma altura; me pregunto dónde estará ahora". Un poco más adelante, llegó al lugar de mi cuello donde me sangraron, y donde quedó un pequeño nudo en la piel. Casi se sobresaltó, y empezó a mirarme detenidamente, hablando consigo mismo: "Estrella blanca en la frente, un pie blanco en el lado opuesto, este pequeño nudo justo en ese lugar; luego, mirando la mitad de mi espalda-"y como que estoy vivo, hay esa pequeña mancha de pelo blanco que John solía llamar 'el trozo de tres peniques de Azabache, ¡debe ser Azabache! ¡Azabache! ¡Azabache! ¿Me conoces? El pequeño Joe Green, que casi te mata". Y empezó a darme palmaditas y palmaditas como si estuviera muy contento. No podía decir que me acordara de él, pues ahora era un joven adulto, con bigotes negros y voz de hombre, pero estaba seguro de que me conocía y de que era Joe Green, y me alegré mucho. Me acerqué a él y traté de decirle que éramos amigos. Nunca vi a un hombre tan complacido".

" ¡Que te den un trato justo! Eso es lo que creo. Me pregunto quién fue el bribón que te rompió las rodillas, mi viejo Azabache! Debes haber sido mal

atendido en alguna parte; bueno, bueno, no será mi culpa si no tienes buenos tiempos de ello ahora. Ojalá John Manly estuviera aquí para verte".

Por la tarde me pusieron en una silla baja de Park y me llevaron a la puerta. La señorita Ellen iba a probarme, y Green fue con ella. Pronto descubrí que era una buena conductora, y parecía complacida con mis pasos. Oí que Joe le hablaba de mí, y que estaba seguro de que yo era el viejo Azabache de Squire Gordon.

Cuando regresamos, las otras hermanas salieron para escuchar cómo me había comportado. Ella les contó lo que acababa de oír, y dijo: "Ciertamente escribiré a la señora Gordon, y le diré que su caballo favorito ha llegado a nosotros. Qué contenta estará". Después de esto, me llevaron todos los días durante una semana más o menos, y como parecía estar bastante segura, la señorita Lavinia se aventuró por fin en el pequeño carruaje cerrado. Después de esto, se decidió quedarse conmigo y llamarme por mi antiguo nombre de "Azabache".

Ahora he vivido en este feliz lugar un año entero. Joe es el mejor y más amable de los mozos. Mi trabajo es fácil y agradable, y siento que mis fuerzas y mi ánimo vuelven a ser los mismos. El Sr. Thoroughgood le dijo a Joe el otro día: "En tu casa durará hasta los veinte años, quizá más". Willie siempre me habla cuando puede, y me trata como su amigo especial. Mis señoras me han prometido que nunca me venderán, por lo que no tengo nada que temer; y aquí termina mi historia. Mis problemas han terminado y estoy en casa; y a menudo, antes de despertarme del todo, me imagino que todavía estoy en el huerto de Birtwick, de pie con mis viejos amigos bajo los manzanos.

Si algún lector de esta autobiografía desea saber más sobre el tratamiento correcto de los caballos, tanto en el camino como en el establo, el traductor le recomienda que se haga con un pequeño y admirable libro, que cuesta cuatro peniques, titulado "The Horse Book".

Sus instrucciones son breves, claras y llenas de sentido común. Ha sido revisado por nada menos que el Sr. Fleming, Ingenieros Reales, F.R.G.S., Presidente de la Sociedad Médica Veterinaria Central; y Miembro del Consejo del Real Colegio de Cirujanos Veterinarios. También ha sido aprobado por otros eminentes veterinarios.

Está publicado por la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals, y puede obtenerse a través de cualquier librería.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB